

Creámosle a Cristo

Stephen E. Robinson

PREFACIO

Desde que llegué a la Universidad Brigham Young hace algunos años, he notado algo sumamente peculiar e inesperado. Los estudiantes del primer año llegan a la universidad procedentes de barrios y ramas de toda la Iglesia. La mayoría de ellos ha estado en la Iglesia por una gran cantidad de años, aun, diría yo, durante toda su vida, y generalmente están bien entrenados en los contornos del evangelio. Es bastante lo que saben sobre el diezmo, la Palabra de Sabiduría, la genealogía, las normas de la Iglesia en cuanto a la relación con el sexo opuesto, el almacenamiento de alimentos y cosas por el estilo. Por cierto que todos éstos son principios importantes para los Santos de los últimos Días y constituyen una parte esencial de la plenitud del evangelio en los últimos días. Pero éstas no son las doctrinas centrales del evangelio según se han enseñado a través de las dispensaciones desde el comienzo del mundo hasta su fin.

Lo que noté en mis estudiantes fue que, al extendernos en la clase de los asuntos que constituyen las doctrinas y las prácticas periféricas de la Iglesia, para tratar las doctrinas centrales del evangelio, muchos de ellos empezaron a dar más y más evidencias de inseguridad en lo que respecta a sí mismos demostraron que por dentro estaban crudos. Muchos se sentían aun más cómodos definiéndose a sí mismos en torno a aquello en lo que no creían (la predestinación, el pecado original, etc.) que en torno a aquello en lo que sí creían. Una considerable minoría no entendía doctrinas tales como la de la salvación por la gracia, de la justificación por medio de la fe en Cristo, de la santificación, de la expiación y del significado y los términos del convenio del evangelio. Estaban bien educados en las generalidades mas no en los aspectos esenciales del evangelio restaurado.

Seguramente casi todo esto está más relacionado con la edad y la madurez que con la inteligencia y la capacitación. Sin embargo, como resultado de este descubrimiento, decidí escribir varias disertaciones con la finalidad específica de satisfacer esta necesidad de mis estudiantes. Tales disertaciones tuvieron como fin explicar las doctrinas centrales, las verdaderas "buenas nuevas" del evangelio, de una manera clara y con lenguaje sencillo extraído tanto de las Escrituras como de las experiencias prácticas. Fue debido al éxito de

dichas disertadas que escribo ahora este libro, el cual es un resultado lógico de las mismas.

Agradezco a aquellas personas que permitieron que me hiciera eco de muchas experiencias que relato aquí, particularmente a Janet, mi esposa, por permitir que las contara en este libro para que, tal vez, puedan ayudar a otras personas que quizás se encuentren en circunstancias similares. En aquellos casos que no tienen que ver con mi propia familia, he alterado algunos de los nombres, así como ciertos detalles descriptivos, aunque no las experiencias en sí. En un caso en particular, combiné en un solo personaje las características de varias personas con experiencias similares.

Aquí debo hacer una acotación al margen, puesto que una de las experiencias más importantes, a la que haré mención más adelante, atañe principalmente a Janet y es por demás personal, y también debido a que alguien comentó que el referirme a esa experiencia, pone a mi esposa en una situación un tanto comprometida, al tiempo que hace quedar muy bien a su esposo a costas de ella. Janet y yo normalmente pensamos en términos de nosotros y no en términos de ella o yo, pero si hubiera necesidad de hacer una comparación entre los dos, creo que la siguiente escena representa la cruda realidad.

Si Janet se aproximara a la puerta de los cielos, el Señor diría algo así a los ángeles: "¡Miren, aquí viene Janet Robinson! ¡Janet finalmente está con nosotros! Vayamos todos a recibirla y a darle nuestra bienvenida." Pero al extenderle Sus brazos, tal vez se detendría y le preguntaría: "Janet, ¿quién es ese lamentable sujeto que viene detrás de ti?" A lo cual ella responderá, "Ah, ¿él? Es mi marido. Puede entrar conmigo?" Sin ella no tengo la más mínima esperanza, lo cual podría confirmar cualquier persona que nos conozca bien a los dos.

Siempre he sostenido que un libro sin notas corroborativas generalmente carece de mayor trascendencia, puesto que la falta de documentación indica que su contenido no es más que las opiniones personales del autor, sin ningún respaldo académico. En este caso, me declaro culpable, pues resulta muy difícil documentarse a uno mismo o a sus propias experiencias, reflexiones y puntos de vista: Así que dejo a criterio del lector el estar de acuerdo o no con mis opiniones, puesto que el material que contiene este libro es personal, y me he esforzado por emplear el mismo estilo que emplearía en el salón de clase o en una conversación, inclusive el lenguaje coloquial, así como las expresiones irónicas y sarcásticas. Por ello me disculpo ante mi profesora de inglés en el primer año de la secundaria, quien me enseñó a no cometer nunca este error. No me atribuyo ninguna autoridad que dé mérito a estas opiniones particulares, a pesar de que he incorporado tantas notas corroborativas como me fue posible en un libro de esta naturaleza, el cual, a pesar de ser intrínsecamente teológico, es también modestamente espiritual. Es mi intención que el lector sepa que yo realmente creo en las cosas que he escrito en las siguientes páginas.

Debo también aclarar que he escrito este libro como un creyente Santo de los últimos Días que se dirige a un grupo integrado por otros Santos de los últimos Días también creyentes. De ninguna manera, deseo aparentar que he ejercido la más mínima objetividad académica en la materia. Si este texto fuera a publicarse para el beneficio de mis colegas profesionales en el campo de la enseñanza de la religión, tanto la metodología como el tenor de esta obra serían considerablemente diferentes. Pero no hay nada de malo en ser bilingüe, y en este libro he decidido hablar el idioma de la fe.

A menudo se me pregunta de dónde saca el tiempo el director de un departamento para

escribir un libro. En este caso, la respuesta es bien sencilla: habría resultado imposible sin la ayuda de mi secretaria, Joyel Woodbrey, quien me mantuvo protegido de aquellos asuntos que realmente no requerían mi intervención.

Una pequeña parte de este libro fue presentada en mayo de 1990 en un discurso ante el estudiantado de la Universidad Brigham Young, intitolado "Creámosle a Cristo -Un enfoque práctico de la Expiación", y fue publicado en inglés tanto en la edición de noviembre de 1990 de BYU Todas y en Brigham Young University 1989-90 Devotional and Fireside Speeches (Provo: University Publications, 1990). Una versión un tanto modificada de ese discurso fue también publicada tanto en la revista Ensign como en la Liahona, en abril de 1992.

Ni este libro ni su autor tienen autoridad alguna para hablar en nombre de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días. Las ideas aquí presentadas representan puntos de vista, que aunque sinceros, son estrictamente personales.

Capítulo Uno EL GRAN DILEMA

Para los seres humanos, el mayor de todos los problemas en el universo, la mayor contradicción o el más grande de todos los dilemas, consiste en dos hechos concretos. El primero de estos dos hechos está claramente explicado en Doctrina y Convenios 1:31: "Porque yo, el Señor, no puedo considerar el pecado con el más mínimo grado de tolerancia."

Parece ser un pasaje de Escritura lleno de dureza pues declara, sin dejar lugar a dudas, que Dios no puede tolerar ningún tipo de pecado ni de conducta pecaminosa. No puede pasarlo por alto ni hacer de cuenta que no lo vio. No lo esconderá debajo de la alfombra ni dirá, "Bueno, es un pecado pequeño; no tiene importancia". La norma de Dios -la norma celestial -es absoluta y no admite excepciones. No pasa nada por alto.

Muchas personas parecen suponer que el juicio, de alguna manera, contemplará una cierta clase de equilibrio, con sus buenas obras en uno de los platos de la balanza, y sus faltas en el otro. Si sus buenas obras pesan más que sus faltas, o si su corazón es básicamente bueno y supera el peso de los pecados, entonces serán admitidos a la presencia de Dios. Pero se trata de un razonamiento falso.

Como queda indicado en Doctrina y Convenios 1:31 y en otros pasajes de las Escrituras, Dios no podrá ni querrá permitir que ni el más mínimo grado de imperfección moral o de ética entre en Su presencia. No puede tolerar el pecado "con el más mínimo grado de tolerancia". No se trata de pesar nuestras buenas obras contra nuestros pecados. Si existe, tan siquiera, un pecado en nuestro haber, es asunto terminado. La norma celestial es inocencia completa, ni más ni menos, y ni una sola pizca de culpabilidad será tolerada en el reino de Dios. Ahora bien, por más decepción que sienta, por favor, siga leyendo. Aun cuando puede resultar descorazonado comprender cuán estrictas son las normas de Dios, más adelante encontrará increíbles buenas nuevas.

El otro extremo del dilema, el otro hecho que transforma a éste en el mayor de todos los problemas del ser humano, es por demás sencillo tanto usted como yo, pecamos todos los días. Nadie es inocente en el sentido celestial. Unos más, otros menos, todos somos imperfectos en forma regular. Nuestras acciones son incompatibles con la conducta que se requiere para que seamos dignos de ser admitidos en el reino de Dios. Uno de los

muchos versículos que explica esto, se halla en Romanos 3:23: "por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios".

En otras palabras, todos los seres humanos, hasta los mejores de entre nosotros, hemos cometido pecados o hemos dado muestras de imperfecciones que no van de la mano con la norma celestial y que Dios no puede tolerar. En este caso como en otros, Pablo da a entender que sólo hay dos categorías: Para él o uno es perfecto o en cierto grado es pecador. No hay término medio en el asunto. Después de todo, un pequeño pecado bastó para que Adán y Eva fueran expulsados del jardín de Edén y de la presencia de Dios. Mientras fueron totalmente inocentes, podían caminar y hablar con Él -una sola transgresión, y pasaron a la historia.

Mas de estos dos hechos concretos la demanda de perfección absoluta de parte de Dios y nuestra incapacidad también absoluta de lograrla deriva una conclusión ineludible: por ser, como somos, seres pecadores e imperfectos, no se nos puede permitir morar en la presencia de Dios. Esta contradicción entre las demandas divinas y nuestra incapacidad para cumplir con ellas representa el problema más serio y las consecuencias más dramáticas del universo.

Hay veces que damos por sentado que todos cuantos nos rodean actúan mejor que nosotros. Suponemos que todos los demás no son pecadores, que cumplen con los mandamientos constantemente, y nos sentimos compungidos al pensar que nosotros no podemos hacer lo mismo. Como resultado de ello, muchos de nosotros, inclusive las personas más buenas, nos decepcionamos ante lo que percibimos como un abismo imposible de cruzar entre lo que Dios demanda y lo que hacemos. Fue por esa misma razón que el gran pescador, Pedro, dijo cuando se vio expuesto por primera vez al poder del Maestro, "Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador" (Lucas 5:8)

Cuando vio el poder de Jesucristo y supo que en verdad había sido enviado por Dios, Pedro pudo llegar a una sola conclusión. "No soy digno. No deberías estar aquí conmigo. Si supieras cuán infame soy, comprenderías que todo esfuerzo es inútil. No soy como tú; soy un pecador. Así que no pierdas tu tiempo conmigo; mejor ve a buscar a alguien recto y religioso, alguien que pueda ser salvo. Alguien tan santo como tú merece un discípulo mucho mejor que este pobre desperdicio que soy." Nadie conocía mejor que Pedro la vasta diferencia entre las demandas de Dios y la capacidad de los desvalidos seres humanos de cumplir con ellas. Y antes de enterarse de las buenas nuevas, es aparente que ni siquiera el gran pescador veía la más mínima esperanza o la solución del Gran Dilema.

Tal vez pueda ilustrar un poco mejor nuestra situación con una analogía extraída de mi propia experiencia como padre. Tengo cinco hijas encantadoras, pero sólo un hijo, Michael. Reconozco que soy bastante duro con él porque lo quiero mucho y porque deseo que llegue a ser mejor que su padre. Cierta día, cuando Michael tenía cinco o seis años de edad, hizo algo que me pareció muy reprochable, así que lo reprendí airadamente y lo puse en penitencia, diciéndole: ";Y no te atrevas a salir de tu habitación hasta que yo vaya por ti!"

Las horas pasaron y me olvidé de Michael. Recuerdo que estuve haciendo algunas tareas alrededor de la casa y después me senté en la sala a ver un partido de fútbol americano por la televisión. Allá por comienzos del segundo tiempo oí que se abría la puerta de la habitación de Michael al final del largo pasillo que separaba su cuarto de la sala. Fue en ese momento que me di cuenta de que me había olvidado de mi hijo. De un salto me puse

de pie y salí corriendo hacia el pasillo. Allá, en el otro extremo, vi la tímida figura de mi pequeño hijo. Tenía los ojos irritados y la cara roja; las lágrimas aún corrían por sus mejillas. Estaba obviamente nervioso, pues le había dicho que no saliera de su habitación hasta que yo le fuera a buscar, pero lleno de inocente temor, me miró y me dijo: "Papi, ¿hay alguna forma de que podamos volver a ser amigos?"

Demás está decir que el corazón se me partió en dos. Corrí hacia él y, abrazándolo, le aseguré que no había otro niño que jamás hubiera sido tan querido por su padre como él lo era por mí.

Espiritualmente, todos nos encontramos en la misma situación en que se encontraba Michael. Todos sabemos lo que se siente cuando se nos pone "en penitencia" espiritualmente, o sea, el estar distanciados de nuestro Padre Celestial, librados a nuestra propia suerte y solos. Es en esta vida terrenal en donde experimentamos el dolor del Gran Dilema. Y conociendo mejor que nadie nuestras patéticas ineptitudes, ciertas veces, al igual que Pedro, lo único que se nos ocurre pensar es que el Señor nos abandona por otra persona más digna que nosotros. No es que con ello estamos negando o rechazando al Salvador, más bien es una expresión de nuestro propio desaliento.

Todos hemos hecho cosas que nos avergüenzan, y todos hemos sentido el horrendo peso de la culpa, el remordimiento y el autorreproche. Hay pecados que nos dañan espiritualmente; pecados que si bien no nos destruyen de plano, nos acosarán y no sanarán; pecados que nos hacen sentir cual si hubiéramos bebido aguas cloacales o contraído una enfermedad incurable, como si pudiéramos lavarnos, sin jamás llegar a estar completamente limpios. En medio de tales pecados, sumergidos en sentimientos de culpa y desconsuelo, en nuestra terrible soledad, apartados de Dios, elevamos los ojos al cielo y preguntamos llenos de angustia: "Oh, Padre, ¿hay alguna forma de que podamos volver a ser amigos?"

Capítulo Dos BUENAS NUEVAS

La respuesta de todos los profetas y de todos los pasajes de las Escrituras a la pregunta del Gran Dilema es un resonante "¡SÍ! Las personas que son imperfectas pueden reconciliarse con un Dios que es perfecto, y se les permitirá morar en Su presencia." Y de la misma manera como Él responde a nuestra pregunta, y por los mismos medios con que la contesta, Dios nos asegura que ningún hijo jamás ha sido tan querido por padre mortal alguno como nosotros lo somos por Él. De hecho, la dilucidación del Gran Dilema, de la separación de seres humanos imperfectos de su Dios perfecto, es precisamente de lo que, de una manera u otra, dan testimonio las Escrituras. Y esa solución es la expiación de Jesucristo.

Expiación significa limpiar a una persona de toda culpa por medio del pago de una sanción en su nombre. De ese modo, dos cosas que se habían separado o que se habían vuelto incompatibles entre sí, como un Dios perfecto y un ser imperfecto como usted o yo, se pueden volver a juntar, reconciliando las dos partes por medio de una expiación de nuestros pecados. La palabra misma deriva de un prefijo y una palabra más pequeña, expiare (limpiar de una culpa), y la palabra que en latín significa expiación, a menudo se traduce como "reconciliar". De este modo, a las dos duras realidades mencionadas antes y que aparecen en Doctrina y Convenios 1:31 y en Romanos 3:23, Jesucristo añade una tercera realidad: la Expiación, la reconciliación, las "buenas nuevas" del evangelio, que a pesar de que nos hayamos apartado de Dios, hay una manera por medio de la cual

podemos volver a ser uno con Él.

Me resulta particularmente interesante el modo en que el Señor se refiere a esto en Isaías 1:18: "Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana." Quisiera referirme un poco más a fondo en cuanto a este pasaje de las Escrituras para que no perdamos de vista su importancia. Lo que el Señor dice aquí es lo siguiente: "No importa lo que hayas hecho; lo que haya sido, por más horrible o ruin, no tiene mayor trascendencia. Lo más importante de todo es que, cualquiera que haya sido tu pecado, yo puedo borrarlo, puedo dejarte sin mancha y hacerte inocente, puro y digno, y lo puedo hacer hoy mismo; puedo hacerlo ahora."

CREÁMOSLE A CRISTO

Lamentablemente, hay muchos miembros de la Iglesia que no creen que esto sea posible. A pesar de que afirman tener un testimonio de Cristo y de Su evangelio, rechazan el testimonio de las Escrituras y de los profetas en cuanto a las buenas nuevas de la expiación de Cristo. A menudo, tales personas se aferran ingenuamente a posiciones contradictorias sin siquiera comprender la naturaleza de dichas contradicciones. Por ejemplo, es posible que crean que la Iglesia es verdadera, que Jesús es el Cristo, y que José Smith fue un profeta de Dios, mientras que al mismo tiempo se niegan a aceptar la posibilidad de ser completamente perdonadas y, con el tiempo, exaltadas en el reino de Dios. Tales personas creen en Cristo, pero no le creen a Cristo. El Señor dice: "Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos. Puedo hacerte puro, digno y celestial", y ellas responden, "No, no puedes. El evangelio actúa de esa forma sólo en otras personas, pero no en mí."

No obstante, las "buenas nuevas" del evangelio son buenas nuevas para mí, no porque prometen que otras personas mejores que yo se pueden salvar, sino porque prometen que yo puedo ser salvo -pese a todas mis limitaciones e imperfecciones-. Mientras no acepte esa posibilidad, mientras no le crea a Cristo cuando dice que Él puede llevarme a Su reino y colocarme en un trono, no habré aceptado completamente las buenas nuevas del evangelio; habré, más bien, aceptado al mensajero y rechazado Su poderoso mensaje.

La fe es el primer principio del evangelio, pero tener fe no significa simplemente creer en sus declaraciones históricas. ¿Cree usted que la Iglesia es verdadera, que José Smith fue un profeta, y que el evangelio ha sido restaurado en los últimos días? Muy bien, pero eso no es suficiente. El primer Artículo de Fe expresa claramente que debemos tener fe en el Señor Jesucristo. A menudo pensamos que tener fe en Cristo significa creer en Su identidad como el Hijo de Dios y el Salvador del mundo. Pero creer en la identidad de Jesús como el Cristo, es apenas la mitad de este asunto. La otra mitad es creer en Su capacidad, en Su poder de purificar y salvar -de convertir en personas dignas a los indignos hijos e hijas de Dios.

No sólo debemos creer que Él es quien dice ser, sino que también debemos creer que Él puede hacer lo que dice poder hacer. No solamente debemos creer en Cristo, sino que debemos creerle a Él cuando dice que puede purificarnos y hacernos celestiales. Él nos hace saber que mediante Su sangre expiatoria, todo el género humano puede ser salvo (ver A. de F. 3/, y, lógicamente, en "todo el género humano" estamos incluidos usted y yo. Así que, en tanto no aceptemos la posibilidad real de ser exaltados en el reino de Dios, no podemos decir que tenemos fe en Cristo, y no podemos decir que creemos.

En calidad de ex obispo y como consejero y maestro en la iglesia, he oído muchas variaciones en cuanto a la misma duda. Es posible que una persona diga, "No, obispo, no puedo esperar recibir las mismas bendiciones que los miembros de la Iglesia que son fieles; no puedo aspirar a ser exaltado en el reino de Dios puesto que he cometido pecados horribles. Usted tiene que comprender que hice esto o aquello. Claro que asistiré a las reuniones de la Iglesia y que trataré de mantener viva la esperanza de que el castigo no sea espantoso, pero de ninguna manera puedo recibir la exaltación después de lo que hice."

Otro quizás diga: "Usted no me entiende. Mi vida es un fracaso total. Cuando era joven tomé decisiones que me llevaron por mal camino, y ahora, después de todos estos años, no hay manera de regresar a la senda correcta." Recuerdo que alguien me dijo una vez: "Qué va; no tengo la más mínima esperanza de ser exaltado. No valgo nada. Soy un miembro común y corriente, un simple 'marca listas' de asistencia. Lo único que he tenido en la Iglesia han sido pequeños cargos; jamás he sido un líder y no poseo ningún talento. Por cierto que jamás seré obispo o presidenta de la Sociedad de Socorro]. No tengo demasiado para ofrecer, así que tampoco espero recibir demasiado en la resurrección. Sólo espero alcanzar el nivel más bajo del reino celestial, pero sé que no voy a ser exaltado."

Un ejemplo típico de este tipo de razonamiento fue el caso de un hombre que una vez me dijo, "Mire, obispo, no creo estar hecho para heredar la gloria celestial". Después de un infructuoso cambio de ideas, un tanto impaciente, le dije: "Qué es lo que me quiere decir? Por supuesto que no está hecho para heredar la gloria celestial. Tampoco lo estoy yo ni lo está nadie. Esa es la razón por la que necesitamos la expiación de Cristo, el cual puede hacernos para que heredemos la gloria celestial. ¿Por qué no admite su verdadero problema; que no tiene ninguna fe en Cristo?" Mi comentario ciertamente le enfadó, ya que había sido de la religión protestante antes de convertirse en Santo de los últimos Días, y tanto como protestante y como mormón, él había creído en Jesucristo. "¿Cómo se atreve a decirme eso?" replicó el hombre. "Yo sé que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios." "Sí", le contesté, "usted cree en Cristo, pero no le cree a Cristo. El dice que puede hacerle para que herede la gloria celestial, y usted tiene la audacia de sentarse allí y decir 'No, no puede'. No tengo duda de que usted cree -usted cree que Cristo hace promesas que no puede cumplir."

Cada uno de estos casos representa una variación de la misma tétrica idea. Todos se resumen a esto: "No creo que Cristo pueda hacer lo que dice poder hacer. No tengo fe en su capacidad de exaltarme." Si se les preguntara a estas personas en qué consisten sus problemas espirituales, dirían que son X, Y o Z -o sea, ciertos problemas singulares con los que tropezaron en determinado punto de su trayectoria espiritual. Pero en ninguno de estos casos el verdadero problema es X, Y ni Z, ni tampoco es singular, ni tropezaron en algún punto distante de su trayectoria. El verdadero problema lo tienen frente a la nariz, pues estas cuatro objeciones y muchas otras versiones que se podrían citar, son maneras de simplemente disfrazar el problema básico en sí: falta de fe en el Señor Jesucristo.

Estas personas simplemente no creen que el evangelio pueda tener efecto alguno en ellas. Y a menos que obedezcan el primer principio del evangelio, a menos que tengan fe genuina en Cristo, se privarán del poder y las bendiciones de la fe en Cristo o de los principios que le siguen a la fe: el arrepentimiento, el bautismo y el don del Espíritu Santo. Aun cuando se consideren a sí mismas miembros de la Iglesia poseedores de experiencia y madurez, lo cierto es que todavía no han nacido espiritualmente.

Si sólo creemos en Cristo sin creerle a Él, es como estar sentados en casas frías y oscuras, rodeados de lámparas y calentadores, y creer en la electricidad sin aprovecharla. Ese tipo de personas a menudo tratan de convencerse a sí mismas y de convencer a los demás que el simplemente creer en la electricidad les proporciona calor y luz, aunque continúan tiritando en la oscuridad en tanto no enciendan la luz y los calentadores. A pesar de que todos nuestros aparatos domésticos funcionen y la instalación esté en perfectas condiciones, mientras no aceptemos el poder mismo de la corriente eléctrica, aún cuando creamos en él en teoría, no podremos disfrutar del efecto de la luz y del calor. Ésa es la razón por la que la fe genuina en Cristo, o sea, la aceptación activa de Su poder y no la mera creencia pasiva en Su identidad, es y debe siempre ser el primer principio del evangelio. No importa cuánto aprendamos sobre el evangelio, ni cuánto creamos en teoría, en tanto no aceptemos la realidad de nuestra propia salvación, seguiremos en el frío y en la oscuridad.

LA EXIGENCIA DE LA PERFECCION

A menudo, la razón por la que algunas personas no pueden aceptar plenamente las bendiciones del evangelio, es porque la exigencia de la perfección ha nublado por completo su visión. Erróneamente creen que para que la Expiación tenga efecto en su vida, deben, primeramente, alcanzar la perfección merced a sus propios esfuerzos. Pero quien haya logrado satisfacer este requisito no tiene la más mínima necesidad de la Expiación, pues tal persona ya estará reconciliada con Dios, habiendo alcanzado, por sí misma, la norma de perfección celestial sin la ayuda de Cristo ni la de Su expiación, lo cual no es posible.

Quisiera recalcar una vez más que las buenas nuevas no consisten en que las personas perfectas se pueden reconciliar con Dios, sino que aquellos que son imperfectos pueden lograrlo. Cuando oigo a alguien decir que se va a perfeccionar a sí mismo, me dan ganas de preguntarle: "¿Realmente piensa que el logro de la exaltación es cuestión de meter la mano en sus entrañas y sacar la energía y la determinación necesarias para vivir una vida perfecta? Si así fuera, no necesita un salvador, ya que puede lograrlo sin la ayuda de nadie."

Es irrefutable el hecho de que para recibir la gloria celestial tenemos que llegar a ser perfectos, y estamos siempre dispuestos a hacernos saber unos a otros cuán perfectos debemos ser. De hecho, hay veces en que, no obstante cuán bien estemos actuando en determinados aspectos de nuestra vida, nunca falta algún bien intencionado miembro de la Iglesia que nos indique que no somos perfectos y que debemos esforzarnos más la próxima vez. Muchas veces somos nosotros mismos quienes nos imponemos tan severas críticas, y es así que, por muy bien que estemos haciendo las cosas, nunca nos permitimos la más mínima y merecida satisfacción personal.

EL ATAJO A LA PERFECCIÓN

Por cierto que somos muy buenos para decirnos unos a otros y a nosotros mismos cuán perfectos debemos ser para heredar el reino. Lo que olvidamos a menudo es explicar cómo se obtiene esa perfección. Lo cierto es que existe un pequeño secreto -un atajo, y si no conocemos el secreto o el atajo a la perfección, podemos terminar agotados tras intentar ser perfectos por nosotros mismos. El gran secreto es éste: Jesucristo compartirá con nosotros Su perfección, Su pureza, Su rectitud y Sus méritos. En Su misericordia, nos ofrece el beneficio de Su perfección, en ausencia de la nuestra, para satisfacer las

demandas de la justicia.

En principio, se nos considera perfectos, se nos acepta como perfectos, al ser uno con un Cristo que es perfecto. A la larga, esto hace posible que, en un futuro, lleguemos a ser perfectos en base a nuestros propios méritos, pero ese futuro es mucho después del Juicio y de que hayamos heredado el reino de Dios mediante el mérito, la misericordia y la perfección de Jesucristo. Así que la meta más importante de esta vida mortal es llegar a ser uno con Cristo por medio del convenio del evangelio y tener acceso a Su perfección por medio de esa unión, en vez de permanecer separados y desorientados mientras tratamos (¡en vano!) de generar nuestra propia perfección y, por consiguiente, de salvarnos a nosotros mismos.

Permítanme darles un ejemplo. Hace unos cuantos años, nuestra familia vivió en Williamsport, estado de Pensilvania. Las cosas nos iban bastante bien allí. Teníamos nuestro propio hogar en un vecindario muy agradable, y estábamos encantados con nuestros vecinos. Yo tenía un buen empleo en una universidad de la comunidad y progresaba en mi carrera. Parecíamos ser felices; teníamos la noche de hogar todas las semanas, orábamos regularmente como familia, y mi esposa y yo teníamos nuestras oraciones juntos todas las noches. Contábamos con la recomendación para el templo y asistíamos a él lo más seguido posible. Yo era miembro del obispado de nuestro barrio y lanas, mi esposa, era la presidenta de la Sociedad de Socorro.

Ese fue un año particularmente memorable para lanas, Además de ser presidenta de la Sociedad de Socorro, se recibió por segunda vez en la universidad (como contadora), aprobó el examen profesional, empezó a trabajar en una firma local, dio a luz a nuestro cuarto hijo (Michael)-todo eso en su tiempo libre, por supuesto. A decir verdad, lanas, se encontraba bajo bastante presión ese año, pero, como sucede con muchos maridos, no me di cuenta de la inmensa presión bajo la cual se encontraba hasta que la situación explotó. ¡Y qué explosión!

Un buen día, las luces simplemente se apagaron. Fue como si lanas, hubiera muerto en cuanto a las cosas espirituales; estaba exhausta. Adoptó una posición pasiva hacia la Iglesia. Cuando sus consejeras en la Sociedad de Socorro la llamaron, les dijo que podían hacer lo que quisieran y que ella había pedido ser relevada de su llamamiento. Uno de los peores aspectos de este repentino cambio fue que lanas, no tenía interés en hablar del asunto; no estaba dispuesta a decirme lo que le pasaba.

Finalmente, una noche, después de casi dos semanas, y tras insistir en que se desahogara, obviamente enojada me dijo: "Muy bien. ¿Quieres que te diga lo que me pasa? Pues te lo diré: Ya no doy más. Ya no puedo llevar mi carga; es muy pesada. No puedo hacer todo lo que se supone que debo hacer. Ya no puedo levantarme a las cinco y media de la mañana y hornear pan, coser la ropa y ayudar a los niños con sus tareas de la escuela, además de hacer mis propias tareas y de prepararles la bolsa del almuerzo; y después limpiar y ocuparme de mis deberes en la Sociedad de Socorro, estudiar las Escrituras, trabajar en mi genealogía, colaborar con la comisión de fomento de la escuela de los niños, organizar nuestro almacenamiento de alimentos, ir a las reuniones de estaca y escribirles a los misioneros . . ." Empezó a nombrar, una por

una, todas las cosas que no podía hacer o que no podía hacer a la perfección todos aquellos ladrillos que habían sido colocados sobre su espalda en nombre de la perfección hasta que terminaron por agobiarla.

"Trato de no gritarles a los niños", continuó diciendo, "pero a veces no puedo evitarlo; me enoja y empiezo a gritar. Y trato de no enojarme, pero no hay caso. Trato de no tener malos sentimientos hacia ciertas personas, pero los tengo. Sé que no tengo una actitud muy cristiana. Por más que trate de amar a todos, es inútil. No tengo el talento que tiene la hermana Fulana, y no puedo ser tan amorosa como la hermana Mengana. Steve, no soy perfecta; nunca voy a serlo, y no puedo seguir fingiendo que lo soy. Finalmente he llegado a la conclusión de que nunca alcanzaré el reino celestial, entonces, ¿para qué seguir matándome intentándolo?"

Y así fue que dio comienzo una de las noches más largas de nuestra vida de casados. Le pregunté a lanas, "¿Tienes un testimonio?", a lo cual respondió, "Por supuesto que sí -eso es lo más terrible de todo. Sé que el evangelio es verdadero, pero no puedo vivir como se espera que lo haga". Le pregunté si había cumplido con sus convenios bautismales, y me contestó, "No. He tratado y vuelto a tratar, pero no puedo guardar todos los mandamientos en todo momento". Le pregunté si había observado los convenios que había hecho en el templo, y otra vez me dijo: "Trato de hacerlo, pero por más que me esfuerce, no puedo hacer todo cuanto se me pide que haga."

Antes de proseguir, quisiera aclarar que la razón por la que fue hace muchos años le propuse matrimonio a lanas, fue porque ella es la persona más extraordinaria, dulce, genuinamente amorosa y abnegada que yo jamás haya conocido. Así que, lo que me estaba diciendo, sencillamente no tenía sentido. La conversación continuó dentro de ese tono - ella enumerando todas sus faltas e imperfecciones y yo tratando de hacerle reconocer que su autopercepción era injusta y de encontrar la verdadera causa del problema. Finalmente se me ocurrió de qué se podía tratar y, a decir verdad, me sentí como un tonto. Todo un experto en el campo de la religión y ni siquiera había visto tamaña realidad ante mis ojos. Lo que por fin descubrí fue que lanas, no entendía plenamente la médula misma del evangelio -la expiación de Cristo. Conocía los requisitos pero no reconocía las buenas nuevas.

¿Quién hubiera pensado que después de todas las reuniones y lecciones, después de todos los testimonios y las noches de hogar, no había captado la esencia del evangelio? Tenía un buen conocimiento y creía en todo, excepto en la parte más importante. lanas, estaba tratando de salvarse a sí misma; estaba tratando de hacerlo todo utilizando a Jesucristo como un mero asesor; sabía porqué podemos dar a Jesús los títulos de entrenador, alentador, asesor, maestro, hermano mayor, cabeza de la Iglesia y aún de Dios. Todo eso lo entendía, pero lo que no entendía era la razón por la que se le llama el Salvador.

¿CREEMOS EN SER SALVOS?

Pero, creemos los Santos de los últimos Días en "ser salvos"? Si hago esa pregunta a mis alumnos en la universidad empleando un tono de voz característico de los bautistas del sur de los Estados Unidos, generalmente un tercio decididamente responderá: "No. No creemos en 'ser salvos'. Nosotros no somos como esos evangelistas de los programas de televisión." ¡Qué lamentable! Por cierto que los Santos de los últimos Días creemos en ser salvos. Lo creemos ahora y siempre lo hemos creído. ¿Cómo podemos llamar a Cristo el Salvador si no salva a nadie?

Eso es como tener un salvavidas que no está dispuesto a levantarse de su silla o a mojarse; un salvavidas que dijera: "Miren, ahí hay otro ahogándose. ¡Qué fatalidad!" Es posible que hasta haya exclamado desde su silla: "¡Trate de nadar de espalda!", pero si

no se tira al agua, ¿de qué sirve? Y ¿para qué sirve un salvador que no salva a nadie? El mensaje central del Libro de Mormón, así como el de la Biblia, es que Jesucristo es el Salvador del mundo. Sí, los Santos de los últimos Días creemos en ser salvos, pero las, al igual que muchas otras personas, estaba tratando de salvarse a sí misma, mas no podía hacerlo. De hecho, nadie puede, por mejores que sean.

El hermano de Jared. Por ejemplo, echemos una mirada a Éter 3:2 en el Libro de Mormón. El que habla es el hermano de Jared, uno de los más grandes profetas de todas las épocas. Su fe era tan inmensa que, tal como podemos leer en ese capítulo, pudo penetrar el velo y ver a Dios. Pero fíjense cómo este buen y fiel hombre encaró a Dios. "Y ahora, he aquí, oh Señor, no te enojas con tu siervo a causa de su debilidad delante de ti; porque sabemos que tú eres santo y habitas en los cielos, y que somos indignos delante de ti." ¡Imagínense! Éste era uno de los más grandes profetas de todos los tiempos, y empezó su oración disculpándose por su debilidad y su indignidad. Por cierto que de ninguna manera se jactaba de ser perfecto.

Y continuó diciendo: "Por causa de la caída nuestra naturaleza se ha tornado mala continuamente." Lo que esto quiere decir es que, como resultado de la caída de Adán, los seres humanos estamos sujetos a las condiciones naturales de la vida mortal. Mientras permanezcamos en la carne, tendremos que luchar con la carne, con nuestra naturaleza carnal y, de vez en cuando, la carne triunfará sobre nosotros. Tal derrota es siempre reprochable y se nos hará responsables por ello, pero habrá de sobrevenirnos de tanto en tanto.

Esta lucha es algo a lo que debemos estar preparados para enfrentar a lo largo de toda la vida. Ningún ser humano se ve exento de este tipo de oposición presentada por nuestra naturaleza carnal. Por ejemplo, hay ocasiones en que le digo a mi naturaleza carnal, "¡Carne, hoy vamos a empezar una dieta!" a lo cual ésta inevitablemente responde algo así como: "¡Nilo sueñes!", y después empieza a susurrar despiadadamente, "¡Chocolate! ¡Chocolate! ¡Chocolate!" Esta oposición de la carne, de nuestra naturaleza carnal, no es algo que podemos vencer definitivamente durante la vida mortal. A lo largo de toda nuestra vida mortal, la naturaleza carnal estará continuamente sujeta a lo que es malo, parafraseando las palabras del hermano de Jared.

Personalmente, creo que al resucitar al fin venceremos la oposición de la carne. En la vida mortal, el espíritu y el cuerpo son dos entes separados obligados a coexistir en la misma persona. El nexo mortal entre ellos es tanto reciente como pasajero, por lo cual están en constante pugna. Pero al resucitar, el cuerpo y el espíritu pasan a ser una sola cosa; estarán inseparablemente unidos, soldados el uno al otro, y hablarán con una misma voz -la voz de esa unión que constituye el alma misma (ver D&C 88:15/. Pero hasta ese momento, debemos luchar con ese otro ente que es la naturaleza carnal y, de vez en cuando, aun los mejores de entre nosotros, como el hermano de Jared, perderemos alguna que otra batalla.

Pero ésta no es la parte más importante de lo que dice el hermano de Jared en Éter 3:2. Lo más importante viene al final del versículo: "No obstante, oh Señor, tú nos has dado el mandamiento de invocarte, para que recibamos de ti según nuestros deseos." A la larga, no tiene importancia realmente el hecho de que el hermano de Jared sea indigno desde el punto de vista celestial ya que, en ese respecto, es exactamente igual a todos los demás seres humanos. El asunto es que Dios nos ha mandado hablarle en oración, por más indignos que seamos, pues Él ha dispuesto la manera en que recibamos lo que anhelamos a pesar de nuestra imperfección. Advirtamos que Él dice: "según nuestro

deseo" y no estrictamente "según nuestros méritos" o "según nuestras obras", ni según otras condiciones que algunos de nosotros pudiéramos esperar ver D&C 137:9).

Lo que realmente importa es que mediante la expiación de Jesucristo, no obstante nuestra indignidad, podemos recibir lo que deseamos, lo que anhelamos -pero solo si en verdad es lo que anhelamos. Entonces, ¿qué es lo que deseamos? ¿Qué es lo que realmente deseamos? En Mateo 5:6 el Señor dice: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados." A menudo malinterpretamos este versículo, pensando que quiere decir algo así como "Bienaventurados los justos", pero de ninguna manera significa eso. ¿Cuándo tenemos hambre? ¿Cuándo tenemos sed? ¿Después de una succulenta cena? No, tenemos hambre cuando no hemos comido; tenemos sed cuando no hemos bebido, cuando nos vemos privados del objeto de nuestro deseo.

Esta bienaventuranza se refiere a personas como nosotros que desean hacer lo correcto, que anhelan, que tienen hambre y sed de justicia la justicia pura de Dios, la justicia perfecta y la inocencia absoluta del reino celestial. Bienaventurados aquellos que desean con todo su corazón ser justos tal como Cristo es justo, ser perfectos como Él es perfecto, que lo anhelan y lo buscan, y que darían cualquier cosa por lograrlo. ¿Cuál es su recompensa? Por medio de la expiación de Cristo, lo recibirán conforme a sus mayores deseos. En las palabras de la bienaventuranza, "serán saciados".

El ejemplo de Nefi. Veamos otro ejemplo profético del Libro de Mormón. En 2 Nefi 4:17-19, Nefi escribió: "¡Oh, miserable hombre que soy Sí, mi corazón se entristece a causa de mi carne. Mi alma se aflige a causa de mis iniquidades. Me veo circundado a causa de las tentaciones y pecados que tan fácilmente me asedian. Y cuando deseo regocijarme, mi corazón gime a causa de mis pecados." Un momento; ¿iniquidades? ¿tentaciones? ¿pecados? Acá tiene que haber un error. El que habla en este pasaje debe ser Lamán o Lemuel, los hijos inicuos; por cierto que no puede ser Nefi. Nefi era el hijo justo.

No, por supuesto que no hay ningún error. Este es Nefi, otro de los más grandes profetas que jamás hayan vivido. Ni siquiera se trata del Nefi adolescente. Este pasaje proviene del 2 Nefi, cuando la familia ya estaba en el Nuevo Mundo. Este es Nefi en su madurez, el Nefi de experiencia y sabiduría, que nos revela los sentimientos de su corazón. Y Nefi, al igual que el hermano de Jared o que el Apóstol Pablo (ver 1 Timoteo 1:15), no se jactaba de ser perfecto. Nefi sabía y lamentaba el hecho de que, a menudo, había perdido su batalla contra la carne, que había sido fácilmente tentado y que había pecado.

Pero tengamos otra vez presente que no tiene mayor importancia el hecho de que Nefi fuera imperfecto, de que no pudiera alcanzar el reino de Dios en base a sus propios esfuerzos y méritos y de que, en determinadas oportunidades, simplemente hubiera errado. Ningún ser humano, con la sola excepción de Jesucristo, ha guardado todos los mandamientos en todo momento. Es posible que fallemos en diferentes grados, pero todos fallamos. Esa es la razón por la que todos necesitamos ayuda, por la que todos necesitamos un Salvador, y por la que el que necesita ayuda y un Salvador de ninguna manera es una deshonra. Pero he aquí lo más importante que dijo Nefi: "No obstante, sé en quién he confiado . . . Me ha llenado con su amor hasta consumir mi carne" (2 Nefi 4:19, 21).

Aun cuando Nefi estaba descorazonado y deprimido ante la realidad de no poder vivir una vida perfecta, confiaba en que el Señor de todos modos lo llevaría hasta el reino. Confiaba en el Salvador y tenía confianza en el amor del Salvador. A1 combinar,

entonces, los tres versículos y frases, Nefi dijo, "No, no soy perfecto. Sí, mis faltas me molestan y, sí, quisiera haber sido mejor. No obstante, tengo fe en Jesucristo; confío en Él. Él dice que puede llevarme a Su reino a pesar de mis imperfecciones, y yo le creo. Sé que me ama, y confío en que continuará salvándome de todos mis enemigos".

Lamentablemente, al contrario de la actitud de Nefi, muchos de nosotros simplemente no confiamos en el Salvador. Creemos en Él, pero no confiamos en Él. Nuestras imperfecciones nos intimidan y nos atemorizan tanto que no podemos ni imaginarnos cómo podría Él salvarnos de ellas y nuestra fe se debilita. Pero si estos magníficos profetas gozaban de una cabal percepción de sus propios pecados y debilidades, y aun así sostenían con plena confianza que había para ellos un lugar en el reino de Dios, ¿no deberíamos aprender de sus ejemplos de confianza y seguridad de sus ejemplos de fe?

Además del temor a las imperfecciones propias, hay otras razones por las cuales algunas personas no logran confiar en el Salvador. Muchos suponen que si se entregan a Él y tratan de vivir el evangelio leal y fielmente, se privarán de algo importante que el mundo tenga para ofrecer. A menudo temen que una dedicación absoluta a Cristo y a la Iglesia les pondría en una posición de ser explotados o no les permitiría sentirse realizados desde un punto de vista emocional, intelectual o físico. Hay quienes quieren a la Iglesia en su vida, pero tienen miedo de abrazarla completamente. Cualquiera sea el caso, hay una sola realidad aun cuando es posible que crean en Él, no confían en Él. Todavía no tienen una fe genuina en Cristo.

CÓMO LLEGA LA PERFECCIÓN

Parte de las buenas nuevas del evangelio es saber que la perfección llega por fin, a aquellos que la desean, mediante la expiación de Cristo, en vez de sólo merced a sus propios esfuerzos. Cuando llegamos a ser uno con Cristo en el convenio del evangelio, cobramos acceso a Su perfección. Es como cuando dos personas con diferentes cuentas bancarias se casan y abren una cuenta común. Cuando lanas, y yo nos casamos, mi cuenta estaba sobregirada, pero mi esposa tenía dinero en la suya. Después de la boda, fuimos al banco y combinamos las dos cuentas, creando una sola. En lo que concernía al banco, yo ya no era simplemente Stephen Robinson, ni ella lanas, Bowen. Ahora éramos Stephen y lanas, Robinson, dos personas que habían creado una sociedad que abarcaba los bienes y las responsabilidades de ambas. Y puesto que los bienes pie lanas, superaban mis responsabilidades, la nueva cuenta tenía un saldo favorable. ¡Fue cual un milagro! Gracias al simple hecho de haber entrado en un convenio matrimonial y de haber llegado a ser uno con lanas, yo estaba entonces sobre terreno firme, económicamente, por primera vez en meses.

Ésta es una excelente analogía de lo que sucede cuando entramos en el convenio del evangelio. El Salvador, que posee bienes ilimitados, propone una sociedad con la persona, cuyas responsabilidades son limitadas. Empleo la palabra "propone" en forma comparativa a aquel que propone matrimonio, puesto que es algo tan íntimo y serio como un matrimonio. Ésta es la razón por la cual a Cristo se le llama a menudo el Esposo (ver Mateo 25: 1-13; Juan 3:29) y por qué a la Iglesia (o a Israel) a menudo se le llama la Esposa (ver Apocalipsis 21:2; D&C 109:74).

De la misma manera que un hombre y una mujer llegan a ser uno por medio del convenio del matrimonio, también el Salvador y aquél a quien Él salva llegan a ser uno por medio del convenio del evangelio (ver 1 Corintios 6:15-17). Al igual que una esposa renuncia a todas sus lealtades y normalmente adopta el apellido de su esposo, también quienes

entramos en este convenio con Cristo renunciamos a todas nuestras lealtades, le ponemos a Él primero, y tomamos Su nombre sobre nosotros. A esta unión aportamos nuestros justos deseos y nuestras lealtades, y Él Su perfección. En la unión del convenio, lo que es mío pasa a ser de El, y lo que es de Él pasa a ser mío. Es así que El se hace cargo del pago de mis pecados, y yo acepto Su justicia como justificación.

Cuando pasamos a ser uno con Jesucristo, formamos una sociedad espiritual con una cuenta común, en la que se entrelazan Sus bienes y nuestras responsabilidades. Puesto que Él tiene más bienes quedas responsabilidades que nosotros tenemos (Él tiene un océano infinito de bienes), la nueva cuenta tiene un saldo favorable no bien se abre, y la sociedad queda consolidada, aun cuando sus socios menores (nosotros) no podríamos mantenernos solventes sin Su ayuda. A esto es a lo que se refiere el Apóstol Pablo cuando habla de ser "de Jesucristo" / 1 Corintios 1:1) y a lo que Moroni llama ser "perfeccionados en Cristo" (Moroni 10:32).

Al producirse esa unión, Cristo y yo formamos una nueva criatura. La antigua criatura, el yo imperfecto, deja de existir, ocupando su lugar una gloriosa nueva criatura, una sociedad perfecta. Al integrarnos en una entidad individual, los dos, Cristo y yo, somos perfectos. Con esto no quiero decir (he aquí algo muy importante) que podemos llegar a ser perfectos más adelante. Lo que esto significa es que desde el preciso momento en que se forma la sociedad de buena fe, desde el instante en que tenemos fe sincera en Cristo, en que nos arrepentimos genuinamente de nuestros pecados y recibimos el bautismo y el don del Espíritu Santo -a partir de ese momento, la sociedad es celestial. Los méritos del Socio Mayor la transforman en tal. Claro que no se trata de la perfección individual que, por cierto, vendrá más adelante mucho más adelante, ¡no que se trata de una perfección "en Cristo" (ver Moroni 10:32-33), mediante la cual nos beneficiamos con ("méritos de nuestro socio. No obstante, a partir de ese momento, el reino es nuestro, siempre y cuando manteníamos la integridad de la sociedad que formamos, observando el convenio del evangelio (ver 3 Nefi 27:16, 19-21).

Es posible que se argumente que, a pesar de esa sociedad, sigo teniendo faltas y limitaciones, y admito que si voy a ser juzgado individualmente y por separado, eso es verdad. Pero en la relación del convenio, no seré juzgado individualmente ni por separado sino como uno con Cristo. Considerémoslo desde el punto de vista matemático: Si Cristo es infinito e ilimitado, mientras que yo tengo fin y soy limitado, y llegamos a ser uno, ¿cuál es la suma de Cristo y yo? ¿Cuál es la suma de una cantidad positiva infinita y una cantidad negativa limitada (- + -x)? Pues, infinidad, ¡por supuesto! Y la matemática es la misma, ya sea que yo ala parte finita) fuera diez, cinco 0 uno, ya sea que yo fuera un profeta o un presidente de estaca o un miembro común y corriente. Infinidad, más cualquier cantidad, positiva o negativa, es igual a infinidad.

Lo que realmente importa no es nuestro valor en la ecuación, sino que podemos formar parte de la ecuación al entrar en una relación de convenio con un Cristo infinito, no obstante cuán grandes o pequeños nos consideremos a nosotros mismos. Dos personas cualesquiera que llegan a formar una unidad por medio de un convenio, son perfectas, siempre y cuando una de ellas sea Jesucristo.

En Doctrina y Convenios 76:68-69, José Smith describe a los habitantes del reino celestial en los siguientes términos: "Son aquellos cuyos nombres están escritos en el cielo, donde Dios y Cristo son los jueces de todo. Son hombres justos hechos perfectos mediante Jesús, el mediador del nuevo convenio, que obró esta perfecta expiación derramando su propia sangre." (Cursiva agregada.) Aquellos que heredan el reino celestial son hombres y

mujeres justos, o sea, hombres y mujeres que desean justicia, que tienen hambre y sed de justicia. Son personas buenas que actúan de la mejor manera posible. Esto les hace justos -buenas personas, que son hechas perfectas por medio de la expiación perfecta de un Cristo perfecto.

O sea que, en un sentido de la palabra, uno puede hacerse a uno mismo justo. Los esfuerzos individuales bastarán para que sea una buena persona, aun una persona justa en términos humanos relativos. Por cierto que uno no necesita el evangelio para ser una buena persona en lo que tiene que ver con el estilo de vida personal (inclusive se puede demostrar una cierta hostilidad hacia el evangelio y ser comparativamente bueno). Mediante los esfuerzos propios, uno puede ser una persona honorable y, de ese modo, hacerse acreedor, por sus propios méritos, a una gloria aproximada a la terrestre (ver D&C 76:75).

Pero uno no se puede hacer perfecto a sí mismo; no puede hacerse libre de todo pecado y digno de la presencia de Dios el Padre. No puede hacerse celestial, por más intensamente que trate, pues ya ha pecado, y el ser una persona sin mancha requiere no sólo una actuación perfecta en el futuro, sino una actuación también perfecta en el pasado. De no ser así, uno no está libre de pecado, sino que es sólo un pecador que no ha pecado recientemente. Muchos estudiantes han aprendido la triste realidad de que una vez que reciben apenas un 9, no importa cuántos 10 obtengan de ahí en adelante, ya no tendrán una calificación perfecta por el resto de ese período. La inocencia requiere perdón y pureza; requiere que el registro de calificaciones sea borrado y vuelto a escribir, para que todos los hechos pecaminosos del pasado dejen de tenerse en cuenta -y todas estas cosas se logran por medio de la expiación de Cristo. Uno puede hacerse a uno mismo justo y terrestre /en lo concerniente a la gloria) merced a sus buenas obras y esfuerzos propios, pero sólo Cristo puede hacerle perfecto y celestial.

Una analogía del mundo de los negocios. Algunos de mis estudiantes que están en el programa de administración de empresas prefieren la siguiente analogía. Si dos compañías, una sumida en la más absoluta bancarrota y la otra extraordinariamente lucrativa, deciden fusionarse para crear una nueva corporación, ¿qué sucede con la deuda de la primera compañía? Es saldada con las ganancias de la compañía más solvente, y la corporación resultante de la fusión, pasa a ser considerada completamente firme en el aspecto financiero. Mientras que las ganancias de una de las partes sea mayor que las pérdidas de la otra, la corporación es solvente, lucrativa y financieramente justificada.

Lo mismo sucede en el aspecto espiritual. Cuando entramos en el convenio del evangelio y llegamos a ser uno con Cristo, creamos una nueva entidad, una sociedad que pasa a ser inmediatamente lucrativa e inmediatamente justificada por medio de los méritos infinitos del Salvador (la única empresa realmente lucrativa). Y mientras no disolvamos la sociedad, estaremos justificados por Sus méritos en esa relación tan singular. Es posible que, individualmente, yo no tenga la más mínima esperanza, pero como socio menor en una fusión empresarial con Cristo, tengo las máximas garantías de lograr el éxito.

Una analogía del mundo de los deportes. Algunos de mis alumnos se sienten más cómodos con ejemplos o ilustraciones extraídas del mundo de los deportes que con aquellos de los negocios y las finanzas, por lo cual a veces me gusta comparar la relación del convenio con competencias deportivas de equipo. En tales competencias, no importa cuál de los jugadores anota los puntos. Cuando uno hace un gol, encesta o lo que sea, es el equipo el que lo anota. En el caso del fútbol, cuando un delantero hace un gol, no tiene

ninguna importancia que el portero de su equipo no haya tenido nada que ver en la jugada, ni que los suplentes estuvieran sentados en el banco fuera de la cancha. No importa que el marcador de punta no hubiera estado cubriendo su sector; ni siquiera importa que algunos de los suplentes no hayan jugado ni un minuto en lo que va de la temporada. Cuando un jugador de un equipo hace un gol, todo el equipo hace el gol. En el momento de . Celebrar la victoria, no tiene importancia que seamos Delanteros o defensas o segundo suplente del portero; todo ;1 equipo sale victorioso, no sólo el jugador que anota el gol del triunfo.

A1 hacer el convenio del evangelio, pasamos a formar ;arte de un equipo cuyo capitán y jugador clave es Jesucristo, un verdadero astro que en cada jugada hace un Gol. Si jugamos en Su mismo equipo, saldremos campeones invictos. Aun cuando no estemos jugando muy bien, v hasta si me pide que esté entre los suplentes la mayor fiarte del tiempo, mientras Él esté en la cancha, nuestro equipo ganará. Pero debemos estar en Su equipo; no en el mío propio ni en ningún otro.

En ciertos casos, el convenio del evangelio se podría comparar a una carrera de larga distancia. Generalmente pensamos que hay un solo ganador en una carrera, pero en la carrera del evangelio, todos los que terminan son ganadores. Además, la diferencia en sus tiempos es irrelevante. Habrá quienes tendrán buenos tiempos y otros que no los tendrán, pero los únicos perdedores serán aquellos que se hayan dado por vencidos y se hayan retirado de la carrera antes de llegar a la meta final. En la carrera del evangelio no hay perdedores, sino quienes se dan por vencidos. Aquellos que cruzan corriendo la línea final en minutos, los que la cruzan caminando en horas e incluso aquellos que lo hacen arrastrándose en días, todos merecen el premio. Todos ellos perseveraron hasta el fin, conforme a sus talentos y destreza, con los ojos puestos en el Salvador. Pablo empleó esta analogía cuando escribió, "Corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe" (Hebreos 12:1-2). Somos demasiados los que malgastamos nuestra energía preocupándonos por los tiempos en vez de mantener los ojos puestos en la meta final, dando un paso a la vez y perseverando hasta el fin.

LA PARÁBOLA DE LA BICICLETA

Cuando mi esposa y yo analizamos estas cosas aquella noche, hace ya algunos años, parecía que no había nada que la convenciera. Entonces recordé algo que había sucedido en nuestra familia unos meses antes y a lo cual ahora nos referimos en nuestro hogar como la parábola de la bicicleta.

Una tarde, estaba leyendo el periódico en casa, y nuestra hija Sarah, que en ese entonces tenía siete años de edad, vino y me preguntó: "Papá, ¿me comprarías una bicicleta? Soy la única en el vecindario que no tiene una." Le contesté algo afirmativo entre dientes, pero Sarah levantó el periódico y, mirándome a los ojos, me preguntó: "¿cómo y cuándo?"

En ese momento en particular nuestras condiciones económicas no nos iban a permitir comprarle una bicicleta, así que fui un poco evasivo con ella. "Te diré lo que hacemos, Sarah", le dije, "ahorra todas tus monedas y vas a ver que en poco tiempo tendrás el dinero suficiente para tu bicicleta".

"Está bien", dijo, y se marchó y, por el momento, yo había logrado salir del apuro. Pasaron algunas semanas, y :: buen día yo estaba otra vez en casa leyendo el periodo después

del trabajo. Esta vez sabía que Sarah estaba haciendo algunas tareas especiales para su mamá, por las cuales ella le estaba pagando. Desde su dormitorio oía el ruido de las monedas.

"Sarah, ¿qué estás haciendo?" le pregunté. Vino hasta la sala donde yo estaba, trayendo su pequeña alcancía, la cual ella misma había hecho de lo que una vez fuera un rascado de jalea. En el fondo de la alcancía había unas cuantas monedas. Sarah me mostró el frasco y me dijo: "Me prometiste que si ahorraba todas mis monedas, pronto tendría suficiente dinero para comprar una bicicleta. Aquí están, papá, ahorré todas las monedas que gané."

Pues bien, Sarah es mi hija y la amo. En realidad no le había mentado, pues si ahorraba todos sus centavos, con 1 tiempo habría tenido suficiente dinero para comprarse una bicicleta. Pero es posible que para entonces quisiera un automóvil. Por el momento, la pequeña estaba haciendo todo lo posible por seguir mis instrucciones, pero aún le resultaba imposible cristalizar su deseo. Me sentí abrumado. "Muy bien, Sarah", le dije, "vamos al centro a ver bicicletas."

Recorrimos todas las tiendas de Williamsport y, finalmente, en uno de los comercios donde venden mercancía rebajada, la encontramos: la bicicleta perfecta (probablemente la que había tenido en la vida preterrenal). A pesar de estar del otro lado del salón, ella sabía que ésa era su bicicleta. Corrió hasta allá y tras sentarse en el asiento dijo: "Papá, ésta es la bicicleta que quiero." No podía disimular su emoción.

De pronto, vio la etiqueta con el precio que colgaba del manillar y, con una sonrisa en el rostro, extendió la mano y la dio vuelta. Al principio, se quedó mirándola fijamente y después su sonrisa fue desapareciendo. Se le ensombreció el rostro y empezó a llorar. "Ay, papi", dijo con voz quebrantada, "nunca voy a tener suficiente para una bicicleta." Esa fue su primera dosis de realidad adulta.

Si mal no recuerdo, la bicicleta costaba más de cien dólares, precio que estaba totalmente fuera del alcance de sus posibilidades. Pero puesto que Sarah es mi hija y la quiero con toda mi alma, lo que más deseo es que sea feliz. Así que le pregunté cuánto dinero tenía. Con voz tímida y entre sollozos me contestó: "Sesenta y un centavos."

"Te diré lo que haremos, cariño. Vamos a ver si podemos llegar a un arreglo. Dame todo lo que tienes, los sesenta y un centavos, un abrazo y un beso y la bicicleta es tuya".

Bueno, tonta mi niña nunca fue; así que me dio un abrazo, un beso y los sesenta y un centavos. El viaje de regreso fue muy lento pues Sarah no quiso bajarse de la bicicleta, así que fue en ella hasta la casa por la vereda (menos mal que eran unas pocas cuadras), mientras yo conducía el automóvil muy lentamente a su lado. Durante el trayecto se me ocurrió que ésta era una parábola sobre la expiación de Cristo.

El asunto es que todos anhelamos algo desesperadamente, aunque no es una bicicleta; lo que anhelamos es el reino de Dios. Deseamos regresar dignos y sin mancha a nuestro hogar celestial. Pero el tremendo precio un proceder perfecto está completamente fuera de nuestro alcance. En determinado momento de nuestro progreso espiritual, nos damos cuenta de cuál es el precio para ser admitidos en ese reino, y también comprendemos que no lo podemos pagar, y entonces nos invade la desesperación. Esa era la manera en que se encontraba lanas, aquella noche, desesperada ante la enorme diferencia entre un rendimiento perfecto y lo que ella consideraba que podía hacer.

Cuando por fin comprendemos nuestra incapacidad de perfeccionarnos y salvarnos a nosotros mismos, cuando nos damos cuenta de nuestra desesperante situación en esta vida mortal y la necesidad que tenemos de ser salvos por medio de una intervención exterior, es en ese preciso momento que llegamos a apreciar plenamente a ese Ser que viene a salvarnos.

Es entonces que el Salvador nos dice: "Has hecho todo lo posible y comprendes que no es suficiente . . . pero no te desespere. Te diré lo que haremos; vamos a ver si podemos llegar a un arreglo. ¿Cuánto tienes? ¿Cuánto es lo que razonablemente se puede esperar de ti? Dame todo lo que tengas (por insignificante que sea, como los sesenta y un centavos), y haz todo cuanto puedas hacer y yo me encargaré del resto por ahora. Dame lo que tengas y un abrazo y un beso (o sea, hagamos de ésta una relación personal), y el reino es tuyo. La perfección seguirá siendo nuestra meta suprema, pero en tanto no la alcances por ti mismo, te dejaré usar la mía. ¿Qué te parece' Tú haces todo cuanto puedas, y yo haré todo lo

que tú no puedes hacer aún. Entre los dos nos haremos cargo de la situación y tú estarás cien por ciento justificado." -

Al analizar todas estas cosas con mi esposa aquella noche, por alguna razón esta ilustración particular le llegó al corazón. Cuando consideró la Expiación y el convenio del evangelio de esta manera, comprendió cómo funcionaba, y tuvo lugar una maravillosa transformación en su actitud. Recuerdo que entre lágrimas dijo algo así: "Siempre he tenido un testimonio del Salvador y he creído que Él es el Hijo de Dios. Siempre he creído que Él sufrió y murió por mí. Pero ahora sé que El puede salvarme, que me puede salvar de mí misma, de mis pecados, de mis debilidades y de mi falta de talento."

Desde ese momento, la experiencia de lanas, ha ayudado a otras personas dentro y fuera de la Iglesia. La experiencia nos ha enseñado que no es la única que se ha sentido de esa manera, que hay muchas otras personas que desean servir a Dios y guardar Sus mandamientos, que tienen hambre y sed de justicia, que debido a lo encomiable y noble de sus deseos, se desesperan ante la realidad de su rendimiento. A todas y a cada una de esas personas declaramos: "Cristo es la respuesta. Él es el puente entre el lugar donde se encuentran ahora y el lugar a donde quieren llegar. Él es la solución al Gran Dilema."

"Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que

busca, halla; y al que llama, se le abrirá" Mateo 7:7-8/. Por cierto que éstas son buenas nuevas.

Capítulo Tres EL CONVENIO

Un convenio es un contrato, un acuerdo que consta de términos y obligaciones que comprometen a las dos partes. En la época actual, validamos un contrato, establecemos la obligación y lo legalizamos haciendo que las dos partes lo firmen. En la antigüedad, los convenios eran validados y se establecía la obligación por medio de la sangre de un animal sacrificado. Es de ahí que la expresión hebrea para referirse a un convenio es "cortar un convenio". A la sangre de la víctima sacrificada se le llamaba "la sangre del convenio", y cuando se le derramaba, los términos del convenio se consideraban vigentes y se establecía la obligación entre las dos partes contratantes.

Una buena ilustración de esto la provee el Antiguo Testamento cuando Dios hizo el convenio del monte Sinaí con Su pueblo, por medio de Moisés. En ese caso se concretó el convenio por medio del sacrificio de becerros, y una vez que el pueblo estuvo de acuerdo con los términos de ese convenio, se esparció sobre ellos la sangre de los sacrificios/ver Éxodo 24:3-8).

Por definición, un convenio es una obligación mutua. Por consiguiente, no es posible tener un convenio unilateral, un acuerdo que obligue sólo a una parte. Una obligación unilateral es simplemente una deuda, o esclavitud, más bien que una relación de convenio. Una promesa puede ser unilateral, pero un convenio debe contar con una obligación mutua; "si tú haces A, yo haré B". En el período del Antiguo Testamento, los convenios entre Dios y su pueblo siempre tenían términos específicos, y mientras que el pueblo escogido cumpliera con su parte del contrato, Dios cumpliría con la suya. Por otro lado, también sucedía lo contrario, pues cuando el pueblo quebrantaba el convenio, Dios ya no estaba obligado a él tampoco. Por ejemplo, en 2 Reyes 18:12 leemos que Dios no cumplió con su parte del convenio de salvar a Israel de sus enemigos porque Israel ya había invalidado su contrato al desobedecer los mandamientos que se había comprometido a cumplir, según Éxodo 24: 3-8. Dios está obligado por Su propia palabra a cumplir con los términos de Sus convenios, siempre y cuando nosotros cumplamos con nuestra parte del trato /ver D&C 82:10; 84:39-40).

En el Antiguo Testamento, el Señor le dijo a Israel que un día habría un nuevo convenio o pacto una nueva relación entre Dios y Su pueblo escogido superior al ofrecido mediante la ley de Moisés (ver Jeremías 31:31-33). Esa promesa fue cumplida cuando el convenio del evangelio ocupó el lugar del convenio hecho en el Sinaí; la promesa se cumplió con la muerte y la resurrección de Jesucristo. Al igual que el antiguo convenio, este nuevo y sempiterno convenio también tiene una víctima sacrificada el mismo Jesucristo, "el Cordero de Dios" /Juan 1:29) y "cordero inmolado" (Apocalipsis 5:6, 9, 12). La sangre de Jesucristo, vertida en Getsemaní y sobre la cruz, es la sangre del nuevo pacto que, al ser derramada, validó el acuerdo (ver Lucas 22:20; 1 Corintios 11:25).

Así como Moisés roció la sangre del antiguo pacto sobre el pueblo escogido (ver Éxodo 28:8) como muestra de aceptación del convenio, también aquellos que aceptan el nuevo pacto deben tornar sobre sí la sangre del sacrificio de Cristo. Cuando tomamos sobre nosotros la sangre de Cristo, cuando somos "emblanquecidos en la sangre del Cordero" (Apocalipsis 7:14), quedamos sujetos al nuevo convenio de una manera similar a la que el pueblo de Israel lo estaba al antiguo. Cuando se derramó la sangre de Cristo, el nuevo contrato entre Dios y los seres humanos, el convenio del evangelio, entró en vigencia para todos aquellos que han estado de acuerdo con sus términos.

JUSTIFICACIÓN

Cuando los seres humanos guardan sus convenios, cuando se ajustan a las condiciones de sus acuerdos con Dios, se dice que están justificados. Estar justificados quiere decir ser declarados inocentes, quedar libres de todo cargo de mala conducta, presentarse sin culpa ante la ley. El término justificado tiene un matiz jurídico y recalca el veredicto de "inocente". Por consiguiente, ser justificado es ser declarado sin culpa por Dios, quedar libre de hasta la más mínima mancha de pecado y no tener más obligaciones hacia Él. Entonces, el ser justificado lógicamente equivale a ser declarado digno del reino y de la presencia de Dios.

La justificación es una aspiración noble y una condición necesaria para la exaltación en el reino de Dios. Tanto el antiguo pacto de la ley de Moisés como el nuevo convenio del evangelio fueron diseñados para justificar a la persona que entra en el convenio y lo guarda. Sin embargo, el convenio de Moisés empleó la ley de la justicia como base para lograr esto (justificación por medio de la ley), mientras que el convenio del evangelio emplea la ley de la misericordia (justificación por medio de la fe).

LA JUSTIFICACIÓN POR MEDIO DE LA LEY

En teoría, una manera de ser justificados, de recibir un veredicto de "inocente" de parte de Dios, es guardar todos los mandamientos en todo momento no cometer pecados jamás, no ser culpables jamás. A esto se le llama justificación por medio de (la observancia de) la ley, o justificación por medio de las obras. Cualquier sistema que defina la rectitud exclusivamente como una condición que se obtiene y se merece gracias a haber obedecido un determinado grupo de reglas, es un sistema de justificación por medio de las obras o de la ley. En un sistema tal, se considera que una persona se gana su propio acceso al reino de Dios al no pecar para nada. Esta feliz solución al problema del pecado elimina la necesidad del perdón, del arrepentimiento o de una expiación. Por consiguiente, no obstante, tampoco existe la necesidad de un salvador. En sus escritos del Nuevo Testamento, el Apóstol Pablo caracteriza el antiguo convenio de Moisés como un sistema de justificación por medio de la ley o de las obras.

Los términos del antiguo contrato, la ley de Moisés, eran, esencialmente, que si los hijos de Israel guardaban los mandamientos, o sea, si observaban todas y cada una de las 613 imposiciones y prohibiciones de la ley de Moisés, Dios los salvaría de sus enemigos y les concedería la tierra prometida y una posteridad. Si las dos partes cumplían con lo convenido, Israel sería el pueblo escogido de Dios, y El sería su Dios. Este convenio estaba basado en la estricta obediencia y en la ley de la justicia.

En la práctica, los rabinos sabían que nadie cumple con todas las reglas en todo momento. Pero a pesar de que prácticamente carecían del fundamento doctrinal y teológico para creerlo, ellos confiaban en que la misericordia de Dios, de alguna manera, expiaría sus pecados. Como queda bien claro en Deuteronomio 27:26, si uno obedece la ley un cien por ciento, es justo, pero si desobedece siquiera uno de sus componentes, es un pecador o un transgresor de la ley (ver también Santiago 2:10). No obstante, bajo el antiguo convenio de la ley de Moisés, las personas podían, teóricamente y merced a sus propios esfuerzos y méritos, ser contadas como dignas al obedecer continuamente todas las reglas.

En teoría, no había nada de malo con el antiguo convenio y con su ley. Era la palabra de Dios y era justo. Si el pueblo hubiera cumplido con su parte del acuerdo, habrían sido justificados por la ley. Después de todo, aquellos que hacen absolutamente todo lo que Dios manda son justos, aún de acuerdo con la más estricta de todas las definiciones.

Lamentablemente, resultó que nadie podía cumplir de esa manera. Así como el pedirle a mi hija Sarah que ahorrara sus centavos para comprar una bicicleta pudo haber sido algo razonable como teoría aunque no como realidad, la justificación por medio de la ley, a pesar de que tiene su validez como teoría, en la práctica no satisface la realidad del ser humano en su condición actual. Debido a nuestras debilidades humanas y a nuestro estado caído, el cumplimiento de los términos de la ley de Moisés, el antiguo convenio, está, sencillamente, fuera de nuestro alcance y, por consiguiente, no nos justifican. En teoría, podrían hacerlo, pero en la realidad no lo hacen. La justificación mediante la

obediencia a la ley, o la justificación por medio de las obras es algo inalcanzable puesto que todos los seres humanos, menos uno, hemos sido desobedientes en alguna ocasión. Entonces no podemos esperar ser justificados por la obediencia si en ciertas ocasiones somos desobedientes.

Como lo indica Pablo, el tratar de cumplir con los mandamientos no tiene nada que ver con cumplirlos realmente. Según él, cualquier persona lo suficientemente tonta como para confiar en su propia capacidad de obedecer todas las reglas, hace que la expiación de Cristo no surta ningún efecto en su vida (ver Gálatas 5:4). Lo que es más, a cualquier persona que quiera confiar totalmente en su propia rectitud se le debe recordar que la rectitud por medio de la ley requiere una actuación perfecta: "Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito -todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas. Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá; y la ley no es de fe, sino que dice: El que hiciere estas cosas vivirá por ellas" (Gálatas 3:10-13; cursiva agregada).

Pablo explica que cualquier alegación de rectitud basada en esfuerzos personales por guardar los mandamientos, requiere un historial perfecto. El más mínimo traspié y se deja de ser perfecto, se pasa a ser un pecador y en ese sentido, todos somos pecadores. "Pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno . . . por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado" (Romanos 3:9-10, 20).

En otras palabras, puesto que todos hemos quebrantado la ley, nadie puede decir que es justo en virtud de haber obedecido la ley. Para peor, la ley misma pronuncia la maldición sobre todo aquel que no es perfecto en el cumplimiento de todos los mandamientos (ver Deuteronomio 27:26). Aún así, pese a nuestra naturaleza caída, habría resultado francamente imposible para los seres humanos guardar todos los requisitos del antiguo convenio. Por consiguiente, al menos según la opinión de Pablo en el primer siglo, Dios, en Su misericordia, ha ofrecido un nuevo pacto, un acuerdo con términos que podemos cumplir. Jesucristo es quien nos redime de la maldición de la ley de la exigencia de un comportamiento perfecto ofreciéndonos una nueva vía de justificación, no por medio de la ley (el obedecer todas las reglas en todo momento), sino mediante la fe en Cristo. Aun cuando parece que muchos ingenuamente intentan ser justificados por las obras, o ser auto justificados, tal intento constituye una vía falsa. Tanto la Biblia como el Libro de Mormón recalcan que la justificación no se puede obtener de esa manera:

Sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de [en] Jesucristo, para ser justificados por la fe de [en] Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado (Gálatas 2:16).

Y los hombres son suficientemente instruidos para discernir el bien del mal; y la ley es dada a los hombres. Y por la ley ninguna carne se justifica, o sea, por la ley los hombres son desarraigados . . . ninguna carne puede morar en la presencia de Dios, sino por medio de los méritos, y misericordia, y gracia del Santo Mesías. (2 Nefi 2:5,8)

A modo de resumen, entonces, no podemos justificarnos a nosotros mismos por nuestros propios medios. No podemos ganarnos nuestra entrada al reino celestial mediante la obediencia a todos los mandamientos. En teoría podríamos, pero en la práctica no, porque ninguno de nosotros ni nadie ha obedecido todos los mandamientos. Esto resulta

tan increíblemente evidente y sencillo, que hay personas que no lo pueden percibir. Analicémoslo por un momento. Ya hemos quebrantado algunos mandamientos en ciertos casos, por lo que no podemos decir que somos justos debido a haber obedecido los mandamientos. ¡Ya hemos sido descalificados! ¿Puede alguna persona, además del Salvador, guardar todos los mandamientos en todo momento? Si nuestra única esperanza de heredar el reino celestial se basa en la observancia de todas las reglas, de obedecer todos los mandamientos y de vivir todos los principios perfectamente, entonces todos hemos perdido nuestra oportunidad hace mucho tiempo. Es cierto que el evangelio ofrece arrepentimiento, perdón y expiación, pero éstos son remedios para la desobediencia en vez de recompensas para la obediencia.

Muchos miembros de la Iglesia confunden la meta a largo plazo de la perfección individual con la necesidad más urgente de perfeccionarnos en Cristo, concluyendo, erróneamente, que se deben perfeccionar a sí mismos

EL CONVENIO

Mediante sus propios esfuerzos antes de tener la esperanza de recibir el reino de Dios. El élder Bruce R. McConkie se refirió a esta idea como una de las herejías más trágicas de la Iglesia contemporánea.' Si nos resultara posible perfeccionarnos a nosotros mismos, hacernos a nosotros mismos dignos del reino de Dios, merced a nuestros propios esfuerzos, no necesitaríamos a Jesucristo para nada: "No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo" (Gálatas 2:21). Si pudiéramos ser justificados por nuestros propios esfuerzos, entonces no necesitaríamos un salvador, y el infinito sacrificio de Cristo habría resultado en vano.

LA JUSTIFICACIÓN MEDIANTE LA FE EN CRISTO

La única manera de ser justificados, de ser declarados sin culpa ante Dios, es admitir nuestras propias imperfecciones, reconocer que no podemos ser perfectos por nosotros mismos ni salvarnos por nuestros propios esfuerzos, y tener fe en Cristo, nuestro Salvador. Debemos aceptar Su ofrecimiento de ayuda entrando en un convenio completamente nuevo en el cual Sus esfuerzos se añaden a los nuestros y compensan nuestras deficiencias. A esto llamamos justificación mediante la fe en Cristo.

En el nuevo convenio de fe también se requiere perfecta inocencia, pero ésta no se me requiere a mí, individualmente, sino al equipo o sociedad que formamos Cristo y yo. Puesto que Cristo y yo somos uno en el convenio del evangelio, Dios acepta nuestra dignidad total combinada, y juntos, Cristo y yo, somos perfectamente dignos. Como resultado de ello, en Cristo yo soy limpio y digno hoy mismo. Mi actuación perfecta en forma individual sigue siendo una meta personal a largo plazo y llegará a ser el resultado final de la relación de convenio, pero no es un requisito para ser justificado a corto plazo mediante la fe en Cristo. ". . . sabemos que es preciso que todos los hombres se arrepientan y crean en el nombre de Jesucristo, y adoren al Padre en Su nombre y perseveren con fe en Su nombre hasta el fin, o no podrán ser salvos en el reino de Dios. Y sabemos que la justificación por la gracia de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es justa y verdadera" (D&C 20:29-30).

En el Nuevo Testamento se hace referencia a las dos formas de justificación, por medio de la ley y por medio de la fe, como dos yugos o cargas separadas. La obligación de la ley con su exigencia de obediencia perfecta se comparó a un "yugo de esclavitud" (Gálatas 5:1; ver Hechos 15:10), mientras que a las obligaciones del convenio del evangelio con su

arrepentimiento, perdón y expiación se les denomina "fáciles" y "ligeras": "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mateo 11:28-30/.

No hay yugo más pesado que la exigencia de la perfección el peso de la ley. Y muchos son los miembros de la Iglesia que todavía batallan bajo su carga. Pero las buenas nuevas consisten en el hecho de que en Cristo quedamos libres de esa pesada carga. Él la llevó sobre Sus hombros por nosotros, y Su actuación perfecta, extendida y aplicada a nosotros, nos libera de un requisito similar en este momento. En el convenio del evangelio, sustituimos el peso del pecado por la obligación de amar a Dios y a nuestro prójimo, y de actuar de la mejor manera posible.

LA OBEDIENCIA A LOS MANDAMIENTOS

Pero, ¿no nos es requerido, entonces, obedecer los mandamientos? La respuesta es sí -y no. Cuando pregunto a mis alumnos si es necesario guardar los mandamientos para entrar en el reino celestial, todos contestan que sí con la más absoluta certeza. Ellos saben que es así porque lo han oído de líderes y maestros en la Iglesia toda su vida. Pero cuando les pregunto si alguna vez han quebrantado algún mandamiento, o si hay un cierto mandamiento que no estén viviendo cien por ciento en la actualidad, la mayoría de ellos responde afirmativamente. Generalmente, no ven mayor problema en responder que sí a ambas preguntas.

Los Santos de los últimos Días habitualmente usan la frase "guardar los mandamientos" de una manera diferente a su significado técnico e histórico fuera de la Iglesia. No se trata de que sea incorrecto, pero sí es diferente, y por esa razón "guardar los mandamientos" es a menudo una frase ambigua y fastidiosa para los Santos de los últimos Días, particularmente cuando hablan con quienes no lo son. Generalmente nos referimos a "guardar los mandamientos" cuando en realidad queremos decir "tratar en todo lo posible de guardar los mandamientos y tener éxito la mayoría de las veces". Si se le define de esa manera, la frase describe el intento de obedecer que el nuevo convenio requiere como muestra de nuestra "buena fe". Al definírsele de ese modo, "guardar los mandamientos" es tanto posible como necesario; o sea, el tratar de guardar los mandamientos, el hacer todo lo posible, es un requisito del convenio del evangelio, aun cuando tener éxito en este preciso momento en la obediencia de todos los mandamientos constantemente, no lo es. Ésta es la razón por la que, además de mandamientos, el convenio del evangelio ofrece arrepentimiento y expiación.

Sin embargo, desde el punto de vista teórico, este uso tan tradicionalmente mormón, es incorrecto. Si nos fijamos en los detalles, "guardar los mandamientos" quiere decir no quebrantarlos -ni uno solo de ellos, jamás. Quiere decir obedecerlos perfectamente y, en la realidad, nadie lo logra. Teóricamente, nadie puede afirmar que guarda los mandamientos en este sentido si aun quebrantara uno solo de ellos. A esto se refiere Santiago cuando dice en el capítulo 2, versículos 10 y 11: "Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos. Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también ha dicho: No matarás.

Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la ley." La ambigüedad entre el significado tradicional y el uso que los Santos de los últimos Días dan a "guardar los mandamientos" ha hecho que, en ciertas ocasiones, los mormones y otros cristianos discrepen, llevando a algunos que no entienden nuestro vocabulario

teológico a acusarnos de creer en la salvación por las obras. También ha hecho que algunas personas en la Iglesia piensen incorrectamente que uno de los requisitos del convenio del evangelio es un proceder perfecto, aun cuando todo se basa en establecernos las debidas metas y hacer todo lo posible por alcanzarlas. De hecho, el verdadero propósito de la expiación de Cristo es ofrecer la vía para que aquellos que no hayan guardado, que no estén guardando y que probablemente no guardarán todos los mandamientos en todo momento, puedan igualmente ser exaltados en el reino celestial de Dios -en donde continuarán progresando en la eternidad hasta alcanzar la perfección -siempre y cuando sientan genuinamente hambre y sed de justicia.

En el Nuevo Testamento, cuando Pablo habla acerca de guardar los mandamientos o de ser justificado por las obras, se refiere a guardar todos los mandamientos en todo momento. Por consiguiente, él llega a la acertada conclusión de que nadie puede "guardar los mandamientos" en ese sentido, que nuestra incapacidad para guardar perfectamente los mandamientos nos condena, y que debemos buscar la salvación por algún otro medio.

Claramente hablando, entonces, no importa cuáles mandamientos guardemos y cuáles quebrantemos; si no los guardamos todos, somos transgresores -: culpables más bien que justos. Cuando se definen los términos de esa manera, cualquiera que afirme ser susto por "guardar todos los mandamientos", debe obedecer todos los mandamientos en todo momento. ¡Buena suerte!

LOS TÉRMINOS DEL NUEVO PACTO

Mientras que los términos del antiguo convenio, la ley mosaica, establecían una perfecta obediencia a las reglas a cambio de la justificación ante Dios, ser librados de las manos de los enemigos y heredar la tierra prometida, los términos del nuevo contrato son 1) fe en el Señor Jesucristo -creer continuamente en Él y dedicarle nuestra vida, (2) arrepentimiento -un proceso continuo de rechazar nuestras faltas y de intentar una vez más, y (3) bautismo -una ordenanza simbólica mediante la cual se nos libra de la culpa. Una vez que hayamos hecho todo esto, seremos dignos de (4) recibir el don del Espíritu Santo.

Al recibirse este don se verifica que el convenio es aceptado, que hemos quedado limpios de nuestros pecados anteriores, y que, por lo tanto, somos dignos de la compañía de este tercer miembro de la Deidad (ver 3 Nefi 27:19-21). Cuando guardamos el nuevo pacto también recibimos justificación ante Dios, quedamos libres de nuestros enemigos (nuestros verdaderos enemigos -el pecado y la muerte), y heredamos una tierra prometida (el reino de Dios). De ese modo, el nuevo pacto nos ofrece, en base a términos que podemos cumplir, todas las bendiciones prometidas, aunque inalcanzables, en el antiguo convenio.

Esta es una manera de entender el convenio del evangelio, lo que propone el Salvador -Su propuesta a Sus hijos amados. El convenio es un acuerdo, un acuerdo de sociedad, entre nosotros y nuestro Salvador. Debemos creer en Cristo y debemos creer en la justificación por la fe en Cristo. Debemos dedicarlo todo a ambas cosas. Al reconocer que no podemos hacer todo lo que ley requirió de nosotros, por medio del convenio del evangelio acordamos hacer todo cuanto podamos. Acordamos prestar nuestros mejores esfuerzos ante nuestro Salvador y darle todo lo que tenemos. Aceptamos que la perfección es nuestra meta suprema y que nos esforzaremos junto a El para alcanzarla. Es así que la idea de "guardar los mandamientos" sigue siendo un componente vital del

arreglo, pero "guardar los mandamientos perfectamente" no lo es, al menos no por el momento. A cambio de esta maravillosa concesión, también acordamos arrepentirnos toda vez que no obedezcamos los mandamientos perfectamente y volver a tratar una y otra vez, si es necesario, sin darnos jamás por vencidos en el arrepentimiento y en tratar de ser como Él.

A su vez, el Señor se compromete a hacerse cargo de nuestros errores mientras aprendemos y progresamos. Aun cuando nuestra perfección privada e individual viene más adelante, mucho después del final de esta vida, la perfección de nuestra sociedad, nuestra perfección en Cristo, toma vigencia inmediatamente. Desde el momento mismo en que entramos en el convenio con el Señor, Él se hace cargo de nuestros errores -somos perfeccionados en Él siempre y cuando continuemos en la relación del convenio, siempre que "perseveremos hasta el fin". Al ser considerados inocentes, limpios y dignos por medio de la fe, el arrepentimiento y el bautismo, podremos recibir el don del Espíritu Santo, el cual Dios nos concede como "arras" (ver Efesios 1:14; 2 Corintios 1:22; 5:5), una especie de garantía y pago inicial o prenda por las maravillosas bendiciones que heredaremos. junto con el don del Espíritu Santo, Cristo también ofrece a Sus socios menores una brújula que nos permita navegar mejor espiritualmente, con el consuelo de un testimonio, y con la seguridad de que, por cierto, hemos sido justificados a través de Su convenio.

Al igual que con el diezmo, los términos de este convenio son, en cierto sentido, iguales para todos, aunque en otro sentido son diferentes de acuerdo con la capacidad individual. Los términos de la ley del diezmo son universales -el pago de la décima parte de nuestros ingresos anuales (ver D&C 119:4). Sin embargo, esta misma fórmula resulta en una cantidad de dinero diferente en cada persona. Lo mismo acontece con el convenio del evangelio. El Señor requiere de cada uno de nosotros un porcentaje específico: todo cuanto tenemos, o el cien por ciento. Sin embargo, ese cien por ciento será una cantidad distinta de las respectivas de otras personas, en base al conocimiento espiritual y a la madurez de cada una. Cuán maravillosa flexibilidad -Él nunca requiere más de lo que uno es capaz de dar, y lo que Él requiere de mí está siempre en proporción a mi conocimiento y circunstancias.

Ésta es la razón por la que uno no debe sentirse descorazonado si no ha alcanzado tanto progreso como el hermano Fulano o la hermana Mengana. Mi responsabilidad es dar todo cuanto yo tengo, no todo lo que alguien más tenga, ser lo mejor que yo pueda ser, y no tan bueno como alguien más. En Doctrina y Convenios 10:4 el Señor mismo nos advierte que nunca debemos correr más rápido de lo que nos permitan las fuerzas: "No corras más aprisa, ni trabajes más de lo que tus fuerzas y los medios proporcionados te permitan." Tengamos fe en Cristo; hagamos lo mejor que podamos; no tratemos de hacer más de lo que esté dentro de nuestras posibilidades.

Los apóstoles y los profetas son justificados por medio de la fe en Cristo dentro de exactamente los mismos términos que yo lo estoy, y cuando yo alcance el nivel de desarrollo y de madurez en el evangelio que ellos hayan alcanzado, se requerirá de mí el mismo grado de rendimiento que se requiere hoy de ellos, pero no sino hasta entonces. Por eso no debo desesperar por el simple hecho de que no parece que estuviera haciendo las cosas tan bien como otros las hacen, del mismo modo que no se puede pretender que yo pague la misma cantidad de diezmo que otros pagan. Lo que Dios requiere en ambos casos es justo y apropiado para cada persona.

Por otro lado, lo contrario también es cierto. Del mismo modo en que no debo desesperar

porque a otras personas les va mejor que a mí, tampoco debo mirar con displicencia a aquellas que no les vaya tan bien como a mí. Los términos del contrato son iguales para ellos y para mí: "Dame todo cuanto tengas, por mucho o poco que sea, y yo me encargaré del resto mientras tú aprendes." No importa que uno tenga sesenta y Un centavos, cien o sólo dos -la oferta es la misma: "Dame todo cuanto tengas, y yo me encargaré del resto." Puesto que todos nos quedamos cortos en cuanto a lo que necesitamos, aun cuando las cantidades difieran, todos estamos en la misma situación y necesitamos la misma salvación. Por lo tanto, el convenio del Salvador es el mismo para todos.

LA ACTITUD

Resulta obvio, entonces, que la consideración crucial para determinar si tenemos o no un convenio válido no debería ser nuestro proceder, ni siquiera cuán "buenos" seamos, sino más bien nuestra actitud -los deseos de nuestro corazón. Las Escrituras mismas aclaran este punto: "Por tanto, la redención viene en el Santo Mesías y por medio de él, porque él es lleno de gracia y de verdad. He aquí, él se ofrece a sí mismo en sacrificio por el pecado, para satisfacer las demandas de la ley, por todos los de corazón quebrantado y de espíritu contrito; y por nadie más se pueden satisfacer las demandas de la ley" (2 Nefi 2:6-7)

La actitud -la condición de nuestro corazón -lo es todo. No importa cuán orgullosos nos sintamos de nuestra capacidad para guardar los mandamientos, mientras nuestra actitud no sea la debida, en tanto que nuestro corazón no esté quebrantado y nuestro espíritu no sea contrito, nuestra relativa bondad será de escaso provecho. Por más impresionante que sea el proceder relativo de una persona, sin el Salvador, tal proceder no es suficiente para su salvación; carece de la perfección celestial que se requiere para estar en la presencia de Dios.

Por otro lado, una vez que nuestra actitud sea la debida -es decir, cuando seamos de corazón quebrantado y de espíritu contrito -nuestra relativa debilidad es igualmente irrelevante, siempre y cuando aceptemos y guardemos el convenio. Cuando el costo de la bicicleta es de más de cien dólares, a la larga ¿qué importa que a mí me hayan faltado los cien dólares y que a usted le hayan faltado sólo noventa y nueve? Los dos somos mendigos que estamos a la misericordia de Dios. Por lo tanto, no puedo sentirme superior ni siquiera al miembro que esté pasando por mayores problemas. Puedo sentir únicamente empatía por alguien que esté en la misma situación que yo ante Dios.

LA SANTA CENA

Dado que la conversión y el arrepentimiento no son elementos definitivos, y puesto que no podemos cumplir con todos los mandamientos continuamente, el convenio se debe renovar y reafirmar en forma regular. A los seres caídos como nosotros se nos debe recordar el convenio que hicimos y el cometido que expresamos en el momento del bautismo. Necesitamos oportunidades frecuentes para corregir el curso. En muchas sectas religiosas podría parecer extraño que se ofreciera el sacramento del Señor todas las semanas. Sin embargo, los Santos de los últimos Días sabemos que los seres imperfectos deben reafirmar regularmente su meta personal de perfección, siendo justificados mientras tanto por la expiación del Señor.

Es por eso que todas las semanas vamos ante el Señor al prepararnos para la santa cena y, en esencia, decimos: "Padre Celestial, esta semana tampoco he sido perfecto, pero me arrepiento de mis pecados y reafirmo mi cometido de guardar los mandamientos. Prometo

volver a tratar con todo mi corazón, toda mi alma, mente y fuerza. Todavía quiero y necesito la purificación que viene por medio de la fe, el arrepentimiento y el bautismo. Te pido por favor que extiendas mi contrato, mi convenio del bautismo, y que me concedas las continuas bendiciones de la Expiación y la compañía del Espíritu Santo."

El versículo 77 de la sección 20 de Doctrina y Convenios, tal vez sea el más conocido para los Santos de los últimos Días. Se ofrece esta oración cada vez que los miembros de la Iglesia renuevan su relación de convenio con Dios: "Oh Dios, Padre Eterno, en el nombre de Jesucristo, tu Hijo, te pedimos que bendigas este pan para las almas de todos los que participen de él, para que lo coman en memoria del cuerpo de tu Hijo, y testifiquen ante ti, oh Dios, Padre Eterno . . . "

Al renovar el convenio del evangelio por medio de la santa cena, naturalmente debemos hacerlo en memoria del Hijo que hizo posible el convenio. Entonces, teniendo presente al Salvador y Su sacrificio, testificamos ciertas cosas. Testificar quiere decir dar testimonio, jurar o afirmar. Por consiguiente, el "testificar ante Él" introduce las afirmaciones específicas, las consideraciones legales, de la oración: ". . . y testifiquen ante ti, oh Dios, Padre Eterno, que están dispuestos a tomar sobre sí el nombre de tu Hijo, y a recordarle siempre, y a guardar sus mandamientos que él les ha dado" (cursiva agregada).

¿Por qué razón son tan necesarias en este caso las dos palabras "están dispuestos"? ¿Son importantes? ¿Habría alguna diferencia si no se incluyeran estas palabras en la oración y se dijera solamente: ". . . y testifiquen ante ti, oh Dios, Padre Eterno, que ellos toman sobre sí el nombre de tu Hijo, y le recuerdan y guardan sus mandamientos que él les ha dado"? Sí, habría una diferencia. La diferencia está en que yo no puedo hacer esto último. No puedo testificar, afirmar o jurar que siempre le recuerdo y guardo Sus mandamientos. Estaría mintiendo a sabiendas -quiero hacer lo debido, pero hay veces que no lo hago. Esto es precisamente lo que hace que la expiación de Cristo y el convenio del evangelio sean necesarios para mí -que no puedo guardar todos los mandamientos continuamente por más esfuerzos que haga. Por lo tanto, no puedo honradamente testificar ante Dios que cumpliré todos los mandamientos, cuando sé que, al menos en cierto grado, no lo haré.

No obstante, con la más absoluta sinceridad puedo testificar que estoy dispuesto a hacerlo. Puedo jurar que tal es el deseo de mi corazón. Puedo afirmar que tengo hambre y sed de hacer estas cosas, que haré todo lo posible por ser obediente. Entonces, aun de acuerdo con los términos teóricos de la oración de renovación del convenio, Dios me hace saber que la resolución sincera de mi corazón y mis mejores esfuerzos son suficientes para dicho convenio a renovarse, y que el convenio de fe es, por medio de la gracia en Cristo, suficiente para justificarme ante Dios.

LA ACEPTACIÓN DEL CORAZÓN RESUELTO

Por sobre todas las cosas, Dios quiere nuestro corazón. El proceder imperfecto se puede corregir, los pecados se pueden redimir, los errores se pueden borrar -pero Dios no puede hacer nada con un corazón mal dispuesto y rebelde en tanto no se arrepienta. La debilidad se puede salvar, la rebelión no. "He aquí, el Señor requiere el corazón y una mente bien dispuesta" (D&C 64:34).

En Doctrina y Convenios 46:9 encontramos otro pasaje que indica cómo nuestra buena disposición y nuestro deseo sincero son aceptables para Dios en la ausencia de un proceder perfecto. Este versículo se refiere a los dones del Espíritu recibidos por los

miembros de la Iglesia: "Se dan para el beneficio de los que aman y guardan todos mis mandamientos, . . ." ¿Los dones del Espíritu son para aquellos que aman a Dios y guardan todos sus mandamientos? ¡No puede ser! ¡Todos los mandamientos! ¡Jamás podré lograrlo! Pero, aguarde, ¡hay una coma! " . . . y de los que procuran hacerlo" (cursiva agregada). ¡Demos gracias a Dios por lo que viene después de la coma! Aun los que no somos perfectos podemos recibir los dones y las bendiciones del Espíritu, siempre y cuando procuremos guardar los mandamientos hasta donde nos lo permita nuestra capacidad.

De igual manera, en la Perla de Gran Precio leemos cómo el Espíritu Santo le confirmó a Adán "que así como [había] caído [podía] ser redimido; y también todo el género humano, sí, cuantos quieran" (Moisés 5:9/. Adviértase que no dice: "cuantos sean perfectos". Este punto está claro: Adán no es perfecto; Adán es imperfecto y se encuentra en un estado caído (como usted y como yo). Por tal razón necesitaba un Salvador (como usted y como yo/. La promesa es para cuantos quieran -o sea, para todos los que realmente quieran ser redimidos de sus imperfecciones. Otra de las grandes promesas del nuevo convenio es que todos aquellos que realmente quieran alcanzar el reino de Dios y estén dispuestos a dedicar todas sus fuerzas para ello, por más grandes o pequeñas que éstas sean, heredarán ese reino.

Esas sí que son buenas nuevas.

Capítulo Cuatro SALDOS POR LA GRACIA

A menudo les hago a mis alumnos la siguiente pregunta: "Cuando deban comparecer ante Dios en el Día del juicio, ¿cuántos de ustedes querrían tener la seguridad de que Dios habrá de ser absolutamente justo con ustedes?" Normalmente todos levantan la mano. Después los confronto con una cruda realidad al decirles: "Mejor piénsenlo bien. El que Dios sea justo equivale a que les juzgue según la ley de la justicia y que les conceda estrictamente lo que merecen. Pero a los seres imperfectos y mortales como nosotros no nos convendría recibir lo que merecemos; más bien deberíamos anhelar más que eso. No queremos que Dios sea simplemente justo cuando nos juzgue -queremos que también sea misericordioso." La expiación de Cristo provee una manera de que Dios sea al mismo tiempo justo y misericordioso. Puesto que Cristo y yo somos uno en el convenio del evangelio, y ya que en una sociedad de convenio no importa qué es lo que hace cada uno de los socios, Cristo puede satisfacer las demandas de la justicia por mí y yo puedo recibir los beneficios de la misericordia de parte de Él. Este es un arreglo que satisface tanto la justicia como la misericordia.

No obstante, algunas personas son tan adictas a la ley de la justicia que tienen dificultad en aceptar la ley de la misericordia o de la gracia. Se resisten a ciertos aspectos del evangelio y de la misericordia que les parecen injustos (en otras palabras, misericordiosos en vez de justos). Por ejemplo, en realidad no es justo que una persona sufra por los pecados de otros; no es justo que haya personas que puedan cometer crímenes horribles y que más tarde sean completamente perdonadas y absueltas sin tener que sufrir por ellos. No es justo que aquellos que trabajan sólo una hora reciban la misma paga que los que trabajan todo el día (ver Mateo 20:1-16). No, el evangelio a veces no es justo, pero eso es precisamente parte de las buenas nuevas. No es justo -es misericordioso, y gracias a Dios que lo es, pues ningún ser humano puede resultar absuelto de las demandas de la justicia absoluta. Desde el punto de vista de los seres mortales caídos e imperfectos como nosotros, el ser juzgados únicamente en base a la justicia sería una

verdadera tragedia.

Sin embargo, hay personas que parecen tener dificultades para desligarse de la ley de la justicia. Muchas personas me han dicho: "Bueno, lo que usted dice de la misericordia y de la gracia sería maravilloso si fuera cierto, pero a mí no me parece factible. Es demasiado fácil -no parece justo." En otras palabras: "No puedo aceptar la misericordia porque no es como la justicia." Pero ahí está la cuestión -ésas son, precisamente, las buenas nuevas. El evangelio brinda misericordia a aquellas personas que, de otra forma, serían condenadas por la justicia. ¿Qué dicen las Escrituras? "¡Oh, la grandeza de la misericordia de nuestro Dios, el Santo de Israel! Pues él libra a sus santos de ese terrible monstruo, el diablo y muerte e infierno, y de ese lago de fuego y azufre, que es tormento sin fin" (2 Nefi 9:19; cursiva agregada).

Pero no es de un destino injusto del que habrán de ser librados los Santos. No hay nada de malo en que haya personas que vayan al infierno -lo merecen. Después de todo, si se metieron en deuda con el pecado, es propio que la salden: "¡Pero ay de aquel a quien la ley es dada; sí, que tiene todos los mandamientos de Dios, como nosotros, y que los quebranta, y malgasta los días de su probación, porque su estado es terrible!" (2 Nefi 9:27). En la situación que se describe en estos dos pasajes de las Escrituras, el diablo, la muerte y el infierno ejercen poder sobre ciertas personas sólo hasta el grado y la duración necesarios para que éstas salden por completo sus deudas. El infierno no es un invento satánico, sino que es parte del plan de Dios, y es totalmente justo. Es cierto que Satanás reina en ese lugar, pero únicamente porque Dios permite que lo haga. La amenaza del infierno es la amenaza de recibir el peso de la justicia, de recibir lo que merecemos y de pagar lo que debemos sin ninguna interferencia de parte de la misericordia.

Por otro lado, la expiación de Cristo ofrece un medio para recibir misericordia en vez de justicia, a fin de evitar un castigo justo en el infierno. No obstante, si rechazamos la justicia que nos ofrece Cristo, entonces, el sufrir por nuestros pecados es debido y justo. La justicia jamás podría intervenir para salvarnos de un castigo justo -sólo la misericordia puede hacerlo. " . . . Mientras su brazo de misericordia se extienda hacia vosotros a la luz del día, no endurezáis vuestros corazones . . . [de otro modo] según el poder de la justicia, porque la justicia no puede ser negada, tendréis que ir a aquel lago de fuego y azufre, cuyas llamas son inextinguibles y cuyo humo asciende para siempre jamás, y este lago de fuego y azufre es tormento sin fin" (Jacob 6:5,10).

En esta vida hay sólo dos señores y dos bandos. Debemos escoger si habremos de pertenecer al Uno o al otro. Si no escogemos al Uno, recibiremos al otro por abandono. No hay término medio ni una tercera opción. Al igual que una computadora, la vida ofrece ciertos mecanismos que automáticamente entrarán en funcionamiento a menos que nosotros adoptemos una acción afirmativa para evitarlos. Es así que si nos rehusamos a hacer a Cristo nuestro Señor, por medio de los pasos afirmativos para entrar en Su convenio, entonces Satanás pasará a ser nuestro señor por abandono. Cristo por elección o Satanás por abandono -no existen otras opciones.

Cristo "trae la salvación a cuantos crean en su nombre; ya que es el propósito de este último sacrificio poner en efecto las entrañas de misericordia, que sobrepujan a la justicia y proveen a los hombres la manera de tener fe para arrepentimiento. Y así la misericordia satisface las exigencias de la justicia, y ciñe a los hombres con brazos de seguridad" (Alma 34:15-16). La alternativa ante nosotros es misericordia o justicia. Cualquiera de las dos cosas tienen cabida y son totalmente compatibles con la naturaleza del plan de Dios, pero, al igual qué con la elección entre el Señor y Satanás, no hay una tercera opción.

Como ya dijimos, la vida tiene mecanismos que están fijados para la justicia. Podemos escoger la misericordia que se ofrece por medio del convenio del evangelio, pero si rehusamos esa misericordia, recibiremos justicia.

Pero hay algo extraño en la naturaleza de la misericordia: por definición, la misericordia existe solamente si no la merecemos. Pues si merecemos algo, entonces pasa a ser un asunto de justicia que lo recibamos, y así deja de ser un asunto de misericordia. Entonces, y únicamente en este sentido, el dar o recibir misericordia resulta siempre un tanto injusto. Pero una de las grandes bellezas del evangelio, una de las mejores de todas las buenas nuevas, es que a Jesús no le importa esta injusticia. Él está dispuesto a sufrir injustamente y a compensar la justicia por sí mismo para extender misericordia a seres más débiles como nosotros. Esta disposición de Su parte de pagar más de lo que le corresponde y de llevar sobre Sus hombros una carga más pesada de lo que es justo a fin de dar misericordia a los demás, es lo que constituye la gracia de Cristo.

LA GRACIA

En la Biblia, el término *gratia* tiene varios significados. Las palabras en griego o hebreo que generalmente se traducen como "gracia" (*chen* o *charis*, respectivamente), también se traducen como favor, placer, agradecimiento, gentileza, o buena voluntad. El término también se emplea para referirse a un obsequio, beneficio, o gesto, ofrecido como una muestra de las mencionadas actitudes. En la sociedad contemporánea, una propina o gratificación (de la misma raíz del latín de la palabra gracia) representa casi lo mismo. Un cliente paga su cuenta -que es lo que demanda la justicia -pero la gratificación se basa en su buena voluntad. No hay ningún tipo de obligación. En la Biblia, gracia puede también querer decir atractivo o belleza (Santiago 1:11), o el favor o trato especial que una persona concede a otra a cambio de un buen servicio (ver Génesis 33:8), por méritos espirituales (ver 1 Samuel 2:18), o hasta por belleza física (ver Ester 2:15-17).

Sin embargo, en el Nuevo Testamento, "gracia" se refiere comúnmente a la gracia o el favor de Dios, y esto generalmente se entiende como una actitud de buena voluntad que predispone a Dios a actuar positivamente hacia los seres humanos. El término operativo, en este caso, es predispone. En otras palabras, antes de contar con mis propios antecedentes o historial, antes de poder ser considerado atractivo o listo o encantador o aun justo, antes de hacerme merecedor de ninguna recompensa o bendición -antes de todo esto -Dios ya está predispuesto positivamente para conmigo. La gracia, en este caso, no es algo que yo pueda generar, manipular, ganar, merecer ni controlar, puesto que es un aspecto preterrenal de la actitud de Dios hacia mí. Antes de que yo pudiera siquiera responderle, Él ya me amaba, quería ayudarme y deseaba que yo tuviera éxito (ver 1 Juan 4:19). Debido a esta predisposición en mi favor, Dios también me ofrece dones de tanto en tanto que contribuyen a mi éxito. En algunos casos, las Escrituras hacen mención de tales dones como la gracia de Dios, puesto que son demostraciones de Su predisposición positiva hacia mí.

Al igual que nuestro Padre Celestial, la mayoría de los padres están positivamente predispuesto hacia sus hijos aun antes de que éstos puedan hacer nada por retribuir el favor. Aun cuando lo único que una criatura puede hacer es llorar y mojar los pañales, generalmente recibe un gran caudal de amor, interés y atención de parte de sus padres. Aun cuando los hijos consumen mucho más de lo que producen, la mayoría de los padres están predispuesto a tratarlos con favor o, en otras palabras, a darles su gracia. Es así que hacen por sus hijos cosas que tal vez no harían por otras personas.

Más adelante, el "por favor" de un hijo, sirve para apelar a esa gracia paternal, a la buena voluntad y favor de papá o de mamá. "Por favor" no es una demanda; no presenta evidencia alguna de que lo que se pide sea justo o merecido. No implica que aquello que se espera recibir haya sido legítimamente ganado. Simplemente expresa: "Hazlo porque me amas y estás predispuesto o en mi favor, o simplemente hazlo porque lo quiero o lo necesito, y a ti te interesan mis deseos o necesidades. Hazlo como muestra de tu favor hacia mí, como una expresión de tu afecto por mí. Hazlo porque nos pertenecemos el uno al otro." Esas dos palabras que empleamos tantas veces al día sin pensar demasiado -por favor -quieren decir, literalmente, por la gracia o por la buena voluntad de la persona a quien le suplicamos que haga algo por nosotros.

Teológicamente, la gracia de Dios es Su buena voluntad hacia nosotros, Su predisposición para actuar de una manera que contemple nuestros intereses aun antes de que nos ganemos o merezcamos tal consideración. Los Santos de los últimos Días entendemos que la gracia incondicional de Dios ha sido expresada a Sus hijos de muchas formas. Por ejemplo, Dios nos hizo Sus propios hijos espirituales en la vida premortal. Ésta fue una gran bendición, a pesar de que nosotros no la pedimos y de que no había manera de que la hubiéramos merecido o ganado ni que pudiéramos reclamar ningún derecho sobre ella antes de que nos hiciera Sus hijos. Dios lo hizo pues tenía la capacidad de hacerlo y porque nos beneficiaría al hacerlo. Nuestro nacimiento como hijos espirituales Suyos fue una expresión de la buena voluntad del Padre que no logramos por nosotros mismos -una expresión de amor e interés genuinos. Eso es precisamente una gracia pura. Lo que es más, del mismo modo que los padres aman a sus pequeñitos aun antes de que éstos puedan responder a ese amor, también Dios nos amó a nosotros antes de que desarrolláramos la capacidad de amarle a Él, y por cierto que muchísimo antes de que estuviéramos en condiciones de "ganarnos" Su amor por medio de un buen proceder.

La gracia de Dios también se extiende e incluye a los pequeños que mueren antes de alcanzar la edad de responsabilidad (ver D&C 29:46; 137:10). Del mismo modo, incluye a los incapacitados mentalmente (ver D&C 29:5) y a los que genuinamente desconocen los mandamientos de Dios (ver 2 Nefi 9:25-26). En todos esos casos, Dios está predispuesto a actuar unilateralmente en favor de tales personas sin requerir de ellas ningún proceder que gane Su interés. Las tales se salvan por la gracia. Los Santos de los últimos Días también creen que Dios quitó el pecado de Adán (o el pecado original) de la posteridad de Adán por medio de Su gracia, como un acto unilateral de buena voluntad (ver Moroni 8:8). De ese modo, todos los seres humanos serán resucitados por medio de la gracia de Dios. Estos aspectos de la gracia de Dios son dones (o dádivas) que no podemos manipular ni ganar. No obstante, hay veces que se emplea el término gracia con un sentido diferente para describir una cualidad que es puesta de manifiesto como reacción a la conducta humana. Cuando se hace referencia a ella en este sentido, el favor o la gracia de Dios no es una dádiva premortal, sino que es algo que se puede procurar, aumentar, disminuir y hasta perder por completo según el mismo proceder de la persona. Por esa razón, en 1 Pedro 5:5, Pedro indica que Dios da gracia a los humildes (en vez de a aquellos que carecen de humildad). También exhorta a los creyentes a crecer en la gracia (ver 2 Pedro 3:13; Lucas 2:52). Juan explica que los creyentes reciben gracia por gracia o, en otras palabras, reciben un mayor favor de Dios al reaccionar favorablemente (con gracia) a la gracia ya recibida (ver Juan 1:16; ver también D&C 93:12, 19-20). Pablo incluso advierte a los Gálatas en cuanto a alejarse o caer de la gracia por medio de su propia insensatez (ver Gálatas 1:6; 5:4).

Esta gracia reactiva se puede "multiplicar" (ver 1 Pedro 1:2), "abunda" dentro de ciertas

circunstancias, y se puede recibir "en vano" (2 Corintios 6:1). En Lucas 6:32-34 se le emplea en el sentido de recompensa ("¿Qué mérito tenéis?") y del agradecimiento que como humanos le debemos a Dios. Este tipo de gracia es también el matiz que respalda la mayoría de los pasajes de las Escrituras en los cuales una persona se refiere a hallar "gracia en los ojos" de otra (ver Génesis 19:19; 1 Samuel 20:3). Cuando el término gracia se emplea con este matiz, como una gracia de reciprocidad, resulta fácil ver cómo se puede decir que una persona crece de gracia en gracia hasta recibir "plenitud de gracia" (ver D&C 93:13, 19-20).

Como vemos, algunos aspectos del favor o de la gracia de Dios son unilaterales y sin condiciones. Dios ya ha hecho estas cosas por nosotros sin tener en cuenta nuestra conducta individual. Son dones dados a todos los seres humanos por igual en base al amor que Él siente por nosotros desde la vida preterrenal. Sin embargo, otros aspectos del favor o de la gracia de Dios son condicionales y pueden crecer, disminuir y hasta ser quitados por completo de nuestra vida, dependiendo de la manera como respondamos a su influencia. Pero en ambos casos, el amor y la gracia fluyen de Dios a los seres humanos -se originan en Él como parte de Su naturaleza y es Él quien toma la iniciativa. Dios nos ama, no porque seamos tan encantadores que Él no pueda evitarlo, sino que nos ama porque Su naturaleza es amorosa, porque Dios es amor (ver 1 Juan 4:8).

SALDOS POR LA GRACIA

La expresión más sublime del amor de Dios y de Su gracia unilateral e incondicional la encontramos en el hecho de que envió un Salvador para aquellos que pecan. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16). La expiación de Cristo y Su oferta de misericordia están a disposición de todos los seres humanos, seamos justos o no, la merezcamos o no. Dicha misericordia se le ofrece tanto al inicuo como al justo (relativamente hablando). A todos se nos ha extendido la invitación de recibirla. Esta solución para todos los problemas se nos ha dado gratis (por la gracia). No fue la justicia lo que requirió que el Padre proveyera un Salvador, ni tampoco la justicia requirió que Jesucristo se ofreciera para ser ese Salvador, para sufrir por nosotros y así redimirnos. Cuando Él vio nuestra debilidad, nuestro peligro y nuestra necesidad, Su amor y compasión por nosotros lo indujeron a ofrecerse a intervenir voluntariamente.

El convenio del evangelio es, por consiguiente, un convenio de gracia, una expresión de la buena voluntad de Dios. Él no estaba obligado a ofrecernos este nuevo convenio o pacto, ni Cristo estaba obligado a ofrecerse para dicha asignación. Nosotros, los seres humanos, no nos ganamos ni merecimos recibir la oferta de un nuevo convenio. Por el contrario; el convenio del evangelio se hizo necesario, ante todo, debido a nuestra desobediencia y a nuestra incapacidad de guardar los mandamientos. No fue algo que nos ganamos, sino algo que necesitábamos. De no haber habido gracia, no habría habido un voluntario; sin un voluntario, no habría habido un salvador; sin un salvador, no habríamos tenido salvación. La conclusión es irrefutable: somos salvos por la gracia.

Sin embargo, por alguna razón, hay Santos de los últimos Días que no llegan a aceptar plenamente la doctrina de la gracia. Creo que esto se debe al hecho de que se han sentido tan decepcionados ante ciertas interpretaciones de otras denominaciones religiosas sobre la gracia, que han decidido rechazar el término por completo y, por así decirlo, junto con el agua del bañero, echaron fuera al bebé. No obstante, dada la cantidad de pasajes de las Escrituras de los Santos de los últimos Días donde se enseña la doctrina de la gracia, no podemos negar su importancia dentro del evangelio.

Consideremos, por ejemplo, los siguientes pasajes del Libro de Mormón.

Reconciliaos con la voluntad de Dios, y no con la voluntad del diablo y la carne; y recordad, después de haberos reconciliado con Dios, que tan sólo en la gracia de Dios, y por ella, sois salvos (2 Nefi 10:24).

Nosotros trabajamos diligentemente para escribir, a fin de persuadir a nuestros hijos, así como a nuestros hermanos, a creer en Cristo y a reconciliarse con Dios; pues sabemos que es por la gracia por la que nos salvamos, después de hacer cuanto podamos (2 Nefi 25:23). Si los hombres vienen a mí, les mostraré su debilidad. Doy a los hombres debilidad para que sean humildes; y basta mi gracia a todos los hombres que se humillan ante mí; porque si se humillan ante mí, y tienen fe en mí, entonces haré que las cosas débiles sean fuertes para ellos (Éter 12:27).

Venid a Cristo, y perfeccionaos en él, y absteneos de toda impiedad, y si os abstenéis de toda impiedad, y amáis a Dios con toda vuestra alma, mente y fuerza, entonces su gracia os es suficiente, para que por su gracia seáis perfectos en Cristo; y si por la gracia de Dios sois perfectos en Cristo, de ningún modo podréis negar el poder de Dios. Y además, si por la gracia de Dios sois perfectos en Cristo y no negáis su poder, entonces sois santificados en Cristo por la gracia de Dios, mediante el derramamiento de la sangre de Cristo, que está en el convenio del Padre para la remisión de vuestros pecados, a fin de que lleguéis a ser santos, sin mancha (Moroni 10:32-33).

No obstante, para los Santos de los últimos Días, la doctrina de la gracia no quiere decir que somos salvos únicamente por la gracia, o sea, sin participar de alguna forma en el proceso, ni tampoco implica que la salvación está totalmente exenta de condiciones. Si ése fuera el caso, la salvación sería algo que nos cayó del cielo y sencillamente nos sucedió -como el ser alcanzados por un rayo o el ganar un sorteo de lotería. Los Santos de los últimos Días no creen que la gracia sea fortuita o irresistible, o que la salvación sea una decisión unilateral de parte de Dios (predestinación). Es posible que Dios esté predispuesto en nuestro favor, que ponga a nuestro alcance aquello que una vez haya estado fuera del mismo, y quizás quite todos los obstáculos que se interponen en nuestro camino hacia la salvación, pero no nos obligará a transitar por ese camino que ha despejado, ni nos salvará sin nuestro consentimiento. El convenio del evangelio se nos concede por pura gracia, pero debemos entrar en él por decisión propia.

Algunos teólogos han sugerido que cualquier condición a que la gracia esté sujeta, destruiría su naturaleza de gracia, pero yo no estoy de acuerdo con eso. Supongamos que un rico pariente suyo le ofrece un viaje a Hawai con todos los gastos pagados, gratis (o sea, por gracia) y le pide que responda a su invitación antes de una determinada fecha. ¿Haría esa condición que el viaje ofrecido dejara de ser un acto de buena voluntad y de favor basado en el amor? ¿Diría usted que después de responder afirmativamente, su pariente le debe el viaje, o sea, que usted se lo ha ganado al satisfacer la única condición que se le había impuesto de aceptar la oferta antes de cierta fecha? El que se requiera reconocer un regalo y afirmar su deseo de recibirlo, hace que su naturaleza cambie de regalo a compromiso?

Por supuesto que no, y de una manera muy parecida, Dios, nuestro rico Pariente Celestial, nos ofrece Su reino por la gracia, haciendo por nosotros lo que nosotros no podemos hacer. Pero también requiere que reconozcamos y aceptemos la oferta por medio de la fe en Cristo, el arrepentimiento, el bautismo y el don del Espíritu Santo. Entonces, en tanto que guardemos el convenio del evangelio, la gracia de Jesucristo es suficiente para que seamos redimidos y justificados. Las Escrituras son claras -si

observamos el convenio, la gracia de Cristo no sólo es necesaria, sino suficiente para nuestra salvación (ver Éter 12:27; Moroni 10:32-33).

Pero es menester que estemos de acuerdo con este arreglo. Cuando aceptamos a Cristo y entramos en Su convenio, los requisitos de justicia, que lo son para una perfección que no tenemos, se satisfacen por medio de la gracia de Dios, y somos salvos. Es así que los principios salvadores del convenio del evangelio nos son ofrecidos como un favor, como un acto de gracia y buena voluntad. Pero, aun así, podemos rechazar la gracia; podemos resistir el amor de Dios y rechazar Su convenio. Cristo está a la puerta y llama, pero jamás la abre por la fuerza. Somos nosotros quienes debemos abrir la puerta.

FE VERSUS OBRAS

Por siglos, los teólogos han discutido infructuosamente sobre el tema de si las personas se salvan por la fe o por las obras. Pero ambas partes carecen de fundamento, ya que ni por la fe solamente (definiendo la fe como una simple creencia pasivas) ni únicamente por las obras es que somos salvos. La salvación se logra por medio de una relación de convenio en la cual tanto la fe como las obras tienen importancia. El insistir en que la salvación se logra sólo por las obras, que la podemos ganar sin necesitar la gracia de Dios, es un insulto a la misericordia de Dios y una burla al sacrificio de Jesucristo por nosotros. Por otro lado, el afirmar que la salvación resulta solamente de una creencia y que Dios no impone ninguna otra obligación sobre el creyente, es un insulto a la justicia y transforma a Cristo en el ministro del pecado.

El concepto del convenio derivado de las Escrituras, un acuerdo entre seres mortales y Dios que establece obligaciones a las dos partes y que satisface tanto a la justicia como a la misericordia, elimina lo falso de la exclusividad de la fe o de las obras. En términos sencillos, el arreglo es el siguiente: nosotros hacemos lo que estamos en condiciones de hacer y Jesucristo, el objetó de nuestra fe, como producto de Su amor, misericordia y gracia, hace lo que nosotros todavía no podemos hacer. Y tenemos que creer que Él puede hacerlo -debemos creerle a Cristo.

En la parábola de los talentos, no tuvo ninguna importancia que la persona que tenía cinco hubiera obtenido cinco más mientras que aquella con tres talentos obtuviera sólo tres. Los esfuerzos de ambas fueron aceptados, a pesar de que una tenía más talentos y produjo más resultados que la otra. Por cierto que aun aquel que tenía sólo un talento habría sido aceptado si hubiera hecho lo que podía -pero ni siquiera decidió tratar.

Es cierto que no nos podemos salvar por nuestras obras, pero sí podemos contribuir algo a los esfuerzos de la sociedad. Para formar parte de una sociedad, para formar parte de una relación de convenio, debemos hacer algo. Aun cuando nuestros esfuerzos no sean suficientes para salvarnos a nosotros mismos, son suficientes como muestra de buena fe para establecer un convenio con nuestro Salvador. A pesar de que esa relación de convenio es suficiente para redimir y justificar, Dios requiere nuestra participación. Sin nuestro consentimiento y nuestra participación, la salvación no sería nada más que predestinación, un accidente feliz que arbitrariamente les ocurre a ciertas personas y a otras no.

No, nosotros debemos participar lo más que podamos en nuestra propia salvación. Después de todo, formamos parte de una sociedad, y los socios menores deben contribuir con lo que puedan. El rehusarse a ese tipo de participación es rehusarse a aceptar la idea misma de una sociedad. Es posible que dos personas que anden en una bicicleta doble

no hagan el mismo trabajo, pero si la más débil de las dos usa su debilidad como excusa y levanta los pies y deja de pedalear, entonces, por definición, el arreglo deja de ser una sociedad y se transforma en una explotación. En el lenguaje del evangelio, viola el convenio.

El tratar lo mejor posible de cumplir con los mandamientos y ser como Cristo es parte de nuestra obligación dentro del convenio, no porque estemos en condiciones de lograr las dos cosas en esta vida, sino porque el intento, el cometido a tratar, demuestra nuestra sinceridad y nuestro compromiso para con el convenio; es una declaración de nuestras metas y deseos. Nuestros valientes intentos demuestran que en realidad sentimos hambre y sed de justicia -aun cuando no siempre tengamos éxito. La fe está siempre dispuesta a intentar, a hacer el esfuerzo, una y otra vez. Aun cuando el alcanzar el éxito no es un requisito del convenio de fe, nuestro más sincero intento sí lo es. El convenio del evangelio requiere este esfuerzo de "buena fe."

Así que el viejo debate de fe versus obras carece de mérito; realmente, no se aplica a este caso. No importa cuál de las dos cosas escojamos, la fe por sí sola o las obras por sí solas, al hacerlo destruimos el concepto de un convenio, de una sociedad entre cada persona y Dios.

LA RESISTENCIA A LA GRACIA

Muchos se dicen a sí mismos: "Una vez que lo logre, una vez que me perfeccione a mí mismo, una vez que llegue a ser absolutamente justo, entonces seré digno de la Expiación. Y ése será el momento en que Cristo podrá hacer lo que tenga que hacer para exaltarme." Pero eso nunca sucederá porque ello significaría alterar el orden natural de los acontecimientos. Es como decir: "Una vez que desaparezca el tumor, llamaré al médico. Ése será el momento en que estaré listo para que me atienda." Esta no es la manera en que se han diseñado las cosas ni en la ciencia médica ni en el evangelio. "Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos" (Mateo 9:12).

Aun un profeta de la importancia de Moisés aprendió que él no podía hacer frente al poder de Satanás o expulsarle sino hasta que acudiera al poder de Dios en el nombre del Unigénito (ver Moisés 1:20-21). Del mismo modo, Juan vio que aquellos que van a recibir la salvación, el fortalecimiento y el reino, vencen a Satanás por medio de la sangre del Cordero más bien que por sus propios esfuerzos (ver Apocalipsis 12:10).

Creo firmemente que, en la mayoría de los casos, el credo de que debemos salvarnos a nosotros mismos mediante nuestras propias obras no es sólo resultado de estar mal informados, sino que es pernicioso. En primer lugar, lo es porque impone una carga imposible sobre la gente la carga de ser perfectos y finalmente, la desesperación les hará darse por vencidos. Segundo, es pernicioso porque hace que la gente no admita su necesidad de un salvador y que no acepte los méritos y la misericordia del Santo Mesías. No les permite entender a Jesucristo en su función de Salvador. Por último, es pernicioso porque muchas personas son sencillamente demasiado arrogantes para admitir su propia imperfección. Se niegan a considerarse pecadoras o a admitir que hay cosas que no pueden hacer por sí mismas. Dichos corazones jamás serán quebrantados pues son demasiado orgullosos. Tales personas consideran a Cristo y a Su expiación simplemente como un medio conveniente a ser usado en su propia salvación, de la misma manera que un carpintero utilizaría un martillo y clavos para edificar una casa. El énfasis y el mérito lo ponen en sí mismos más que en Cristo. Ningún carpintero da gracias a su martillo.

Nadie que piense que puede lograr su propia salvación tiene la humildad necesaria para recibir la purificación de la expiación de Cristo: "Él se ofrece a sí mismo en sacrificio por el pecado, para satisfacer las demandas de la ley, por todos los de corazón quebrantado y de espíritu contrito; y por nadie más se pueden satisfacer las demandas de la ley" (2 Nefi 2:7).

Esto es precisamente lo que recalca el Salvador en la parábola del fariseo y el publicano (ver Lucas 18:9-14). El fariseo era uno de esos que "confiaban en sí mismos como justos" (v. 9). Al publicano, por otra parte, no le iba tan bien como al fariseo en lo concerniente a cumplir con

los mandamientos de Dios pero él lo sabía, y su corazón estaba quebrantado a causa de ello. Muchas personas que leen esta parábola consideran que el fariseo era un hipócrita, pero en el texto no encontramos ninguna evidencia de ello. El fariseo en realidad hacía todas las cosas por las que se sentía tan orgulloso y superior, mientras que el publicano no las hacía. Pero ése no es el asunto. Esta parábola no trata sobre la hipocresía, sino que se refiere al orgullo. De acuerdo con las más objetivas normas humanas, tomando en consideración el número de reglas observadas y con cuánta regularidad se observaban, el fariseo en verdad era el más justo de los dos. Sin embargo, de acuerdo con el Salvador: "Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido" (v. 14).

Temo que, al igual que el fariseo de la parábola, algunos de nosotros, que somos relativamente buenos para observar las reglas, también confiamos en nosotros mismos como justos. Tales personas muestran desmedido orgullo hacia su propia bondad; se exaltan a sí mismas. Pero siempre que nos sentimos orgullosos de cuán buenos somos en vez de sentirnos humildes ante cuán imperfectos somos (ver 2 Nefi 4:17-19), nuestro corazón no está quebrantado ni nuestro espíritu contrito.

Recuerdo a un misionero a quien conocimos en el Este (de los Estados Unidos) a quien no se le podía enseñar en cuanto a este tema. Una vez dijo: "Por supuesto que puedo hacerme perfecto a mí mismo. Ésa es la diferencia entre los Santos de los últimos Días y otros cristianos. Ellos creen que son salvos por la gracia, que Dios les sirve todo en una bandeja de plata, pero nosotros sabemos que tenemos que hacerlo todo por nosotros mismos, que es nuestra la responsabilidad de hacernos perfectos. Soy una persona muy hábil, y confío en que para cuando tenga treinta y tantos años, ya me habré hecho perfecto." Hoy debe tener unos treinta años, y a menudo me pregunto qué será de su vida.

¿Gracias al mérito de quién alcanzamos el reino? ¿Las buenas obras de qué persona nos hacen perfectos? Aun los pasajes de las Escrituras que resultan familiares a los Santos de los últimos Días son claros en este asunto:

Y en vista de que el hombre había caído, éste no podía merecer nada de sí mismo; mas los padecimientos y muerte de Cristo expían sus pecados mediante la fe y el arrepentimiento, etcétera (Alma 22:14; cursiva agregada).

Y también le doy gracias a mi Dios, sí, a mi gran Dios, porque nos ha concedido que nos arrepiñamos de estas cosas, y también porque nos ha perdonado nuestros muchos pecados y asesinatos que hemos cometido, y ha depurado nuestros corazones de toda culpa, por los méritos de su Hijo (Alma 24:10; cursiva agregada)

...confiando solamente en los méritos de Cristo, que era el autor y perfeccionados de su fe (Moroni 6:4; cursiva agregada).

...y sepan de las promesas del Señor, y crean en el evangelio y tengan confianza en los méritos de Jesucristo, y sean glorificados por medio de la fe en su nombre, y se salven mediante su arrepentimiento (D&C 3:20;cursiva agregada).

Aquellos que planean entrar en el reino de Dios en base a sus propios méritos todavía no entienden cómo es que llega la perfección y a quién debemos atribuirla. Esas personas glorifican sus propios esfuerzos y se atribuyen a sí mismas la función de salvador. Lo que es más, el profeta Zenós nos advierte en el Libro de Mormón que podemos llegar a incurrir en la ira de Dios al no apreciar Su misericordia y gracia: "Estás enojado, ¡oh Señor!, con los de este pueblo, porque no quieren comprender tus misericordias que les has concedido a causa de tu Hijo" (Alma 33:1G).

Claro está que el arquetipo o modelo de aquellos que quieren exaltarse a sí mismos y atribuir para sí lo que únicamente el Señor puede hacer es Satanás mismo. En Moisés 4:1 se nos dice que Satanás insistió diciendo: "De seguro lo haré; dame, pues, tu honra." Considero que aquellos que no quieren apreciar su total dependencia en el Señor y aseguran estar labrando su propia salvación, son culpables de la misma actitud satánica. Es mucho mejor ser cual el publicano pecador que se amparaba humildemente en la misericordia de Dios que cual el autojustificado fariseo que confiaba en que sus buenas obras le salvarían, porque el primero, por los menos, aprendió que necesitaba un Salvador y estaba listo para aceptarlo y arrepentirse, mientras que este último no. (Por supuesto que la alternativa ideal sería combinar el corazón quebrantado y la humildad del publicano con la obediencia del fariseo.)

MI YUGO ES FÁCIL

Hay personas que rechazan la idea de la gracia pues les parece que es demasiado fácil. Ellas quieren que la salvación resulte más difícil de lo que es. Existe un cierto consuelo en decir: "La salvación es tan difícil que no había manera de que pudiera alcanzarla, así que no tengo necesidad de tratar." Esto ofrece una excusa conveniente para no hacer el más mínimo esfuerzo. Esto me recuerda un poco a la joven que rechazaba las invitaciones de salir en una cita, provenientes de un hombre que con idéntica persistencia se negaba a aceptar las excusas que ella le daba. Por último, la joven se vio obligada a admitir la verdad: "Mira, ya no tengo más excusas, así que te voy a decir las cosas como son: realmente no tengo ningún interés en salir contigo."

Algunos usamos tácticas evasivas similares con el Señor cuando El nos invita a Su reino. Le damos excusa tras excusa de la razón por la que no podemos entrar en él. Pero la gracia de Dios, que ha quitado todos los obstáculos y allanado el camino, anula todas nuestras excusas. Por medio de Su gracia se puede resolver cualquier problema, se puede tolerar cualquier circunstancia, cualquiera se puede salvar -si tan sólo anhelamos el reino. Decimos: "Realmente quisiera ir contigo, pero no puedo cumplir con éste o aquel mandamiento en forma regular", y El responde preguntando: "Podrías cumplir con él aunque sea el noventa por ciento de las veces (o el ochenta o el setenta)? Entonces, empieza allí, por ahora, y lo iremos haciendo juntos." Finalmente, al comprender todo lo que Dios ha hecho y está dispuesto a hacer por nosotros, una vez que haya allanado todos los obstáculos y estemos frente a la puerta abierta, debemos decir: "Sí, quiero ir

contigo", o "Mira, te voy a decir las cosas como son. Realmente no tengo ningún interés en ir contigo." Nadie puede salir del paso diciendo: "Me gustaría ir, pero no puedo." La gracia ha eliminado todas las excusas menos una: "Simplemente no quiero ir; prefiero mis pecados antes que tu reino."

Cuando oigo a alguien quejarse de que la doctrina de la gracia hace las cosas demasiado fáciles, pienso en la ocasión en que el Señor trató de hacer una ilustración de la gracia, del mérito y de la misericordia de Cristo para con Israel cuando pecaron en el desierto: "Y los afligió en el desierto con su vara, porque endurecieron sus corazones aun como vosotros lo habéis hecho; y el Señor los afligió a causa de sus iniquidades. Envió serpientes ardientes voladoras entre ellos; y cuando los mordieron, dispuso un medio para que sanaran; y la tarea que tenían que cumplir era mirar; y por causa de la sencillez de la manera, o por ser tan fácil, hubo muchos que perecieron" (1 Nefi 17:41; ver Números 21:4-9; Alma 33:20/.

Temo que en la Iglesia de la actualidad también tenemos a aquellos que perecerán antes que aceptar la gracia de Dios porque les parece demasiado fácil. No le creerán a Cristo. Pero como Alma le dijo a su hijo Helamán: "No seamos perezosos por la facilidad que presenta la senda; porque así sucedió con nuestros padres; pues así les fue dispuesto, para que viviesen si miraban; así también es con nosotros. La vía está preparada, y si queremos mirar, podremos vivir para siempre" (Alma 37:46/.

El relato del Antiguo Testamento sobre Naamán el leproso, también nos amonesta en cuanto a negar las sencillas misericordias de Dios. Naamán fue hasta el profeta Elíseo, deseando ser sanado, esperando que la cura fuera tanto difícil como cara. Cuando Elíseo le dijo que fuera y se lavara siete veces en el Jordán, "se volvió, y se fue enojado" (2 Reyes 5:12), sintiéndose insultado ante tan simple receta. Afortunadamente, sus criados le convencieron de que pusiera a prueba ese remedio "tan fácil". "Si el profeta te mandara alguna gran cosa, ¿no la harías? ¿Cuánto más, diciéndote: Lávate, y serás limpio?" (2 Reyes 5:13).

Y Naamán se humilló, hizo la cosa sencilla que se le había pedido, y fue sanado. ¿Fue Naamán en su enojo diferente a aquellos de nosotros que en la actualidad pensamos que las aguas del bautismo y la gracia de Dios son demasiado "fáciles" para limpiarnos de nuestros pecados? Cuando Pedro dijo: "Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador", probablemente decía la verdad. Pero aparentemente Jesús vio en Pedro algo útil de todos modos.

Mi colega Leon Hartshorn relata una conmovedora historia sobre cómo aumentó la fe de su padre en Cristo:

Mi padre era un buen hombre. Veló por mi madre por muchos años durante su enfermedad antes de que ella muriera. Nos enseñó a sus hijos a ser honrados y rectos. Siempre pagó su diezmo, pero no asistía a las reuniones de la Iglesia. Mi padre trabajó en las minas la mayor parte de su vida, en un ambiente que, por lo general, no daba cabida al Espíritu de Dios, y tal vez por esa razón pensaba que no podía ser completamente activo y recibir la plenitud de bendiciones que se logran como resultado de la actividad en el evangelio.

A los dos o tres años de haberme casado, volví al hogar de mi padre para visitarlo. Nos sentamos a conversar y él me dijo: "He tenido un sueño, hijo. Soñé que estaba de pie al borde de un abismo y el Señor vino hacia mí montado en un caballo. Tenía una cuerda

atada a la montura y enrollada alrededor del borrén delantero. Extendió la cuerda hacia mí y me dijo: 'Bob, quiero que me bajes a mí y a mi caballo por el abismo'. Le dije que eso era algo imposible; que no había forma de que un hombre pudiera bajar el peso de un caballo y su jinete por un abismo. Entonces Él me contestó: 'Bao, bájame a mí y al caballo por el abismo'. Así que tomé el extremo de la cuerda y los bajé. Para mi sorpresa, no resultó para nada difícil. Cuando el caballo y su jinete llegaron hasta el fondo del abismo, el Señor me dijo: 'Bao, suelta la cuerda'. La solté, y Él la enroscó otra vez alrededor del barrera. Entonces, mirándome desde el fondo, me dijo: 'Bao, te resultará igualmente fácil vivir los mandamientos si lo intentas.' Fue una lección que mi padre pudo entender, una lección en términos conocidos para él: jinetes, monturas y cuerdas. A partir de ese momento intentó hacer todo lo que se le pidiera en la Iglesia y fue muy activo durante los últimos veinticinco años de su vida.

ALGUNOS DE LOS FRUTOS DE LA GRACIA

Hay un poder transformador en la gracia de Cristo para aquellos cuyo corazón se quebranta en humilde reconocimiento de la necesidad que tienen de la gracia y la misericordia. Conocí a un miembro de la Iglesia cuyo concepto de la justicia era tan fuerte que no podía aceptar la expiación de Cristo, aun cuando en ese momento no se daba cuenta de ello. Era un hombre duro-duro con su esposa e hijos, duro con sus vecinos y amigos, y por sobre todas las cosas, duro consigo mismo. No era injusto en realidad, pero rara vez perdonaba, y jamás olvidaba. Buscaba la perfección en todo lo que hacía, y no tenía la más mínima tolerancia hacia el fracaso y hacia aquello que fracasaban. Para él un "buen intento" o un "esfuerzo elogiabile" eran simples eufemismos del fracaso, y ¡cuidado con que su esposa o sus hijos no cumplieran con lo que se esperaba de ellos! En realidad, ese hombre nunca pidió una tregua a nadie, pero tampoco concedió ninguna. Para él, la idea de que podíamos ser perdonados de nuevo tres pecados a causa de lo que Cristo había hecho y que, por consiguiente, podíamos salir del paso pagando una pena justa, resultaba demasiado fácil. Sarcásticamente se refería a ella como la doctrina de la "gracia fácil", porque pensaba que beneficiaba a las personas que merecían ser castigadas.

Tras varios años de amistad, descubrí que ese hombre escondía un gran secreto, un terrible pecado del pasado del cual no podía perdonarse a sí mismo. Él consideraba ese pecado tan horrible que la justicia seguramente le iba a mantener alejado del reino de Dios para siempre. No abrigaba ninguna esperanza, y en su dura resignación a lo que él consideraba un justo destino, se había endurecido, enfriado y muerto. El odio que sentía para consigo mismo por sus imperfecciones había enmarañado a todos aquellos que a su alrededor daban muestras de imperfección.

A1 referirnos al asunto en una ocasión, estuve de acuerdo en que probablemente tenía razón en cuanto a la ley de la justicia que tal vez le cerraría las puertas del reino en las narices. Pero también le recordé que la misericordia podía abrir las puertas que la justicia cerrara. Después me arriesgué a decirle que no pensaba que sus ideas sobre la justicia tuvieran demasiado que ver con el dolor y el sentido de culpabilidad, como él lo aseguraba, sino con el orgullo. Simplemente no podía él tolerar la idea de que era como cualquier otro hombre; no podía tolerar la idea de que necesitaba ayuda, ni podía rebajarse al punto de pedirla. Estaba dispuesto a aceptar el hecho de que los demás eran espiritualmente ineptos, pero el aceptar que él no podía salvarse a sí mismo, que él necesitaba la ayuda de alguien más eso era demasiado monstruoso, demasiado grotesco para considerarlo. Su orgullo no se lo permitía. De modo que rechazó la misericordia, aun

cuando no podía satisfacer la justicia. Por consiguiente, en lugar de tener el corazón quebrantado bajo el peso del pecado, se le había endurecido por completo. Prefería ser maldecido por la justicia que pedirle misericordia a Dios.

Al principio le ofendió lo que le dije, y por un tiempo nuestra amistad se debilitó, pero poco a poco fue dándose cuenta de que su rechazo de la idea de la misericordia equivalía a rechazar a Cristo. Por fin, un día me dijo: "Ahora comprendo; soy demasiado orgulloso para admitir mi debilidad y pedir ayuda. No quiero admitir mi imperfección ni siquiera ante mí mismo, y mucho menos ante el obispo o ante Dios. Mi orgullo me haría preferir ir al infierno y pagar la pena completa de la justicia, a tener que humillarme y buscar la misericordia del Señor." Con el tiempo, fue a ver a su obispo y, con considerable valor, confesó un pecado que había mantenido en secreto por décadas. Y al humillarse a sí mismo, y al buscar misericordia en vez de justicia para su propia vida, aconteció algo maravilloso. Al descubrir que era perdonado por la gracia, merced a los hechos de alguien más, al comprender lo que alguien había hecho por él como un favor, al comprender la increíble tregua que se le había dado gratis, empezó a actuar con paciencia, misericordia y perdón hacia aquellos que lo rodeaban, y no volvió a ser un hombre duro.

Mas ¿por qué harías esto por mí?

Porque te amo.

Pero no parece ser justo.

Es verdad. No es nada justo es misericordioso. Después de todo, es un don.

Pero, cómo es posible que merezca tal don?

No seas tonto. No puedes. No lo mereces. Te ofrezco este don porque te amo y quiero ayudarte, no porque te lo deba.

Pero, ¿cómo podré llegar a pagarte?

Otra vez con lo mismo. ¿Es que no te das cuenta?

No puedes pagarme, ni tú ni los millones de personas como tú. Los dones de esta magnitud nunca se llegan a pagar. A cambio de lo que he hecho por ti por amor, lo único que puedes hacer es amarme y tratar de ser lo que yo soy un dador de buenos dones.

Y éstas son buenas nuevas.

Capítulo Cinco

LA MALA INTERPRETACIÓN DE LA GRACIA

La doctrina de la gracia se presta a que se le malentienda o se le distorsione de varias maneras. Tal vez la distorsión más seria es afirmar que debido a que, en la relación del convenio, Cristo compensa por lo que yo no tengo, ya no es necesario que deba esforzarme demasiado. Puedo quedarme tranquilo y dejar que Jesús haga todo por mí. Basta con un pequeño intento mientras me aferro a mis pecados predilectos porque, al fin y al cabo, voy a ser "salvo mediante la gracia".

En los albores de la iglesia cristiana, el Apóstol Pablo fue confrontado por aquellos que

enseñaban que la gracia constituía una licencia o un escudo para pecar: "¿Qué pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera. ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? (Romanos 6:15-16).

La doctrina falsa de la salvación sólo por medio de la gracia sin un cometido o lealtad viola las condiciones del convenio del evangelio al pedirle a Cristo que haga en mi favor lo que yo muy bien podría hacer por mí mismo pero no quiero hacerlo. Cualquiera puede aparentar estar haciendo todo lo posible y aparentar ser justificado por la fe en Cristo y que disfruta la compañía del Espíritu Santo aunque, en verdad, permanece obstinadamente aferrado a sus pecados. Nadie sino Dios sabe que está mintiendo. Quisiera estar en condiciones de ofrecer una prueba objetiva que permita distinguir entre las personas sinceras de corazón que se esfuerzan por hacer todo lo que pueden y aquellas que aparentan y esperan que se les lleve en brazos cuando bien pueden caminar por sí mismos, pero no sé cómo hacerlo. Me conformo con saber que Dios puede distinguirlos.

Por cierto que quienes dicen: "Hago todo lo que puedo", pero después a sabiendas quebrantan los mandamientos, tienen que aprender la diferencia entre anhelar la rectitud y soñar con lo mucho que les gustaría anhelar la rectitud. Aun cuando Dios puede llegar a aceptar intenciones y deseos justos en vez de un proceder perfecto, no es para nada tonto. Él nunca aceptará, en lugar de las intenciones y los deseos justos, los meros deseos de tenerlos. Esto último no es un cometido ni es fidelidad. No satisface las obligaciones del convenio del evangelio y, por consiguiente, no merece ninguna promesa. En estos casos, las personas no tienen realmente hambre y sed de justicia sino de pecado, y esperan que Jesús lo tolere o aun que lo auspicie. Tales personas han quebrantado su convenio. En Doctrina y Convenios 50:7-8 leemos: "He aquí, de cierto os digo, hay hipócritas entre vosotros, los cuales han engañado a algunos . . . mas los hipócritas serán descubiertos y desarraigados, sea en vida o muerte, según mi voluntad."

Las personas que cometen el error moral y doctrinal de rehusar hacer lo que en realidad están en condiciones de hacer, por cierto pretenden ser salvadas en sus pecados en vez de serlo de sus pecados. Pero esto jamás se puede lograr. Hay una diferencia abismal entre ver mis pecados como un enemigo del que con dificultad estoy tratando de librarme, y verlos como buenos viejos amigos de los que no tengo mayor deseo de deshacerme. Hay una diferencia entre no poder despojarme de todos mis pecados en este preciso momento, en cuyo caso el convenio me promete esperanza, y no estar dispuesto ni siquiera a intentarlo, en cuyo caso no hay otra salida que enfrentarme a la justicia. El convenio ofrece gracia y perdón por medio de un arrepentimiento continuo, tanto para quienes lo intentan y lo logran, como para los que lo intentan y no lo logran pero vuelven a intentar. Sin embargo, no hay perdón para quienes no están dispuestos a intentarlo o que lo intentan una o dos veces sin éxito y se dan por vencidos.

LA GRACIA "FÁCIL"

En una ocasión, estaba haciendo una presentación sobre un tema relacionado a esto en una pequeña ciudad del estado de Nevada. Expliqué que no se nos requería alcanzar la perfección de una sola vez, pero que estábamos obligados a hacer cuanto pudiéramos y que el Salvador había prometido hacer el resto. Después del discurso una dama se acercó y me dijo: "Dr. Robinson, ¿sabe lo que esto significa? ¡Significa que no tengo que envasar melocotones este año!" Su comentario causó la risa de las personas que nos

rodeaban, pero cuando ésta cesó, rápidamente le contesté: "No, mi amiga, usted me ha entendido mal. No es eso lo que ello significa. Si realmente cree que Dios espera que usted envasar melocotones (y eso queda sujeto a un serio argumento), entonces debe envasar todos los melocotones que pueda envasar. Lo único que esta doctrina significa es que usted no debe sentirse culpable ni preocuparse por los melocotones que no pueda envasar."

Ésta no es una doctrina de gracia "fácil". No hay ninguna virtud que, habiéndola poseído antes de entrar en el convenio, uno pueda descartar o a la que pueda renunciar tras entrar en el convenio sin violarlo. El convenio del evangelio no es un pretexto para hacer un esfuerzo inferior a nuestra capacidad. El convenio requiere más que simplemente desear que fuésemos mejores; más bien tenemos que hacer lo que esté dentro de nuestras posibilidades. Aun cuando la perfección personal no es algo que se requiera de nosotros inmediatamente, sí se requiere nuestro mayor esfuerzo. Lo bueno es que Dios no nos exigirá más de lo mejor que podamos dar; lo malo es que tampoco aceptará menos que eso.

Lo que es más, no hay tal cosa como la gracia "fácil", ya que la sociedad con Cristo no es fácil exige lo mejor y lo mayor de nosotros. El requiere que seamos leales, que sirvamos a Dios con todo nuestro corazón, fuerza y mente. Él requiere que nos arrepintamos y nos fijemos cometidos continuamente. Y no ofrece ninguna prueba ni garantía más que el testimonio personal del Espíritu, el cual nos hace saber que El cumple lo que promete. Nos pide que confiemos en El y que aceptemos con fe Su palabra.

La actual ley de salvación temporal del Señor (el programa de bienestar) funciona esencialmente dentro de los mismos términos que su equivalente espiritual. A las personas necesitadas de ayuda temporal se les requiere contribuir con todo lo que puedan al objetivo deseado. Se les requiere que agoten todos sus recursos, por más grandes o escasos que sean. Entonces el Señor, por medio de la Iglesia y sus miembros, añade todo lo que sea necesario. Cuando se le administra debidamente, el arreglo temporal se constituye en un socio que satisface las verdaderas necesidades de una persona, aunque al mismo tiempo exige sus mejores esfuerzos. Lo que es más, el arreglo da por sentado que se logrará un cierto progreso y tiene como meta final hacer que la persona se vuelva autosuficiente.

El principio del bienestar espiritual es igual. En la medida que demostremos nuestra buena fe; al hacer todo lo que podamos y consagrando todos nuestros recursos al propósito común, la gracia de Dios y la expiación de Cristo son suficientes para satisfacer todas nuestras otras necesidades, pero el convenio todavía exige nuestros mejores esfuerzos, da por sentado que lograremos un cierto progreso y tiene como meta final hacer que nos volvamos autosuficientes, en lo que tiene que ver con la rectitud.

LOS SUPERLATIVOS DEL EVANGELIO

Una segunda distorsión muy común de la doctrina de la gracia, tal vez menos siniestra que la de la gracia "fácil" pero creo que más generalizada en la Iglesia, es la idea de que el Salvador nos concede Su gracia sólo después de que hayamos hecho todo cuanto estuviere a nuestro alcance. De esto se deduciría que, puesto que nadie realmente hace todo lo que posible y teóricamente podría haber hecho, entonces nadie puede jamás ser digno de la gracia. Esta falsa lógica sigue más o menos el siguiente proceso:

1. La gracia y la misericordia se extienden sólo a aquellas personas que son dignas de

ellas, y sólo después que hayan demostrado su dignidad.

2. Únicamente quienes cumplen con los mandamientos de Dios en todo momento son realmente dignos.

3. Pero yo no puedo cumplir con los mandamientos en todo momento.

4. Por lo tanto, no soy realmente digno y jamás puedo esperar recibir la gracia ni la misericordia.

Este tipo de razonamiento se ajusta a la antigua exigencia de perfección absoluta, tratando de filtrarse por la puerta trasera de la Iglesia con un disfraz evangélico, y lo único que hace es mofarse de la expiación de Cristo, insistiendo en que debemos ser perfectos para salvarnos a nosotros mismos antes de que el Señor pueda hacerlo, o sea, que debemos curarnos a nosotros mismos antes de ser merecedores de llamar a un médico. Tal lógica haría imposible que Cristo salvara a nadie, jamás. Lamentablemente, hay veces en que aun los conocedores de la doctrina limitarán de esta manera el concepto que tienen de la gracia sin darse cuenta de que, a la larga, ello transformará la doctrina de la gracia en una salvación por medio de las obras. Del mismo modo que la misericordia deja de ser tal si la merecemos, la gracia deja de ser gracia si nos la ganamos.

En las Escrituras y en la Iglesia se emplean muchos superlativos para exhortar a los Santos y describir sus obligaciones: todo nuestro corazón, nuestro mayor deseo, nuestros mejores esfuerzos, después de hacer todo lo que podamos, siempre, todos, nunca; y otros más. Debemos tener presente que cuando estos términos se aplican a los seres mortales, son tan sólo aspiraciones en otras palabras, definen nuestros deseos y establecen nuestras metas y que en cada caso, las circunstancias de la persona determinan el significado de "todo", "lo mejor", o de "lo mayor", y que "nunca", "todos" o "siempre" son objetivos que podemos alcanzar con la ayuda de Cristo y por medio de Su expiación.

"DESPUÉS DE HACER CUANTO PODAMOS"

En mi opinión, parte de la culpa de que apliquemos mal ciertos superlativos del evangelio y otros razonamientos obsesivos similares, proviene de la mala interpretación de lo que leemos en 2 Nefi 25:23: "Porque nosotros trabajamos diligentemente para escribir, a fin de persuadir a nuestros hijos, así como a nuestros hermanos, a creer en Cristo y a reconciliarse con Dios; pues sabemos que es por la gracia por la que nos salvamos, después de hacer cuanto podamos" (cursiva agregada).

Al leer este versículo, es posible que, en principio, lleguemos a creer que se nos ofrece la gracia sólo después de que, cronológicamente, hayamos hecho cuanto pudimos, pero eso es comprobablemente erróneo, pues ya habremos recibido muchas manifestaciones de la gracia de Dios antes de llegar a este punto. Es por Su gracia que tenemos vida y aliento; es por Su gracia que somos hijos espirituales de padres celestiales y que disfrutamos posibilidades divinas. Es por Su gracia que se preparó un plan y se designó a un Salvador para la humanidad cuando Adán y Eva cayeron. Por Su gracia llegan a nosotros las buenas nuevas del evangelio para presentarnos nuestras opciones eternas. Por Su gracia tenemos el albedrío de aceptar el evangelio cuando se nos ofrece. Por la gracia que viene por medio de la fe en Cristo es que empezamos el proceso del arrepentimiento; y por la gracia es que somos justificados y se nos hace parte del reino de Dios, aun cuando no hayamos completado todavía ese proceso. La gracia de Dios ha formado parte de nuestro

progreso espiritual desde el principio y seguirá formando parte del mismo hasta el fin.

Por consiguiente, desestimamos la gracia de Dios cuando la percibimos como un simple toque final agregado a último momento a lo que ya hemos logrado sin la ayuda de Dios. En cambio, la verdad está precisamente en lo opuesto: nuestros propios esfuerzos son un toque final agregado a todo lo que Dios ya ha hecho por nosotros.

De hecho, interpreto el adverbio "después" en el pasaje de 2 Nefi 25:23 como una indicación de separación más bien que de tiempo. Denota una separación lógica en vez de una secuencia temporal. Somos salvos por la gracia "aparte de todo cuanto podamos hacer", o "por encima de todo cuanto podamos hacer", o aun "sin importar todo lo que podamos hacer". Otra manera aceptable de parafrasear el sentido del versículo podría ser: "Somos salvos por medio de la gracia aún después de echar todas las cartas."

Además, aun la frase "todo cuanto podemos hacer" está supeditada a una siniestra interpretación equivalente a después de toda buena acción que hayamos podido hacer jamás. Eso es una necedad. Si la gracia tuviera efecto sólo en esos casos, nadie podría jamás salvarse, ni siquiera los mejores de entre nosotros. Es precisamente debido a que no siempre hacemos todo cuanto podemos que necesitamos un salvador, así que, obviamente, no podemos crear una condición para recibir gracia y ser salvos sólo en base a haber hecho todo cuanto pudiéramos haber hecho. Considero que el énfasis en el pasaje de 2 Nefi 25:23 tuvo como intención caer en la palabra podamos ("después de hacer cuanto [nosotros] podamos", en vez de "después de hacer cuanto [Él] pueda. Lo que es más, "después de hacer cuanto podamos", en este caso, probablemente debería entenderse como "todo cuanto podemos hacer" o aun "lo que sea que podamos hacer".

De ese modo, el sentido correcto de 2 Nefi 25:23 sería que tarde o temprano, somos salvos por medio de la gracia por encima de lo que hayamos sido capaces de hacer. La gracia no es un mero toque decorativo o un complemento de nuestros esfuerzos, sino que es la participación de Dios en el proceso de nuestra salvación, desde el comienzo hasta el final. Aun cuando debo participar íntimamente en el proceso de mi salvación, a la larga, el éxito de esa empresa depende de la gracia de Cristo.

PERO, ¿CUÁNDO HABRÉ HECHO LO SUFICIENTE?

Tengo un amigo que siempre pregunta: "Pero, ¿cuándo habré hecho lo suficiente? ¿Cómo sé si lo he logrado?" Esta persona da una mala interpretación a la doctrina de la gracia al formular la pregunta equivocada. La pregunta debida sería "¿Cuándo resulta mi ofrenda aceptable al Señor? ¿Cuándo son mis esfuerzos aceptables por el momento?" La respuesta a la primera pregunta: "¿cuándo habré hecho lo suficiente?", es nunca en esta vida. Puesto que la meta es la perfección, el Señor nunca podrá aprobar incondicionalmente un proceder imperfecto. No importa cuánto hagamos en esta vida mortal, no importa cuán bien procedamos, la exigencia de ser mejores, la presión de progresar, siempre estarán presentes. Todavía no hemos llegado.

En esta vida somos todos siervos inútiles, o para usar un término más de esta época, somos todos malas inversiones (ver, por ejemplo, Lucas 17:10; Mosíah 2:21). Desde el punto de vista del Salvador, cuesta más salvar y mantener aun a los más justos de entre nosotros, que lo que podemos producir a cambio de ello. Entonces, si lo que esperamos es que el Señor diga: "Muy bien, has hecho lo suficiente. Has cumplido con tu obligación. No tienes más de qué preocuparte", nos vamos a llevar una gran desilusión. Debemos aceptar el hecho de que en esta vida, por más encomiables que sean nuestros esfuerzos,

jamás llegaremos a estar a mano con el Señor. Somos todos siervos inútiles a quien el Salvador carga sobre Sus espaldas por Su buena voluntad por medio de Su gracia.

No obstante, el Señor nos dice: "Dadas vuestras actuales circunstancias y vuestro actual nivel de madurez, estáis haciendo un esfuerzo bastante bueno. Claro que no es perfecto, pero por el momento es aceptable. Estoy complacido con lo que habéis hecho." Si bien todavía no somos siervos útiles en el sentido eterno, por lo pronto podemos ser siervos buenos y fieles en un sentido limitado. Así que, si hacemos lo que razonablemente se puede esperar de un discípulo leal en nuestras presentes circunstancias, entonces podremos tener fe de que nuestra ofrenda será aceptada por medio de la gracia de Dios. Por supuesto que somos inútiles -sin excepción; sin embargo, al amparo del convenio, nuestros sinceros esfuerzos son aceptables por el momento.

De hecho, hay una manera de determinar si nuestros esfuerzos son aceptables y si el convenio que hacemos es reconocido y válido ante Dios. Si recibimos los dones del Espíritu o la influencia del Espíritu Santo, sabremos que estamos dentro de la relación del convenio, pues a nadie más se le dan los dones y la compañía del Espíritu Santo. Ésta es una de las razones por las cuales se otorga el don del Espíritu Santo como una muestra y seguridad del estado de nuestro convenio y como una entrega inicial que se nos hace de las bendiciones y la gloria que nos aguardan si somos fieles. Pablo se refiere al Espíritu Santo como "las arras de nuestra herencia" (Efesios 1:14), una referencia a las arras (dinero que se entrega como prenda o seña de un contrato), las cuales, aun cuando sólo son una muestra, da legitimidad al trato al pasar de una mano a otra. De ese modo, "las arras del Espíritu en nuestros corazones" (2 Corintios 1:22; 5:5), nos aseguran la validez y la legitimidad de nuestro trato, de nuestro convenio, con Dios.

¿Siente usted la influencia del Espíritu Santo en su vida? ¿Disfruta de los dones del Espíritu? En tal caso, sabrá si Dios acepta su fe, su arrepentimiento y su bautismo, y si está de acuerdo con que usted "siempre (pueda) tener su Espíritu consigo" (D&C 20:77). Esta es, tal vez, una de las razones por las cuales llamamos al Espíritu Santo el Consolador, porque si recibimos ese don, sabremos que nuestros esfuerzos son aceptables - por ahora -y que somos justificados ante Dios por medio de nuestra fe en Cristo. Y por cierto que eso es consuelo.

A ÉL DAMOS TODO

Entonces, ¿quiere eso decir que le damos todo? Algunas personas sencillamente tienen más habilidad, más talento, que otras. A pesar de ello, de acuerdo con la parábola, no se espera que quienes tienen sólo un talento o sólo tres talentos, ganen cinco. Solamente se espera que aquel que tiene cinco talentos gane cinco.

Quisiera explicar esto con un ejemplo. Hace muchos años, conocí a una dama que, por lo menos a primera impresión, era una de las personas más rústicas con las que jamás había tenido contacto. De niña había sido maltratada, lo cual la llevó a escaparse de su hogar y vivir en las calles por años. Cuando era una adolescente, se había unido a una pandilla de motociclistas con los que viajó de un lado a otro. Al llegar a su madurez, su belleza se le había marchitado y pasaba la mayor parte del tiempo en una taberna, y fue precisamente allí donde un día la conocieron los misioneros, quienes habían entrado a conseguir cambio para hacer una llamada telefónica en la calle. Cuando la mujer se bautizó, muchos miembros temían que su conversión no habría de durar, y por cierto que había buenas razones para suponerlo.

Por bastante tiempo después de su bautismo, esta hermana usaba un lenguaje vulgar, aun en la Iglesia, y no llegaba a cumplir completamente la Palabra de Sabiduría. En una ocasión, durante su primer año como miembro de la Iglesia, perdió los estribos durante una reunión de la Sociedad de Socorro y golpeó a una de las hermanas. Su ex marido es un alcohólico y todos sus hijos han estado presos alguna que otra vez.

La pregunta es si una persona como ella puede tan siquiera considerar la posibilidad de ser salva. ¿Qué tipo de esperanza puede tener una persona así, con tantas faltas y debilidades? Con sus antecedentes y problemas, ¿para qué molestarse en ir a la Iglesia?

"Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" (Isaías 1:18). Dios no miente. Quien quiera venir, que venga. Todos son invitados; nadie está excluido. Aun cuando esa hermana tenía un trecho más largo para recorrer que otras personas, se le ofrecía el mismo convenio: "Haz cuanto más puedas. Mientras aprendes a hacerlo, yo me encargaré del resto." Y ella era tan fiel como podía serlo, dadas las circunstancias. Nunca dijo: "No, no lo haré", o "Déjeme en paz", o "¿Por qué me viene con eso? Dígaselo a él; fue él quien empezó." En cambio, lo que decía era: "Lo sé; lo siento. Trataré de mejorar." Y realmente trataba. A menudo no progresaba nada, pero, poco a poco, con el paso de los años, progresó mucho. Para empezar, dejó de tomar café, té y alcohol. Después abandonó sus vulgaridades; más tarde dejó de fumar y empezó a controlar su temperamento. Finalmente, después de haber estado en la Iglesia por muchos años, estuvo lista para entrar en el templo. Puede una persona así realmente soñar con heredar el reino de Dios? Por supuesto que sí.

Pero ahora viene la pregunta más difícil. ¿En qué momento se transformó esta hermana en candidata para el reino? ¿Fue cuando finalmente dejó de fumar, o cuando abandonó sus vulgaridades y empezó a controlar su temperamento? ¿Fue acaso cuando se hizo digna de recibir una recomendación para el templo? No. No fue en ninguno de tales momentos, aunque cada uno de ellos representó un paso importante en su progreso. Fue justificada por medio de su fe en Jesucristo el día que se arrepintió de sus pecados, fue bautizada y recibió el don del Espíritu Santo, pues entró en ese convenio de buena fe y con toda sinceridad. Creyó en Cristo y le creyó a Cristo. Tal cual lo hizo la viuda pobre, dio todo cuanto tenía sin quedarse con nada. Tal vez no era mucho, pero representaba todo.

Participó de la santa cena todas las semanas, habiéndose arrepentido de sus errores y tras resolver eliminarlos de su vida. Hubo cosas de las que le llevó años alejarse. De otras, tal vez no se haya alejado aún, pero sigue intentando, y no se dará por vencida. Y mientras continúe perseverando hasta el fin en el evangelio, esforzándose por llegar al reino, su recompensa es segura. Dios conoce nuestras circunstancias y nos juzga conforme a ellas. El sabe quién está en un pozo y quién está de pie sobre una silla, y El no juzga la altura sino que juzga el progreso.

Todos operamos a niveles de rendimiento distintos dentro del convenio. Los porcentajes varían tanto de una persona a otra como dentro de la misma persona, en un cierto período de tiempo. En mi caso, mis esfuerzos pueden que me lleven hasta el veinte por ciento del camino a la perfección. El Salvador cubre el ochenta por ciento restante. En su caso, es posible que sus esfuerzos le lleven hasta el cincuenta por ciento -o aun el dos por ciento - del camino, y el Salvador también cubre la diferencia. Pero en todos los casos, la suma de los dos esfuerzos es la misma - los mejores esfuerzos de toda persona, ya sea que sumen mucho o poco, más la expiación de Cristo suman el cien por ciento de lo que se necesita para entrar en el reino de Dios.

LA FALSA PERFECCIÓN

¿Qué significa, entonces, ser perfecto? Y, ¿por qué se nos manda en las Escrituras ser perfectos? (ver Mateo 5:48; 3 Nefi 12:48). A decir verdad, detesto la palabra perfecto pues a menudo se le usa mal. Frecuentemente me siento molesto cuando la oigo en discursos o en lecciones, porque en la generalidad de los casos se da su sentido filosófico de "inmejorable", y casi nunca es ése su significado en las Escrituras. Los Santos de los últimos Días creen en el progreso eterno. Nadie puede jamás ser "inmejorable". Más bien, el ser perfecto en esta vida es entrar en el convenio del evangelio y recibir perfección en Cristo.

Hasta aquí, en este libro, he usado la palabra perfecto como sinónimo de sin error, falta o mancha, pero aun así tiene un significado diferente del que se le da en las Escrituras. En el Nuevo Testamento, la palabra griega para "perfecto" es teleios, y quiere decir maduro, listo, completo, etc. Es posible que a una manzana en el árbol se le considere teleios cuando esté madura o lista para que se le arranque, pero eso no quiere decir que se trata de una manzana inmejorable. Y es posible que todavía tenga un gusano en ella.

Aquí tenemos otro de los grandes secretos: El ser perfectos equivale a estar haciendo cuanto uno más pueda bajo las circunstancias en que se encuentre. Como lo explicó una vez Brigham Young:

Todos ocupamos lugares diferentes en el mundo y en el reino de Dios. Quienes hacen el bien y procuran la gloria del Padre que está en los cielos, por mayor o menor que sea su conocimiento, o por más o por menos que puedan hacer, si hacen cuanto más estén en condiciones de hacer, son perfectos "Sed cuanto más perfectos podáis", pues eso es todo lo que podéis hacer, aun cuando está escrito: "Sed vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto." El ser tan perfectos como estemos en condiciones de ser, de acuerdo con nuestro conocimiento, es ser tan perfectos como lo es nuestro Padre que está en los cielos. El no puede ser más perfecto de lo que Sus conocimientos le permitan ser, y tampoco podemos serlo nosotros. Cuando procedemos de la mejor manera que sabemos hacerlo en la esfera y el lugar que ocupamos aquí, somos justificados.

Brigham Young puede decir que el hacer las cosas de la mejor manera que sepamos hacerlas equivale a ser perfectos, pues de esa manera estaremos cumpliendo nuestra parte del convenio, y al hacerlo, Jesucristo cumple con Su parte del convenio y nos hace perfectos por medio de Su mérito y misericordia. La perfección que recibimos de esta manera, es una perfección en Cristo. Ésta es también la perfección que nos permite entrar en el reino celestial. La otra perfección, la que indica que nunca cometemos ningún error, viene después -mucho después.

Se dice que en una ocasión alguien desafió la obra de la Madre Teresa, la mujer santa que ministra entre los más pobres y desamparados seres humanos en Calcuta, India, basándose en que nunca podría tener éxito en la empresa que se había trazado. No importaba cuán arduamente trabajara, insistió su antagonista, al día siguiente habría más desamparados y enfermos de los que había ese día, y sus esfuerzos no establecerían la más mínima diferencia en el problema. Puesto que no podía siquiera soñar con el éxito, ¿por qué malgastaba sus esfuerzos en una causa perdida? La respuesta de la Madre Teresa fue memorable: "Dios no' me exige que tenga éxito", contestó, "sino que haga todo lo que pueda". Y ésa es la verdad del evangelio.

ENTONCES, ¿POR QUÉ SE NOS EXIGE MÁS?

Lamentablemente, con frecuencia a las personas en la Iglesia se les pide que hagan más de lo que en realidad pueden hacer. Recuerdo un domingo en la reunión del sacerdocio en Durham, Carolina del Norte, cuando a los élderes se les pidió que donaran sólo un sábado ese mes a cada uno de seis dignos y distintos proyectos. El mes en que se hizo el pedido contaba con sólo cuatro sábados, así que el cumplir con las seis asignaciones no le resultaría físicamente posible a nadie, pero cuando esto se trajo a colación, ninguna de las obligaciones fue eliminada, sino que se permitió que cada persona hiciera "cuanto más le fuera posible".

Hace varios años, al leer a una clase del Nuevo Testamento el pasaje de Mateo 11:28-30, que dice que el yugo de Jesús es fácil y Su carga ligera, desde el fondo del salón una alumna interrumpió con una exclamación. Cuando le pedí que explicara su reacción, dijo: "¿Que Su yugo es fácil y Su carga ligera? Cualquier persona en esta iglesia que lo crea, o es un reciente converso o no le funciona el cerebro."

Se trataba de una hermana divorciada con varios hijos a su cuidado, y que estaba estudiando una carrera para proveer mejor para sí misma y su familia. Entonces continuó diciendo: "Yo solía tratar de hacer todo cuanto la Iglesia quería que hiciera, pero finalmente me di por vencida. Siempre querían más de lo que tenía para dar. No tengo la culpa de estar en la ruina, o de tener que criar solo a mis hijos, trabajando en dos lugares y tratando de estudiar. No puedo hacer lo que otros miembros de la iglesia pueden hacer, pero de todos modos siempre exigen más de mí -más tiempo, más talento, más dinero, más compromisos -y ya no me queda más para dar. Las demandas de la Iglesia superan mi abastecimiento."

Por qué es que a veces la Iglesia parece exigir de nosotros más de lo que somos capaces de dar? ¿Por qué existen siempre tantas presiones de que seamos, hagamos y demos más? Muy bien, ante todo debemos tener presente que el ser perfectos es la meta, una meta real, y debemos trabajar en pos de ella con nuestros mejores esfuerzos. Simplemente debemos recordar al mismo tiempo que nuestra salvación no está en juego.

Por ejemplo, cuando yo cursaba la secundaria, solía ir a levantar pesas. En aquella época, siempre había a mi lado un observador listo para sostener la barra si me fallaban las fuerzas. Pero, invariablemente, había un cierto rito o proceso, conocido por todos aquellos que hayan levantado pesas, que funcionaba más o menos de esta manera. Después de efectuar todas las repeticiones que podía con las pesas, casi al borde de desfallecer, le decía al observador: "¡Agárrala!", a lo cual siempre me respondía: "¡No, trata una más!" Por lo general, llegando hasta el fondo mismo de mi última gota de fuerza, lograba levantarla una vez más, tras lo cual le decía: "¡Ahora sí, sosténla!" y una vez más el observador me contestaba: "No, trata una más." Debo aclarar que no importaba cuántas veces hiciera "una más", sacando fuerzas de no sé dónde, el observador seguía diciéndome: "¡Sólo una más!" Y el proceso continuaba hasta que los músculos claudicaban, y entonces el observador sostenía la barra.

Cuando llegaba a tal fin, no era tan ingenuo como para decir: "Me siento humillado, avergonzado y ofendido. Querías que tratara una vez más y no pude hacerlo. Pides demasiado de mí; siempre me pides más de lo que soy capaz de dar. No puedo satisfacer tus exigencias. Me voy para mi casa y jamás volveré a levantar pesas." No me sentía de ese modo porque en un gimnasio, tanto los observadores como los levantadores,

entienden que la verdadera fuerza se logra en la última repetición, en esa delgada línea que separa lo que uno puede lograr de lo que no puede lograr. Al coaccionarme a que me esforzara hasta el límite de mi capacidad física, el observador me ayudaba a desarrollar la fuerza que estaba procurando obtener. Nunca sería motivo de vergüenza el que no pudiera levantar las pesas esa última vez, y nadie realmente esperaba que lo hiciera, pero sí lograba la satisfacción de saber que me había esforzado hasta el límite de mis fuerzas y de que eso me estaba fortaleciendo.

Considero que el mismo principio se puede aplicar a las supuestas pesadas exigencias de la Iglesia. Una de las misiones de la Iglesia es perfeccionar a los Santos. Puesto que alcanzamos nuestro mayor progreso al trabajar al borde de nuestros límites, no importa cuánto hagamos ni cuán bien lo hagamos, el Señor -al igual que el observador en el gimnasio -siempre nos pedirá más, siempre buscará el progreso, siempre nos impulsará hacia la perfección. Ya que nuestra meta suprema es la perfección, las demandas del Observador pueden llegar a ser infinitas y excederán la capacidad de cualquier persona. Lo que debemos tener presente es que nuestra salvación no está en juego, puesto que ese asunto está resuelto siempre que cumplamos con nuestros convenios. No nos debería avergonzar el llegar a nuestro límite, ni tendríamos que ofendernos si no podemos hacer todo lo que se pide de nosotros. Por el contrario, debemos sentir satisfacción al rendir hasta el límite de nuestra capacidad (porque es allí donde se logra la mayor fuerza) y dejar que Dios se encargue del resto. Cuando nos sintamos presionados por las exigencias de la perfección, debemos recordarnos a nosotros mismos que nuestros mejores esfuerzos serán aceptables como pago completo -al menos por el momento.

Que el yugo del Salvador sea "fácil" no quiere decir que se nos vaya a eximir de las tareas difíciles de la vida o que seamos inmunes a sus duras realidades. (Pregúntele a Job o a los pioneros mormones en cuanto a eso.) Más bien, Su yugo es fácil, (a) porque hace posible lo que antes era imposible, y (b) porque Él nos ofrece bendiciones compensatorias y Su gracia para ayudarnos en los momentos difíciles. El yugo de la ley de Moisés ni siquiera se podía levantar, pero el yugo de Cristo se puede levantar y hasta cargar porque su peso se adapta individualmente a nuestra capacidad y fuerza. En este sentido, "fácil" no quiere decir "que no requiere esfuerzo alguno", sino que significa "que está completamente dentro de nuestras posibilidades". Lo que es más, todos los que estén dispuestos a tomar sobre sí Su yugo en humilde obediencia y a consagrarle sus esfuerzos, en poco tiempo aprenderán que una mano invisible hace más ligera la carga en los tramos más duros y deja bendiciones totalmente desproporcionadas con los esfuerzos requeridos.

LA PERFECCIÓN INDIVIDUAL

Pero, ¿seré alguna vez perfecto al grado de no tener errores, faltas ni manchas? O sea, den forma individual y por separado de mi convenio de perfección en Cristo? Creo que la respuesta es afirmativa. Por ejemplo, imagino una escena dentro de aproximadamente un millón de años, después de haber estado en el reino celestial por mucho, mucho tiempo. Me acercaré al Salvador y le diré algo así: "Pues bien, por fin lo logré. He vencido el deseo de comer fruta fuera de estación (o algo por el estilo). ¿Ahora qué?" Y Él me observará y me dirá: "¡Eso es todo ¡Felicitaciones! Ésa era la última exigencia. Al fin has aprendido a cumplir continuamente con todos los mandamientos!" Y supongo que invitaremos a todos los vecinos y tendremos una fiesta en honor de Steve pues finalmente lo logró.

Pero eso acontecerá dentro de un millón de años, y mucho después de la resurrección de los justos. Mientras tanto, mi única esperanza es que Cristo me lleve sobre Sus hombros. Entre ahora y entonces, mi única esperanza de perfección es la perfección en Cristo que Él comparte con los que están en el convenio del evangelio, porque es únicamente esa perfección en Cristo lo que me permitirá entrar en el reino celestial en el día del juicio.

EL CONSUELO DE SABER

Hace muchos años, mi esposa y yo teníamos una amiga que no entendía cómo funcionaba la gracia y que con frecuencia decía algo así: "Bueno, pienso que ya ando por la mitad de mi vida, y estoy a mitad de camino hacia el reino celestial, así que estoy dentro de lo programado." Un día le pregunté: "Judy, ¿qué sucedería si murieras mañana, a dónde irías a parar en la eternidad?" Aparentemente nunca se le había ocurrido pensar en eso. Meditó por un momento y me dijo: "Veamos, a mitad de camino hacia el reino celestial equivale a . . . más o menos la gloria terrestre. No es suficiente, ¿verdad,

No, no es suficiente. Tampoco constituye eso el evangelio. Es importante que sepamos que, en esta relación de convenio que tenemos con el Salvador, si muriéramos mañana, tendríamos aún la esperanza de alcanzar el reino celestial. Y esa esperanza es una de las bendiciones que promete la relación del convenio: "Hagamos con buen ánimo cuanta cosa esté a nuestro alcance; y entonces podremos permanecer tranquilos, con la más completa seguridad, para ver la salvación de Dios y que se revele su brazo" (D&C 123:17; cursiva agregada. Ver también D&C 106:8; Efesios 3:12). Cuando hayamos hecho todo lo que esté a nuestro alcance, podremos tener y deberíamos tener "la más completa seguridad" de la salvación de Dios. Parte del consuelo que brinda el Espíritu Santo es saber que aun cuando sea imperfecto, si muero en el convenio, heredaré el reino de Dios. De hecho, puesto que todos moriremos mientras seamos imperfectos, no podría ser de ninguna otra manera.

Entre todas las buenas nuevas, una de las mejores es que Cristo nos promete que nuestras faltas no se nos tendrán en cuenta si, por lo menos, mantenemos la relación del convenio a lo largo de la vida. Ese Ser que no puede mentir nos promete que recibiremos el reino de Dios: "Cualquiera que se arrepienta y se bautice en mi nombre, será lleno; y si persevera hasta el fin, he aquí, yo lo tendré por inocente ante mi Padre el día en que me presente para juzgar al mundo" (3 Nefi 27:16). Nefi confirma esto también, pues oyó la voz del Padre decir: "Sí, las palabras de mi Amado son verdaderas y fieles. Aquel que persevera hasta el fin, éste será salvo" (2 Nefi 31:15/.

¿Pueden el Padre y el Hijo mentir? Por cierto que no. Entonces, si tenemos fe en Cristo y nos arrepentimos de nuestros pecados, si somos bautizados y recibimos el don del Espíritu Santo, si permanecemos dispuestos y guardamos nuestros convenios, ¿cómo podemos acaso dudar que, mediante la expiación de Cristo, heredaremos el reino de Dios? Con promesas como éstas, ¿quién se atreve a dudar su veracidad?

Cuando el profeta Enós oyó la voz de Cristo decirle: "Tus pecados te son perdonados, y serás bendecido", él respondió: "Yo, Enós, sabía que Dios no podía mentir; por tanto, mi culpa fue expurgada" (Enós 1:5-6). A menudo, aquellos que batallan con las cosas espirituales desean "sentir" los resultados antes de creer que algo haya sucedido. Esto es al revés. Quieren sentir una confirmación, las bendiciones de creer, antes de creer. Adviértase que Enós no "sintió" subjetivamente que su culpa le era expurgada y después creyó. Precisamente lo opuesto. Él supo que su culpa le había sido expurgada porque Cristo se lo dijo, y él le creyó a Cristo.

Lo que es más, "perseverar hasta el fin" no quiere decir "perseverar en perfección". Más bien, quiere decir perseverar en el convenio de la fe y del arrepentimiento. Así vemos que la fe en Cristo, el arrepentimiento y la purificación de la Expiación no pueden suceder sólo una vez en la vida. Aun cuando es posible que empiecen en una ocasión particular, la fe, el arrepentimiento y el perdón forman parte de un proceso continuo de rechazar nuestras faltas, reafirmar nuestros deseos y nuestras metas, y realinear nuestra vida con Cristo en todo momento y en todo aspecto en que nos encontremos fuera de trayectoria.

CONFÍA EN MÍ

Cuando nuestras hijas gemelas eran pequeñas, mi esposa y yo llevamos a la familia a una piscina pública como actividad de una noche de hogar. Nuestra intención era enseñarles a nuestras hijas a nadar. Después de entrar en el lugar, tomé a Rebekah de la mano y empezamos a caminar por el borde de la piscina hacia la parte donde el agua era menos profunda. Mientras entrábamos al agua, yo pensé: "Vaya, qué buen padre que soy. Esta es una gran actividad de noche de hogar." Pero a medida que mi hija empezó a sentir el agua, lo que ella pensaba era: "Mi padre me va a hundir. Voy a morirme." El agua tenía la escasa profundidad de un metro, pero eso era precisamente lo que medía Rebekah. Estaba tan aterrorizada de lo que ella veía como aguas muy profundas, que empezó a patallar, a arañarme y a gritar. En medio de su pánico, no había nada que se le pudiera enseñar.

Finalmente, tuve que envolverla en mis brazos, sostenerla y decirle: "¡Becky, cálmate! Soy tu papá y te quiero mucho. No voy a dejar que nada te suceda. Estás totalmente a salvo. ¡Quédate tranquila y confía en mí!" Entonces, la pobrecita se tranquilizó y confió en mí. Y fue sólo así que pude poner las manos en su espalda y sostenerla en forma horizontal sobre el agua. Entonces le dije: "Muy bien, mueve las piernas. Eso es. Ahora con más fuerza." Y así fue que empezó a aprender a nadar.

Esto es muy parecido a lo que nos sucede a muchos con nuestra vida espiritual. Algunos nos sentimos tan aterrorizados con nuestros pecados que no logramos aprender a superarlos. Hay veces que estamos tan preocupados en cuanto a si vamos a vivir o a morir, o si vamos a poder entrar en el reino o no, que no podemos lograr ningún progreso espiritual. Nuestra falta de fe en Cristo hace que nos preocupemos en cuanto a nuestro estado espiritual y nos hace dudar de las promesas de Dios. Conozco a algunas personas que a diario agonizan preguntándose: "¿Fui lo suficientemente bueno hoy? ¿Fueron mis buenas acciones más notorias que mis pecados? ¿Pasé la prueba? ¿Estoy en el reino o no?" Como con la experiencia de mi hijita en la piscina, el miedo se les interpone en el camino del aprendizaje y del progreso. El pánico espiritual los inmoviliza.

En momentos como éstos, cuando el creciente pánico empieza a paralizarnos, debemos creerle a Cristo. Debemos oír Su voz llamándonos por nuestro nombre y decirnos: "¡Tranquilízate! Soy tu Padre y te amo. No dejaré que nada te suceda. ¡Estoy sosteniéndote! Estás totalmente a salvo. Ahora tranquilízate y confía en mí, y yo te enseñaré lo que debes hacer." Entonces Él nos sostendrá en Sus brazos y nos dirá: "Muy bien, ahora paga tu diezmo. Eso es. Ahora paga un diezmo íntegro." Y de ese modo empezamos a aprender en cuanto a la perfección. "Y así la misericordia satisface las exigencias de la justicia, y ciñe a los hombres con brazos de seguridad" (Alma 34:16/. "Con brazos de seguridad" -mi frase predilecta del Libro de Mormón. En el convenio del evangelio, estamos ceñidos con brazos de seguridad -Sus brazos. "Lo estás haciendo bien. Lo vas a lograr. Confía en mí."

Y éstas son buenas nuevas.

Capítulo Seis

"SEÑOR, ¿CÓMO SE LLEVA ESTO A EFECTO?"

Hasta ahora, hemos analizado la Expiación desde el punto de vista de aquellos que se benefician de ella. Hemos examinado en forma práctica lo que la Expiación significa para nosotros y cómo puede por ella cambiar nuestra vida. Ahora debemos considerar la Expiación desde el punto de vista de ese Ser que expía, desde la perspectiva del Salvador, en vez de la de aquel que es salvo. ¿Cómo es que Cristo puede extenderme mérito y misericordia tan increíblemente enormes? ¿Qué le da el poder para salvar? ¿Quién fue Él exactamente, qué hizo por mí, por qué lo hizo y qué fue lo que le costó?

LA DIVINIDAD DE CRISTO

Ante todo, Jesús fue Dios, no sólo el Hijo de Dios o nuestro Hermano Mayor, sino Dios en Su más pleno derecho. Antes de tomar un cuerpo físico, era conocido y adorado como Jehová; el Señor Dios Todopoderoso; el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; el Dios de Israel. El Apóstol Pablo explica que Jesucristo es el Creador de todas las cosas y que Él es el poder que mantiene el orden de todas las cosas en su estado de creación: "Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él" (Colosenses 1:16). El Apóstol Juan declara

prácticamente lo mismo, aunque recalca que Jesucristo es la fuente de la vida y de la luz: "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres" (Juan 1:3-4).

Los profetas del Libro de Mormón también testifican de la divinidad de Jesucristo. Por ejemplo, Nefi declara: "El Dios de nuestros padres, que fueron llevados fuera de Egipto, fuera de la servidumbre, y a quienes también preservó en el desierto, sí, el Dios de Abraham, y de Isaac, y el Dios de Jacob se entrega a sí mismo como hombre, según las palabras del ángel, en manos de hombres inicuos para ser levantado, según las palabras de Zenoc, y para ser crucificado, según las palabras de Neum, y para ser enterrado en un sepulcro, de acuerdo con las palabras de Zenós" (1 Nefi 19:10).

Durante los hechos relacionados con la Expiación, Dios -en la persona de Dios el Hijo, Jesucristo -se hizo moralmente responsable de todos los aspectos negativos -el sufrimiento, el dolor y la muerte -que son una parte necesaria del plan de Dios. Este plan, defendido y auspiciado por Jesús antes de que el mundo fuese, nos pide que vivamos en un mundo imperfecto y caído, a veces nos pide que suframos; a algunos de nosotros nos requiere sufrimientos espantosos. Es, por consiguiente, justo que el Dios que administra dicho plan y que nos pide que vivamos en base a él, estuviera dispuesto a sufrir dentro de sus confines mucho más que cualquiera de nosotros. Y eso fue lo que hizo precisamente en Getsemaní y en el Calvario. Fue ahí donde Jesucristo confirmó Su derecho de pedirnos que sufriéramos por Él al verle dispuesto a sufrir, sangrar y morir por nosotros. En el Evangelio de Jesucristo no hay "chivos expiatorios". Nadie se llevará la peor parte de lo que Dios propone, pues aquel que propuso el plan es el que sufre más dentro de él. Eso es lo que le da el derecho moral de decir: "Es un buen plan; es lo más apropiado".

De vez en cuando ha habido críticos que manifestaron que el cristianismo es simplemente

otra religión de sacrificio humano. Es factible que en parte tuvieran razón si Jesucristo no fuera Dios, si fuese tan sólo otro ser humano. Después de todo, si la Expiación no es otra con que una disposición de Dios que demanda la sangre de una víctima humana para poder reconciliarse con nosotros y perdonarnos, ¿qué diferencia hay, en principio en tomar a una pobre virgen y arrojarla adentro de un volcán para salvar una aldea, o quemar a niños en un altar para ganar el favor de los dioses? La gran diferencia es que, en estos últimos casos, el propósito es que sufran seres humanos para reconciliar a Dios con la humanidad, mientras que en el cristianismo, el mismo Dios –Jesucristo sufre y muere para reconciliar a la humanidad con Él y con Su Padre. No estamos tratando de llegar a Dios y conmovérle con nuestros sacrificios; más bien, Dios está tratando de llegar y conmovernos a nosotros con Su sacrificio infinito. El Cordero de Dios que fue sacrificado en el Calvario era Dios.

LA NATURALEZA HUMANA DE CRISTO

Pero de acuerdo con las Escrituras, Jesús no era solamente un ser divino, sino que estaba dotado de todas y cada una de las características humanas: "Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad" (Juan 1:14). "Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados" (Hebreos 2:17-18; cursiva agregada).

Aquí se enseña una doctrina extraordinaria. El mismo Jesucristo que es Dios el Hijo, es también uno de nosotros. Era un ser humano en todo respecto ("en todas las cosas")-al punto de ser tentado como cualquier otro ser humano. Y debido a que Él ha sido personalmente tentado, Cristo puede entender lo que es la tentación. Gracias a Su propia experiencia de la condición humana, Él entiende a qué nos enfrentamos en esta vida, y siente compasión de nosotros y nos ayuda a vencer la tentación de la misma manera que Él la venció.

Pero, ¿es posible que Jesucristo, el divino Hijo de Dios, en realidad haya sido tentado? Plantearé la pregunta de una manera más explícita: ¿Tenía Jesucristo una naturaleza carnal y deseos carnales? ¿Sintió alguna vez que Su carne le decía "¡sí!" y Él tuviera que decir "¡no!"? ¿Sintió alguna vez la seducción, el atractivo carnal del pecado?

Muchos cristianos quisieran responder: "No, Cristo era demasiado santo para estar sujeto a tentaciones reales", pero considero que la respuesta correcta, la que encontramos en las Escrituras, es que sí. Jesús era un ser humano como todos nosotros. Parte de lo que en el Libro de Mormón se le llama la gran condescendencia de Dios, fue la disposición de Cristo de tomar un cuerpo mortal que le expondría a las tentaciones físicas (ver 1 Nefi 11:13-32). La santidad y la perfecta obediencia de Jesús fueron el resultado de continuamente hacer caso omiso a las seducciones de la naturaleza carnal, más bien que de nunca tener que enfrentarse a ellas. La rectitud de Jesús se basa en que tuvo que enfrentarse a las mismas tentaciones, a los mismos Deseos carnales, a las mismas distracciones y oposición de la carne y de la mente a que todos nos enfrentamos en esta vida, aunque Él las rechazó todas instantáneamente en todos los casos: "Sufrió tentaciones pero no hizo caso de ellas" (D & C 20:221).

Analicemos esto por un momento. Si Cristo no fuera como nosotros en lo que respecta a estar sujeto a las tentaciones, si fuera un ser diferente con experiencias distintas, ¿cómo

es posible que nos diera un ejemplo que pudiésemos seguir' ¿Cómo podría Su persona o Su conducta corresponder a los seres humanos? No importa cuán paciente sea un ave en mostrarme cómo volar, o un pez en mostrarme cómo respirar debajo del agua, no tengo alas, ni branquias. Ninguno de los dos puede enseñarme por medio del ejemplo porque no somos el mismo tipo de creación. Del mismo modo, si Jesucristo no fuera genuinamente humano, o si Su rectitud y obediencia se debieran a un cierto don especial que yo no poseo, entonces no podría enseñarme por medio del ejemplo a ser como Él es.

En épocas antiguas, había una cierta teoría hereje que enseñaba que Jesucristo no era realmente humano, que sólo aparentaba o parecía ser humano. Influenciados por el modo de pensar helénico, aquellos que sostenían dicha teoría argumentaban que ser humano era básicamente incompatible con ser divino. Por hacerse necesario elegir entre la humanidad y la divinidad de Jesús, concluyeron que Jesús era divino y no humano; y a pesar del testimonio de las Escrituras, declararon que Su naturaleza humana era tan sólo una ilusión.

Cuando alguien sugiera que la experiencia terrenal de Jesús fue de una naturaleza distinta de la que es común en el resto de la raza humana, o que Su rectitud y perfección se basaban en factores de los cuales no disponemos los demás, constituye, en cierto grado, una forma moderna de esa teoría que mencioné antes. El Jesucristo mortal fue el mejor de entre todos nosotros -pero era uno de nosotros, y ser tentado es parte de ser humano. Su carne era carne humana, y Su experiencia fue una experiencia humana. Es por eso que el autor de la epístola a los Hebreos insiste en que "[Cristo] mismo padeció siendo tentado" (2:18).

Lo que es más, ser tentado, aun ser tentado sobremanera o por mucho tiempo, no constituye en sí un pecado. Rara vez elegimos aquello que nos va a tentar, o cuán fuertes o frecuentes serán nuestras tentaciones. No obstante, mientras las resistamos, seguiremos siendo inocentes. Es así que cuando leemos en las Escrituras que "padeció siendo tentado", no debemos tomarlo como un insulto al Salvador ni como una desviación de Su perfección moral.

No me mal entienda. De ninguna manera estoy sugiriendo que Jesús haya tenido pensamientos malsanos, porque eso sería pecar, y Él nunca cometió pecado alguno. No creo que jamás haya "batallado" con las tentaciones. Lo único que quiero decir es que Él era tan vulnerable como cualquiera de nosotros a los impulsos que llegaban a Su mente de naturaleza mortal, la cual había heredado de Su madre mortal. La diferencia está en que Él nunca prestó atención a esos impulsos, y de inmediato los alejó de su mente. La habilidad de la carne para incitar y para seducir era igual para Él como lo es para nosotros, pero, a diferencia de los demás, Él nunca se sometió a ella. Nunca meditó, pensó ni contempló las opciones pecaminosas ni siquiera como posibilidades teóricas -sencillamente no les prestó atención.

"No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (Hebreos 4:15; cursiva agregada). Puesto que "fue tentado en todo según nuestra semejanza", nuestro Salvador entiende nuestra situación, conoce, gracias a Su propia experiencia, aquello contra lo cual luchamos y se apiada y siente compasión por nosotros. Entonces, cuando soy tentado, no tengo que pedir la ayuda de un ser distante que nunca haya tenido esa clase de experiencia. Puedo llevar mis problemas a un sumo sacerdote, Jesús, que sí "se compadece de mis debilidades" -porque ha pasado por lo que yo estoy pasando. Puedo compartir mis problemas con un Dios lleno de compasión que sabe, por

experiencia propia, a lo que me refiero, y entiende, también por experiencia, por lo que estoy pasando. Es posible que haya ciertos aspectos de Su naturaleza que el resto de nosotros no comparta plenamente, pero no hay ningún aspecto de nuestra naturaleza humana que Él no comparta. Y esas son buenas nuevas.

EL SUFRIMIENTO VICARIO

Pero hay muchas personas que se sienten atormentadas por las tres últimas palabras de Hebreos 4:15: "pero sin pecado". Después de todo, los seres humanos no son simplemente tentados a pecar -de hecho, pecan. Puesto que ha habido casos en que yo he cedido ante las tentaciones y Jesús nunca lo hizo, puesto que yo soy culpable y Él nunca lo fue, ¿cómo puede comprender al pecador?

Cómo puede nuestro Salvador afirmar que es totalmente humano y que comprende a los seres humanos, si nunca ha tenido pecado ni culpa? ¿Cómo puede un ser perfecto y libre de todo pecado entender mi agonía personal de hombre indigno? ¿Sabe El lo que es para uno mirarse al espejo y no poder soportar la imagen de su propio rostro? ¿Sabe acaso lo que se siente al deambular entre los escombros de una vida destruida como resultado de malas decisiones? Los seres humanos son, indefectiblemente, los incendiarios de su propia felicidad. ¿Qué es lo que el dulce y puro Jesús puede saber en cuanto al aspecto negativo de ser humano?

De acuerdo con las Escrituras, Él conoce mucho más acerca de los aspectos negativos de cualquiera de nosotros. De hecho, sabe mucho más sobre el dolor, la angustia, la soledad, la contradicción, la vergüenza, el rechazo, la traición, la depresión y la culpa que todos nosotros en forma combinada. Pues en el Huerto de Getsemaní y en la colina del Calvario, Jesús tomó sobre Sí los pecados y los padecimientos de todo el mundo. "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Más él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isaías 53:4-5).

Quisiera referirme a ciertos aspectos del sufrimiento vicario del Salvador, los que a menudo no se advierten, pero que son importantes para entender nuestra relación con Él. Primero, Jesucristo no sólo tomó sobre Sí el castigo por nuestros pecados, sino que también tomó la culpa. El pecado, la experiencia en sí con todas sus consecuencias y ramificaciones negativas, y no tan sólo la sanción por el pecado, pasó a ser Suyo. Esta es una distinción crucial. En la Expiación, Jesús no solamente sufre el castigo por nosotros, sino que asume la culpa en nuestro lugar -Él llega a ser culpable por nosotros y sufre nuestra culpa: ". . . por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Corintios 5:21).

En Cristo existe un verdadero traspaso de culpa a inocencia. Por medio de la unidad que forma nuestra relación de convenio, mi culpa pasa a ser la culpa de Jesús, la cual Él experimentó y por la cual Él sufrió. Al mismo tiempo, Su inocencia y perfección pasaron a ser mías, gracias a lo cual se me considera limpio y digno. En Cristo, nuestros pecados dejan de ser nuestros, y en lo que respecta a la justicia de Dios, jamás los cometimos. Mediante la Expiación, no sólo se nos perdona, sino que una vez más se nos tiene por inocentes.

Si Jesús hubiera tomado sobre Sí únicamente el castigo por nuestros pecados aunque no los pecados mismos, entonces, cuando se pagara el castigo, seríamos tan sólo "culpables

aunque perdonados", en vez de ser santificados por medio de la Expiación, de ser perfectos en Cristo, y de ser inocentes y dignos del reino de Dios y de la presencia del Padre. Parte de las buenas nuevas de la expiación de Cristo es que nos deja libres de todo pecado, inocentes, perfectos y celestiales, lo cual no podría suceder si obstinadamente insistiéramos en sufrir por nuestros propios pecados. En tal caso, aun cuando a la larga podríamos pagar esos pecados, éstos seguirían siendo nuestros, como cheques cancelados. Sin la expiación de Cristo, que quita la culpa y al mismo tiempo paga su correspondiente sanción, jamás podríamos obtener la inocencia necesaria para morar en la presencia de Dios (ver D&C 1:31; 19:4-19).

Al tomar sobre Sí tanto el castigo como la culpa, Jesús aprendió vicariamente, por medio de la Expiación, lo que habría sentido al haber cometido los pecados que nunca cometió. Entonces, en cierto sentido, sería correcto decir que, aunque Jesús no cometió ningún pecado, ha sido culpable de todos ellos y conoce íntima y personalmente el terrible peso de los mismos. Mediante nosotros, al cargar nuestra culpa, ese Ser sin pecado padeció el horror pleno de la calidad pecaminosa humana, no sólo los pecados de una vida, sino los de todas -los pecados del mundo. Es así que por medio de Su expiación vicaria, Jesús conoce más que nadie el aspecto negativo de ser humano. Aun en ese sentido se destaca entre todos nosotros.

En un determinado momento de Su agonía vicaria, Jesús exclamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" /Mateo 27:46). ¿Es acaso posible que el Padre Celestial le hubiera desamparado? ¿Podría Dios haberle abandonado en ese momento tan sagrado y crucial? Por supuesto que sí. Porque Cristo había pasado a ser culpable de los pecados de todo el mundo, culpable en nuestro lugar. ¿Qué nos sucede a nosotros cuando somos culpables de un pecado? El Espíritu de Dios se aparta de nosotros, los cielos se cierran y se nos deja solos para padecer en nuestra culpa hasta que nos arrepintamos. En Getsemaní, el mejor de todos nosotros vicariamente se transformó en el peor de todos y sufrió hasta lo más profundo del infierno. Y tal cual sucede con alguien que es culpable, el Salvador padeció por primera vez en Su vida la pérdida del Espíritu de Dios y de toda comunión con Su Padre.

No había para Él ningún apoyo ni ayuda -ni de parte de Sus amigos, los que durmieron mientras Él agonizaba, ni del Espíritu de Dios, el cual se apartó de Él. Nadie había estado jamás tan solo como Cristo estuvo en esa ocasión en Getsemaní. Ése es precisamente el significado de la frase de Isaías 63:3: "He pisado yo solo el lagar" (ver también D&C 76:107).

En hebreo, la palabra Get (gath) quiere decir "prensar", y Getsemaní (shemen) significa "aceite" o "riqueza". Por consiguiente, Getsemaní quiere decir "prensar el aceite" o "prensar la riqueza". Esto se refiere a los enormes tanques en donde se pisaban las olivas y las uvas para exprimir el aceite o el vino, los que normalmente se encontraban en un huerto de olivos como Getsemaní. Las olivas y las uvas se ponían adentro de las prensas y se exprimían hasta que empezaba a salir jugo de ellas.

¡Qué nombre tan apropiado para ese huerto donde Jesús tomó sobre Sí el infinito peso de los pecados y las penas del mundo y fue "prensado" con esa tremenda carga hasta que empezó a salir sangre de sus poros! (ver Lucas 22:44; D&C 19:18/. Del mismo modo que las olivas y las uvas son exprimidas en el tanque, Jesús, la vid verdadera (ver Juan 15:1), fue exprimido en Getsemaní hasta que Su riqueza, Su jugo, Su aceite, Su sangre, fueron derramados en favor de la humanidad. Con razón el vino de la última Cena y del sacramento cristiano es un símbolo tan apropiado para la sangre de Cristo, puesto que se

obtienen mediante el mismo proceso.

DEBAJO DE TODO

Sin embargo, por más que tratemos de entender la experiencia de Getsemaní, siempre la subestimamos. En una ocasión, cuando José Smith se quejó ante el Señor a causa de sus muchas pruebas y sufrimientos, el Señor le respondió diciendo: "El Hijo del Hombre ha descendido debajo de todo ello. ¿Eres tú mayor que él?" (D&C 122:8j. En otros pasajes de las Escrituras se le describe a Jesús como alguien que descendió debajo de todo: "Ascendió a lo alto, como también descendió debajo de todo, por lo que comprendió todas las cosas y a través de todas las cosas, la luz de la verdad" (D&C 88:6; ver también Efesios 4:8-10).

En Getsemaní y en el Calvario, en Su horrible padecimiento y muerte, el Salvador descendió debajo de todo, así como en Su resurrección ascendió sobre todas las cosas. Entre esos dos acontecimientos, Jesucristo tuvo, personal o vicariamente, la totalidad de posibles experiencias y circunstancias humanas, desde lo peor hasta lo mejor. Ha estado más abajo que los más viles de nosotros y más arriba que los más dignos, y es por eso que "comprendió todas las cosas". Tanto espacialmente, cual la luz de la creación, como por Su propia experiencia por ser el Expiador, Cristo colma todas las cosas y está en todas las cosas. Él lo ha sufrido todo.

Entonces, cuando nos sentimos tentados a pensar que nuestros pecados nos han puesto por encima de la comprensión o del alcance de Dios, estamos sencillamente equivocados y subestimamos enormemente el alcance de la Expiación. Por más profundamente que caigamos, nuestro Redentor ya ha estado allí, y fue a ese lugar con el único propósito de encontrar a Sus ovejas perdidas y traerlas de nuevo al redil. En varias ocasiones he oído decir cosas tales como éstas: "¿Cómo puedo regresar a la Iglesia, u orar, o acercarme a Dios después de haber hecho lo que hice? He caído demasiado bajo; estoy fuera de Su alcance. No merezco ser salvo." A todo esto, el Salvador esencialmente responde: "Conozco la situación en la que te encuentras; yo he estado donde tú estás -y hasta en lugares peores. Sé qué es lo que sientes, pues yo lo he sentido. Recuerdo mi propio dolor cuando pasé por eso, y mi corazón sufre por ti. Pero quiero que vuelvas; te cargaré sobre mis hombros, si me lo permites." No importa cuán perdidos estemos, Jesucristo, el camino de regreso, la entrada al hogar, está siempre a nuestro lado.

UNA EXPIACION INFINITA

El sufrimiento de Jesucristo en Getsemaní y en la cruz superó el sufrimiento combinado de todos los seres humanos. El padecimiento de Jesús no fue sólo el dolor y la muerte, ni tampoco fue solamente la más dolorosa de todas las experiencias y muertes humanas. El sufrimiento de Cristo fue acumulativo; de hecho, fue infinito. Cuando Cristo descendió debajo de todo, cruzó la línea de lo finito, o sea, de lo que se puede medir, y pasó a lo infinito. Y del mismo modo que su padecimiento fue infinito, también lo es Su gloria actual, e infinito es Su poder de salvar. "Por tanto, es preciso que sea una expiación infinita, pues a menos que fuera una expiación infinita, esta corrupción no podría revestirse de incorrupción" (2 Nefi 9:7/. " . . . por tanto, no hay nada, a no ser una expiación infinita, que responda por los pecados del mundo" (Alma 34:12; ver también 2 Nefi 25:16; Alma 34:10, 14; DEC 19:10-19).

La naturaleza humana nos sugiere medir la expiación de Cristo, pero Su experiencia no puede medirse; va mucho más allá de lo que somos capaces de comprender. Jesús no

sólo cargó sobre Sus hombros los pecados del mundo, sino también los padecimientos, los dolores y las enfermedades del mundo: "Él saldrá, sufriendo dolores, aflicciones y tentaciones de todas clases; y esto para que se cumpla la palabra que dice: Tomará sobre sí los dolores y las enfermedades de su pueblo. Y tomará sobre sí la muerte, para soltar las ligaduras de la muerte que sujetan a su pueblo; y sus enfermedades tomará él sobre sí, para que sus entrañas sean llenas de misericordia, según la carne, a fin de que según la carne sepa cómo socorrer a los de su pueblo, de acuerdo con las enfermedades de ellos" (Alma 7:11-21).

¿Cuántas personas han sufrido inmenso dolor en este mundo solamente hoy? ¿Cuántas personas, en cuántos hospitales del mundo, en este preciso instante, suplican en medio del llanto que se les dé una inyección para calmar el dolor? Y eso sólo hoy. Sin embargo, el sufrimiento de Jesucristo en Getsemaní y en la cruz superaron el sufrimiento combinado de todos los seres humanos, desde nuestros primeros padres hasta el último Día, por este mundo y por todos los demás mundos creados mediante Su poder.

Jesucristo absorbió todos los aspectos negativos de la existencia humana que ocasionó la Caída. En Getsemaní experimentó, en forma vicaria, todas las angustias personales, todos los sufrimientos físicos, todos los pesares emocionales y las depresiones de la familia humana. Él conoce la soledad de aquellos que son rechazados o de los que no son bellos o atractivos. Él sabe lo que sienten aquellos a quienes se les elige últimos al formar equipos. Él conoce el desasosiego de los padres cuyos hijos van por el camino equivocado. Él conoce el infierno interior por el que pasan aquellos a quienes se les maltrata. Él conoce todas estas cosas personal e íntimamente, pues las vivió en la experiencia de Getsemaní. Habiendo vivido personalmente una vida perfecta, escogió experimentar nuestra vida imperfecta. En esa infinita experiencia de Getsemaní, en el meridiano de los tiempos, el centro de la eternidad, vivió millones de vidas de pecado, dolor, inquietud y pena.

Dios no usa una varita mágica para borrar por completo las cosas malas. Los pecados que Él redime, los redime haciéndolos Suyos y sufriendolos. Los dolores y las penas que Él alivia, las alivia sufriendolas El mismo. Estas cosas se pueden compartir y absorber, pero no pueden simplemente eliminarse, sino que se tienen que sufrir. Por lo tanto, estamos endeudados para con Él no sólo por habernos librado espiritualmente del pecado, sino también por habernos sanado física, mental y emocionalmente, pues Él ha padecido estas enfermedades por nosotros. Todo lo que la Caída complicó, el Salvador con Su expiación simplifica. Es todo parte de Su sacrificio infinito -de Su don infinito.

Es por tal razón que, para estar en condiciones de tomar sobre Sí un peso infinito de agonía, Jesús tenía que tener un Padre infinito y divino. De María heredó la capacidad de morir, de Su Padre heredó la capacidad de vivir si así lo decidía. Por lo tanto, no se le hubiera podido quitar la vida sin Su consentimiento -tenía poder sobre la muerte (ver Juan 10:17-18). Si uno de nosotros hubiera ido a Getsemaní para tomar sobre nuestros hombros esa carga de pecado y de dolor, habríamos sido aplastados como insectos en forma instantánea. Pero puesto que El era el hijo de Dios y tenía poder sobre la muerte, nadie habría podido quitarle la vida hasta que Él la entregara de Su propia voluntad.

En Getsemaní y en la cruz, El dijo, en esencia: "Yo he de sufrir esta agonía; la aguantaré, perseveraré en esto por el bien de ellos y me mantendré firme hasta que sean salvos." Como lo expresó el élder Neal A. Maxwell: "El peso acumulado de todos los pecados terrenales, pasados, presentes y futuros, cayó con toda su fuerza sobre aquella alma perfecta, inmaculada y sensible . . . todas nuestras dolencias y enfermedades también

formaron parte de la horrible realidad de la Expiación . . . Su sufrimiento -que era intensidad multiplicada por infinidad -provocó más tarde el clamor de su alma en la cruz, un clamor de desamparo".

¿Le tentó Su agonía infinita a entregar Su vida y a poner punto final a Su sufrimiento antes de pagar totalmente el precio? ¿Fue Su mayor tentación el abandonar a Sus hermanos y hermanas más débiles y buscar alivio de tan infinito dolor por medio de una muerte prematura? Tal vez. Todo lo que tenía que hacer era entregarse y el dolor habría cesado, pero nosotros estaríamos entonces perdidos. Así que, segundo tras segundo, hora tras hora, aceptó Su agonía; no podía descansar, pero no habría de morir, hasta que no hubiera terminado, hasta que no nos hubiéramos salvado con Él. Y así, cuando el Victorioso venga otra vez a la tierra, investido de poder y gloria, los ángeles declararán Su victoria infinita y eterna: "¡Consumado es; consumado es! El Cordero de Dios ha vencido y pisado él sobre el lagar, sí, el lagar del furor de la ira del Dios Omnipotente" (D&C 88:106j).

La víctima divina ha respondido a las demandas de justicia en Getsemaní y en el Calvario, y lo hizo sola, y lo hizo por usted y por mí. Esto le da el derecho de tomar bajo Su ala a todos cuantos entren en Su convenio y decirles: "He pagado por éste; éste es mío" - "Padre, ve los padecimientos y la muerte de aquel que no pecó, en quien te complaciste; ve la sangre de tu Hijo que fue derramada, la sangre de aquel que diste para que tú mismo fueses glorificado; por tanto, Padre, perdona a estos mis hermanos que creen en mi nombre, para que vengan a mí y tengan vida eterna" (D&C 45:4-5).

Y éstas son las mejores nuevas de todas.